

# Diagnóstico - La vida al límite

Letras Rotas



## DIAGNOSTICO

LA VIDA AL LIMITE

L. R.

# Capítulo 1

## 1

### La muerte como opción

“Abandonarse al dolor sin resistir,  
suicidarse para sustraerse de él,  
es abandonar el campo de batalla sin haber luchado.”

Napoleón I

Claramente, la marcha se disolvió en menos de una hora, probablemente cuando el efecto de algunas sustancias empezó a bajar y se vieron parados haciendo el bochorno más grande de sus vidas.

Y vos te quedaste sentado en el cordón de la vereda con la cabeza gacha.

Solo... como habías llegado.

Entonces comencé a acercarme por detrás.

Toqué tu hombro, me miraste de reojo y no dijiste ni una palabra.

Me animé a sentarme a tu lado sin decir nada.

Y espere en silencio...

Apenas dos horas atrás todo lo que éramos había quedado en nada.

Se había derrumbado, como un castillo de arena golpeado por alguna ola, toda la estructura que nos sostenía.

Y yo era la que había puesto punto final.

Y vos sabías que ese punto era el que pasaba de página.

E insististe y dije no.

Y prometiste y dije no.

Y te fuiste y ni siquiera volteé a mirarte.

- *¿Para qué viniste? Soltaste de repente.*

- *¡Porque no quiero que estés así!*

- *Estoy como quiero, ya no somos nada.*

- *Lo sé, pero no puedo evitar el no querer que sufras.*

- *Entonces no hubieras hecho lo que hiciste.*

Me quedé callada porque tenía razón, en algún punto el que yo estuviera ahí no tenía demasiado sentido.

- *¿Una manifestación en contra del Amor, Tomas?, ¿con gente que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo? ¡Fueron la burla de la ciudad!*

Me miró con un mechón de pelo que le caía sobre la frente tapándole un ojo.

- *¿Te pensás que no sé qué esto fue una estupidez? Ni siquiera podían hilar dos palabras seguidas. Pero tenía miedo de estar solo. Me acababas de dejar.*

- ...

- *Destruiste toda mi vida en lo que dura un café. ¡Y bueno! ¡Vi gente y vine! ¡Qué sé yo! ¡No me jodas Ceci! ¡¿Por qué no te vas mejor?!*

- *No quiero que te quedes así.*
- *Me quedo como puedo. ¡Andá! ¡Seguí con tu vida y tus proyectos y todas esas cosas que me dijiste de las que yo no formo parte! Andá Ceci en serio. Quiero estar solo.*

Volví a quedarme callada... y entendí que no debía estar ahí. Que nos hacía mal a los dos.

Me levanté, le acaricié la cabeza como siempre y él me sacó la mano moviendo el brazo rápidamente.

- *¿Qué haces? ¿Me estás boludeando? ¡¿Me querés consolar después de hacerme mierda?! ¡Andate de una vez Cecilia! ¡No te quiero ver más! Era solo una idea. Un viaje.*
- *Perdoname.*
- *No tengo nada que perdonarte.*
- *¡Tomi quiero que terminemos bien! ¡No así!*

Nuevamente, el silencio... pero yo sabía que era de esas pausas en las que él estaba pensando qué responder, inteligentemente, para dar por cerrada la discusión.

- *Una marcha en contra del amor, después de habernos separado, ¿no es tan ilógica sabés? Puede que haya venido porque estaba a una cuadra y me encontré con esta boludez y preferí mezclarme entre la gente para llorar tranquilo. Pero en el delirio escuché cosas que tenían sentido ahora que lo pienso. Esta no era una marcha en contra del amor, era en contra de algunos amores. Y yo estaba ahí en contra del tuyo, con la diferencia de que no me había fumado un porro... estaba ahí totalmente lúcido. ¡Sí! Mi reclamo, aunque absurdo y fuera de contexto, fue contra tu amor Cecilia. Vos nunca supiste amar... vos pasaste por mi vida creyendo hacerlo. Vos te sentías cómoda conmigo y con todo lo que te daba. ¡Pero nunca arriesgaste nada! Siempre te mantuviste alerta esperando el momento en el que algo se moviera de lugar para alejarte. Vos no sabés*

*amar Cecilia. Vos sos de esas personas que tienen el corazón de piedra. ¡A vos nada te llega nena!*

- *¡Pará! Estás diciendo boludeces porque...*

- *¡Porque nada! ¿Qué querés inventar ahora? ¿Con qué argumento te querés defender? ¡Si tiraste una relación de años a la mierda por pelotudeces!*

- *¡Me voy Tomas! Así no se puede hablar.*

No me miró.

Empecé a caminar esperando que diga algo para darme vuelta, que me llamara, porque había empezado a dudar de la decisión que había tomado. Pero no lo hizo.

Caminé durante horas. No quería volver al departamento porque todavía quedaban cosas de él.

Toda la firmeza de mis palabras en ese café se había ido a la mierda. ¡¿Me preguntaba una y otra vez qué había hecho?! Me había dado cuenta de que la decisión no era la correcta y que lo que había dicho Tomas era verdad. Yo era la inconformista. ¡La que estaba dejando a un hombre que hubiera dado la vida por mí! ¿Qué más quería?

Agarré el celular y solo me animé a escribirle por WhatsApp. Llamarlo no era opción porque me iba a quedar sin palabras. Escribiendo siempre era más fácil: - ¡Tomi perdoname! ¡La cagué ya sé! Pero me equivoqué... no es lo que quiero. Quiero estar con vos.

El mensaje llegó, pero nunca fue leído. De bronca silenció el chat con él.

Esa misma noche me desperté con el celular incendiado de mensajes y

llamadas.

Cuando llegué a atender era una de mis amigas que me gritaba desesperada... ¡Yo no entendía nada!

- *¡Pará boluda! ¡No se entiende nada! ¡¿Qué te pasa?!*
- *Tomás boluda! Tomás se mató! ¡Venite para acá ya!*
- *¡¿Pero a dónde voy?! ¡No entiendo nada! ¿Tomás se mató? ¡¿Me estás jodiendo?!*
- *¡Te corto! Te mandé todo por WhatsApp, ¡venite o te busco de los pelos!*

Realmente entre el sueño y la botella de vino que me había tomado, para enmascarar la culpa que sentía, todavía me costaba reaccionar.

Tenía doscientos mensajes que no había leído y quince llamadas perdidas que no había escuchado.

Solo abrí el chat de Lore en el que había dos audios...

**Audio 1:** - *Ceci, ¡la puta que te parió! ¡Atendé el teléfono forra! ¿Qué carajos estás haciendo? ¡Es importante!*

**Audio 2:** - *¡Cecilia! ¡Sos una pelotuda! ¡Tomás se mató! ¡Se mató boluda! ¿No sé qué hacer? ¿Dónde mierda estás? ¡Venite para la estación de Acoyte! Esto es un quilombo...*

El celular se me resbaló de la mano antes de que termine el segundo audio.

No sabía qué hacer. Me temblaba el cuerpo. Me puse el primer jean que vi tirado en el piso y salí corriendo. Descalza. Con el celular en la mano que

no paraba de sonar.

La estación de Acoyte quedaba a cinco cuadras del departamento.

Bajé las escaleras corriendo y me frenó la policía. ¡Es mi novio grité, déjame pasar! Empujándolos hasta que cedieron.

Y ahí estaba Lore sentada contra una pared llorando desconsoladamente y un policía que la miraba desde arriba sin sacarle los ojos de encima.

Fui corriendo hacia ella...

- *Boluda iacá estoy! ¡¿Qué pasó?!*

No dejaba de llorar, lo poco que decía no se entendía.

- *Lore ipará! Le grité mientras la zamarreaba para que reaccionara. ¡¿Tomás dónde está?! ¿Se lo llevaron? ¡¡¡Decime algo!!!*

- *¡Se mató boluda! Estaba conmigo y se tiró cuando venía el subte. ¡Se mató!*

Me caí hacia atrás golpeando la cabeza contra el piso.

En seguida un policía se acercó a preguntarme si estaba bien.

Me senté sin entender absolutamente nada. Escuchaba voces y el llanto de Lorena. Conversaciones por radio de la policía.

La estación vacía y la formación detenida.

De golpe me paré y salí corriendo hacia las vías. Tres policías me frenaron antes de llegar.

- *No puede acercarse señorita. Puede contaminar la escena.*

- *¡Déjame ver hijo de puta! ¡Era mi novio!*

Ya no tenía fuerzas para empujar.

- *García, sacala de acá porque la meto en el patrullero.*
- *Venga señorita. Quédese acá. No le va a hacer bien. Hágame caso.*

Y no tuve fuerzas para volver. Solo hice lo que me dijeron.

Me hice un bollito en el suelo esperando despertarme de una pesadilla.

No sé qué pasó después, pero cuando abrí los ojos estaba en la guardia del Hospital absolutamente abombada.

Me paré para irme como pude y una enfermera me obligó a acostarme de nuevo.

- *No podés irte en estas condiciones. Tenés dosis altas de calmantes porque habías entrado en estado de shock y no pudieron tranquilizarte de ninguna manera. Necesitamos llamar a alguien que te pueda venir a buscar.*

- *No quiero que venga nadie. Me voy sola. ¡Dame mis cosas!*

- *No podés ni caminar, ¡¿a dónde querés ir?! Esperá un rato, aunque sea que se te pase un poco. ¡Así no te puedo dejar salir!*

Esperé cuatro horas porque realmente no podía ni abrir los ojos.

Cuando me di cuenta de que ya podía moverme me cambié y a los gritos llamé a la enfermera.

- *¡Ya está! ¡¿Ves que me mantengo en pie?! ¡Dame mis cosas que me*

voy!

- *iOk! Sentate un segundo que te tomo los signos vitales y después hacés lo que tengas ganas.*
- *¿Todo bien? ¡¿Ya me puedo ir?!*
- *iSí! ¡Andá con cuidado! Tu celular está arriba de la silla. Te trajeron solo con eso.*
- *Gracias.*
- *iNo tenés por qué! Cuidate.*

Salí de esa sala sin entender mucho que era lo que tenía que hacer. Descalza y con un celular en la mano sin batería.

Me paré en la vereda y la ciudad seguía funcionando como todos los días.

Autos yendo y viniendo. Bocinas. Colectivos. Gente caminando apurada. Algunos me miraban como si estuviera loca, pero ninguno se detuvo a preguntar si necesitaba algo.

Llegué al edificio y le toqué timbre a Carlos, el portero, que aún seguía durmiendo.

- *Carlos perdoname la hora, soy Ceci del segundo, podrías venir a abrirme. Ahora te explico.*
- *Ok Ceci, ahora voy.* Respondió con una voz cargada de odio.

Creo que cuando me vio vino corriendo.

- *¿Qué pasó? ¿Te robaron? ¡¿Estás bien?!*
- *Sí. Estoy bien. No me pasó nada. Quedate tranquilo. Después te cuento bien. ¿Me das la copia del depto.? Cerré y quedaron las llaves adentro. Después te la devuelvo.*

En seguida me trajo la llave y subí.

Cuando entré todavía estaba tratando de armar la secuencia de imágenes sueltas que tenía en mi cabeza.

Lo único que sabía era que Tomás se había matado.

El café, la manifestación, la discusión, la caminata, el mensaje, el vino, la cama... y la explosión.

Tomás ya no estaba.

Se había ido.

Puse a cargar el celular y me tiré en la cama a llorar. La culpa que sentía era tan grande que me hundía el pecho, porque yo sabía que tenía razón, que el problema siempre había sido yo.

Me dormí con los ojos hinchados de tanto llorar. Cuando me desperté lo primero que hice fue encender el celular. Creo que eran como las cinco de la tarde.

Las notificaciones no paraban de sonar.

Eran cientos de mensajes que habían llegado y muchísimas llamadas perdidas.

La noticia había corrido... y los mensajes llegaron en cadena.

Solo busqué el chat de Lore, pero no había nada nuevo.

La llamé unas seis veces hasta que atendió.

- *Hola Lore. Estabas durmiendo seguro. ¿Cómo estás? No me acuerdo de nada. No sé qué pasó después de que te vi.*

- *¡Sí! Estaba durmiendo, pero no importa. Yo estoy bien, me pasé el resto de la noche en la comisaría declarando. Y después me vine para acá. ¡Estoy hecha mierda porque vi todo y obvio era Tomás! ¡No cualquiera! ¡No sé para qué mierda le hice caso!*

- *Igual todavía no entiendo nada Lore. ¿Qué hacías vos con Tomás en la estación de subte a la madrugada? Perdón que te pregunte, ipero no*

*entiendo una mierda!*

- *Ya sé Ceci! ¡Todo bien! El tema fue así. Yo estaba en la vereda tomando una cerveza con un compañero de laburo en el barcito donde vamos siempre y lo veo venir a Tomás, no sé, me pareció que estaba triste y le dije que se siente con nosotros. Yo colgué con mi compañero hablando y él estaba ahí con el celu todo el tiempo, no habló ni dijo nada.*

Ya se había hecho tarde y Juan me dice yo me voy ¿te acompaño? Le hice caras como diciendo andá que le hago el aguante a mi amigo y se fue.

- *Pero hasta ese momento ¿Tomás no había dicho nada? ¿No hablaba?*

- *¡No! Nada. A veces levantaba la mirada y colgaba de nuevo con el celular. Cuestión que Juan se fue y ahí le pregunté qué onda. Me dijo que estaba cansado del laburo pero que estaba todo bien. Le pregunté por vos, me dijo que te había visto a la tarde, inada raro!*

- *¿No te contó nada?*

- *¡No sé qué me tenía que contar Ceci!*

- *Ayer a la tarde terminé la relación, por eso estaba así. Fui una forra. ¡Ya sé!*

- *¡Ah! ¡Ahora entiendo todo!*

- *¿Por qué decís eso? ¿Qué pasó después?*

- *Porque después que me dijo que estaba todo bien le dije que me iba a mi casa y me agarró la mano, medio violento estuvo, me pareció raro porque él era paz y amor. Le dije ¡pará boludo! ¿Qué te pasa? Y me dijo no te vayas. ¡Bancame en esta! Más tarde vas a entender. Me tengo que manifestar.*

- *La puta madre ¡no me lo quiero ni imaginar!*

- *¡Sí! ¡Imagínatelo! ¿Manifestar? Le dije. ¡Dale boludo que tengo sueño y me tengo que levantar temprano! ¡No! ¡Pará! Me dijo. Son 5 minutos. ¡Dale! Bancame que solo no me animo. Vamos hasta la estación de subte y te explico total vos te vas en esa línea. Ok, le contesté y caminamos hasta ahí. Después todo fue muy rápido, una vez que estábamos esperando lo único que me dijo, justo cuando venía el tren fue, así hay que manifestarse en contra del amor y se tiró.*

- ...

- Ceci, ¿estás? Sé que te estoy haciendo mierda, pero así fueron las cosas. ¡Decime algo!
- ...
- ¡Dale boluda! ¿Estás llorando que no hablas? Ahora voy para tu casa.
- No. No vengas. Estoy bien. Solo estaba pensando.
- ¿Segura? No me cuesta nada.
- Segura. Más tarde te llamo.

Terminé la llamada y entendí todo.

Y empecé a buscar el chat de Tomás que había quedado abajo de todo por todos los mensajes que habían llegado.

Había leído mi mensaje y lo había respondido.

Me había contestado por momentos. Mensajes contradictorios con el paso de las horas.

**Mensaje 1 (17:15 hs):** *¡Sí Ceci! ¡La recontra cagaste! Ya dijiste todo lo que tenías para decir. No voy a volver porque a vos se te aclararon las ideas dos horas más tarde. No me jodas más. ¡Olvidate!*

**Mensaje 2 (18:30 hs):** *¡Sos una hija de puta! Ahora ni siquiera me respondes.*

**Mensaje 3 (18:40 hs):** *Perdón por tratarte así. Debes estar ocupada. Después hablamos. Besos.*

**Mensaje 4 (19:12 hs):** *Este mensaje ha sido eliminado.*

**Mensaje 5 (20:01 hs):** *Ceci, ¿podemos hablar? Estoy cerca de tu casa. Avísame y en cinco estoy ahí.*

**Mensaje 6 (20:32 hs):** *Este mensaje ha sido eliminado.*

**Mensaje 7 (21:50 hs):** *La vida te va a devolver todo lo que me estás haciendo. Vas a pagarla. ¡Vas a ver!*

**Mensaje 8 (23:20 hs):** *Estamos con Lore y un amigo del laburo de ella tomando una cerveza en el barcito. Venite. ¡Dale! ¡Aflojá!*

**Mensaje 9 (00:10 hs):** *Las manifestaciones en contra del amor no son una boludez. Y menos en contra del tuyo que resultaste ser una mierda. Vas a sufrir, aunque sea un tiempo Cecilia. Te va a doler como a mí. Lore me va a acompañar a manifestarme. Así vas a entender de una vez por todas lo que es sufrir. Te amo.*

Nueve mensajes, nueve... en los que habría podido frenar todo lo que había pasado, pero mi manera de evadir la realidad fue silenciar el chat. Como siempre, huyendo...

## Capítulo 2

### 2

#### Iñaqui

“Conocer a un hombre y conocer lo que tiene dentro de la cabeza, son asuntos distintos.”

Ernest Hemingway

A Iñaqui lo conocí una tarde en una plaza, precisamente el 2 de abril, cinco años atrás.

Había estado en un acto conmemorativo por Los Caídos en Malvinas, acto al que yo también había asistido porque, hasta ese entonces, todavía me importaban esas cosas. Después, con el paso del tiempo dejé de creer en la memoria, en honrar a los muertos, y en todo lo que tuviera que ver con cosas que habían pasado y ya no tenían remedio.

Iñaqui fue distinto de entrada, nunca me quiso levantar, nunca me tiró una indirecta, nunca me miró de otra manera más que como amiga. Después de unas horas hablando del martirio que sufrieron esos pibes, que no tenían idea de lo que era la guerra y los mandaron al frente a morir sin ningún remordimiento, intercambiamos celulares y nos despedimos.

Mi vida era bastante rutinaria, había pasado por distintas relaciones sin llegar a concretar ningún proyecto de todos los que se suponía debía alcanzar. Me dedicaba a trabajar. Me dedicaba a tratar de concentrarme delante de una computadora durante nueve horas diarias para dejar mi trabajo al día. A veces me quedaba haciendo horas extras para terminar, otras para escaparme de algunos compromisos sociales a los que no quería asistir, porque no me gustaban, o me gustaban a medias.

Vivía en un departamento bastante desordenado, nunca fui amante del orden, pero en ese caos yo era feliz. Me gustaba mucho estar ahí. En un rincón dos guitarras que me acompañaban cuando los pensamientos empezaban a dispararse hacia cualquier lado... y entre acorde y acorde se

disipaban.

Una televisión que rara vez encendía, un equipo de música que cumplía su función cada vez que cruzaba la puerta, un sillón que me sostenía del cansancio y algunas otras cosas que hacían que la vida funcionara.

Mi existencia era monótona y a la vez caótica.

Una vez por semana... psicóloga... para no olvidarme los motivos por los que debía seguir acá.

Todos los días me planteaba por qué seguir, y muchos de esos días no encontraba motivos.

Vivía entre la tristeza y la mentira que les decía a los demás para que creyeran que todo estaba bien.

Pero seguía, siempre seguía. Probablemente, porque nunca tuve los ovarios suficientes para quitarme la vida.

Entre semana algún after para escaparme de la rutina, donde por lo general, encontraba algún hombre, conocido o no, que me llevaba a algún hotel para usarnos un rato. ¡Sí! Usarnos es la palabra, porque no era más que eso.

Pero había alguien que yo utilizaba como quería. Manuel, de tez morena y ojos color miel, no era lindo, pero era alto y la altura siempre era una de las cosas que miraba en un hombre, tenía una sonrisa perfecta, segunda cosa que no perdía de vista en un hombre. Con él el sexo era mágico. Era arte. Podía sumergirse en mí cuantas veces quisiera porque no había frontera que no dejara que traspasara. Sus manos eran magnéticas, me acariciaba la espalda y el cuerpo se estremecía de principio a fin. Nos fusionábamos, esa es la palabra. Nuestros cuerpos eran como dos piezas de un rompecabezas que encajaban a la perfección, y me hacía mover como ninguna y se movía como ninguno, y me dejaba dominar esa batalla hasta dejarlo rendido. Y volvía a la carga si yo se lo pedía. Manuel era de esas personas que nunca te iba a decir que no. Y te sostenía en el aire con mil orgasmos interminables. ¡Sí! Manuel era perfecto para cortar la semana, pero ni él ni yo estábamos en condiciones de sostener una relación. Él había salido de un matrimonio absolutamente tóxico y a mí la vida no me dejaba seguir adelante. Los dos entendíamos que lo nuestro jamás iba a prosperar, pero cada vez que nos veíamos sabíamos que esa

noche la vida era un poco más linda.

Fue precisamente una de las noches en las que llegaba agotada a casa después de mi encuentro con Manuel que sonó el celular.

- *Hola*
- *¡Hola! ¡Iñaqui ¿no?*

Habían pasado unos tres meses desde que nos habíamos conocido...

- *¡Sí! Iñaqui. ¿Cómo estás?*
- *Bien, recién vuelvo a casa. ¿Vos, cómo estás?*
- *Bien también, estaba viendo un documental de Malvinas y me acordé de vos.*

Debo reconocer que la primera vez que lo vi me pareció súper atractivo y que se acordara de mí, tres meses después por un documental, borró de mi cabeza la imagen que tenía de él.

- *¡Ah! ¡Claro! Nos conocimos el 2 de abril...*
- *¡Sí! Lo tengo presente. ¿Te gustaría salir a tomar algo alguno de estos días?*
- *¡Dale! No hay problema.*

Sabía que solo íbamos a ser amigos, o por lo menos eso creía hasta el momento.

- *Ok, ¿te parece bien el sábado? Te paso a buscar o nos encontramos.*
- *Nos encontramos, conozco un barcito cerca de casa. ¡Está bueno!*
- *Dale, pasame la dire y si te parece a las 22:00 nos vemos ahí.*
- *Genial, ahora te paso la ubicación.*
- *¡Dale! Besos.*
- *Besos.*

Había armado un plan para el sábado un día miércoles, raro en mí, porque jamás me adelantaba a programar nada, nunca me gusto armar agenda de salidas, prefería elegir lo que tenía ganas de hacer el mismo día sin comprometerme con nadie. Por eso mi respuesta siempre era "Si tengo ganas voy", simple y directa. Pero los que me conocían ya sabían que así era yo.

La semana transcurrió como siempre, aunque debo decir que el jueves volví a encontrarme con Manuel, pero bueno, ia veces el cuerpo manda!

Llegó el sábado y me levanté como todos los sábados, con ganas de alguna serie y poco más.

Siempre el mismo ritual, mate... música y la mirada perdida o dormida con los ojos abiertos. Al menos una hora, hasta que se me pasaba el mal humor con el que me levantaba a diario.

Recuerdo que bajé al almacén a comprar jamón y queso para hacerme un omelette y me encontré con la mejor amiga de mi mamá.

Cuando era chica ella era la tía Lili, con el paso del tiempo se convirtió en Lili a secas.

Lili tenía un espíritu libre, como salida del mismísimo Woodstock, la antítesis de mi mamá, cosa que nunca me dejó entender cómo estuvieron juntas toda la vida. Quizás las diferencias las mantenían unidas.

Siempre estuvo a mi lado, siempre me acompañó. Pero después de la muerte de mamá había dejado de a poco de visitarla.

Nació en el 50, en la Estancia San Jacinto en el medio de la provincia de Buenos Aires, cerca de Olavarría.

Los padres eran los caseros y encargados del lugar. Era hija única porque su mamá había tenido muchas complicaciones en el parto y decidieron no arriesgarse con otro hijo.

Se crio en el campo, entre vacas, caballos, gallinas y cuanto animal de granja se te ocurra. Pero su alma estaba en otro lado.

Siempre dijo que iba a morir en el campo, que de vieja iba a volver... porque eran sus orígenes y bla, bla, bla. Nunca volvió y dudo que algún día lo haga.

Cuando tenía 15 años se escapó de su casa con Raúl, un muchacho de Olavarría que iba a la Estancia a comprar cosas una vez por semana, se enamoraron y decidieron que ese lugar no era donde querían pasar el resto de sus vidas, en un bolsito puso dos polleras, dos camisas y un saco de lana que le había tejido su mamá... se fue y no volvió hasta los 30, cuando falleció su madre, y a los 33 cuando también lo hizo su padre, solo les hizo saber que estaba bien, y cada tanto los llamaba para contarles de su vida.

De Olavarría directo a Mar del Plata, los dos soñaban con conocer el mar... y el mar se los devoró. Una ciudad tan grande para dos adolescentes sin nada de experiencia fue como un monstruo acechándolos continuamente, pero sin bajar los brazos siguieron adelante.

Lili se anotó en la escuela, tenía claro que quería estudiar y ser psicóloga, había leído infinidad de libros que estaban en la Estancia sobre psicología y había decidido que iba a llegar a levantar el diploma algún día.

Raúl consiguió trabajo en un almacén de barrio y vivían en una pensión que, dentro de todo, no era de lo peor que había en la ciudad.

Cuando cumplió 19 estaba lista para comenzar la carrera, pero la relación con Raúl era un desastre. Motivada por las palizas que él le daba cada vez que llegaba de algún baile al que había ido y se había pasado de alcohol, armó su bolso y sin decir una palabra se fue.

De Mar del Plata a Capital Federal. Ahora las grandes ciudades ya no le daban miedo.

Se instaló en una pensión de Once y de ahí se fue derecho a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se inscribió y salió con el alma liviana.

Estaba donde quería estar y haciendo lo que siempre había soñado.

Época del Flower Power, en el primer año de la carrera conoció un grupo de personas con ideologías de no violencia, el interminable fluir del amor y de "Lo que sientes es todo lo que importa, porque todo lo que importa está hecho de lo que sientes" y se sumó, no podía quedar afuera... porque

su esencia era eso.

Formó parte del movimiento hippie en la Argentina y hasta llegó a liderar uno de los grupos más grandes que hubo.

Claro, también se mezcló con las drogas y el sexo libre.

Pero nunca dejó de estudiar. Fue así que conoció a Jorge, él estudiaba Filosofía y ella Psicología y se cruzaban todo el tiempo en los pasillos. Jorge un poco más estructurado y con algunas ideas que los distanciaban, pero, como siempre, Lili hizo magia con sus palabras y lo enamoró.

El Flower Power pasó de moda y ella levantó su diploma orgullosa y embarazada de Joaquín, su primer hijo.

Se mudaron al Barrio de Saavedra porque era más tranquilo, alquilaron una casa en Ramallo casi Arias y así fue como conoció a mi mamá.

Se hicieron amigas al instante. Vuelvo a repetir, nunca entendí qué era lo que las unía, pero jamás se separaron hasta que mamá falleció. Más de cuarenta años de amistad.

Lili se dedicó a criar a Joaquín, Mariana y Guillermo. Y esa fue su vida.

Llegó a tener todo lo que quiso... la carrera, la familia, sus amigos y su libertad.

Me sorprendió encontrarla.

¡Y la abracé tan fuerte que casi le quiebro una costilla!

Y sin protocolo alguno lanzó:

*- ¡Che! ¿Qué te anda pasando a vos?*

*¡Sí! Tenía el don de leerme, era la única persona que leía entre líneas, aunque tuviera una sonrisa de oreja a oreja.*

*- ¡Nada Lili! ¡Todo bien! Me alegro de verte. ¿Estás viviendo por acá?*

*- Sí, me muda hace poco. Quería estar más cerca de mis nietos.*

*- ¡Cuánto me alegra saber esto! Por favor déjame anotar tu dirección así te voy a visitar y nos ponemos al día. ¡Yo vivo acá, en el segundo! Ya*

*sabés, cuando quieras te venís.*

*- ¡Ay Tati! No cambiás más. Vení, vamos afuera a hablar un ratito.*

*¡Sí! Para Lili siempre fui Tati.*

*- ¡No Lili! Tengo que comprar unas cosas...*

*- ¡Vamos afuera!*

Creo que era la única persona viva que aún podía darme órdenes y obedecerlas sin decir nada.

Dejé algunas cosas que había agarrado y salí.

Lili se había sentado en un cantero y me esperaba.

*- Tati, te conozco desde que naciste. Tu mamá podía no darse cuenta de las cosas o mirar para otro lado, pero sabes bien que siempre me di cuenta cuando te pasaba algo. Y sé que ahora te pasa algo nena.*

*- ¡Nada raro Lili! En serio, cosas del laburo, quilombos... ¡Ya sabés!*

*- Me quedo en "quilombos" ... contame.*

Sí, Lili era psicóloga, aunque nunca haya querido ejercer su profesión.

*- Quilombos, ino te enrosques!*

*- Tati...*

*- ...*

*- Dale...*

*- ¡Bueno Lili! ¡Sí! La vida de mierda que me tocó vivir, ¡ya sabes! Y no hay manera de remontarla a veces.*

*- ¿La vida de mierda que te tocó vivir o la vida de mierda que estás eligiendo vivir?*

*- ¿Por qué sos tan directa? ¡No aprendés más! Ni la vejez te ablanda a vos.*

*- ¿Soy directa porque digo la verdad?*

*- ¡Sí! o ¡No! No sé, pero ¿no podés tener un poco más de tacto?*

*- ¡¿Con vos Tati?! ¡No! ¡Con vos no!*

*- Conmigo deberías ser más compasiva... ¿No te parece?*

*- ¡No! ¡No me parece! Con vos voy a ser la misma que fui toda la vida. La que te pegaba la cachetada de realidad que te hacía falta a veces. ¿O querés que haga como que no pasa nada?*

*- No...*

*- ¿Entonces? Quilombos decías...*

- *¡Pará Lili! Ya tengo una psicóloga que me escucha todas las semanas.*
- *No me interesa ser tu psicóloga... soy tu familia.*
- *Lo sé, pero dejémoslo acá. Por favor, no me cagues el sábado.*
- *Ok, entremos a comprar, así me ayudas a cargar las cosas. ¡Ya estoy vieja como dijiste! Así que vení y dame una mano.*

Así era ella, nunca ejerció su profesión, pero siempre se encargó de ayudar a todo el mundo con sus palabras y el don que tenía de saber escuchar. Directa. Tajante. A veces hiriente... pero ilibre! ¡Siempre libre! Y era una de las cosas que más admiré de ella toda mi vida.

- *¡Bueno, nena! Dame un beso y andate con tus "quilombos", pero no dejes que esos "quilombos" te quiten años de vida. ¡Te lo dice una vieja!*

La abracé como si no volviera a verla jamás. Aunque más adelante la vida nos iba a juntar de nuevo.

- *¡Te quiero Lili!*
- *¡Yo más Tati! ¡Cuidate!*

Llegue al departamento, guarde las cosas y me senté en el sillón. No entendía mucho que era lo que había pasado. Lili, después de años sin verla, en el almacén de abajo de mi casa, ¿planteándome como estaba viviendo la vida?

Ese encuentro me quedo resonando en la cabeza todo el día y muchas preguntas cayeron de los estantes... llenas de polvo... buscando respuestas que nunca había querido dar.

Transcurrió el sábado casi como todos los sábados, lo único que tenía en mente era mi encuentro con Iñaqui y a las 22:00 hs estaba ahí. Justo al llegar a la entrada alguien me toca el hombro.

- *¡Ceci! Soy yo.*
- *¡Iñaqui! ¡¿Cómo estás?! ¿Entramos?*

Nos sentamos en una esquina, medio en penumbras, no porque buscara una atmosfera romántica sino porque era una de mis mesas preferidas,

desde ahí veía todo el bar y ese lugar me encantaba, pero esa noche, como si hubiera sabido de mi frecuente dispersión en conversaciones largas, él ocupó mi lugar y me dejó de espaldas. Solo podía distraerme con un cuadro lleno de tapitas de cervezas de distintos países y el neón que promocionaba una de las marcas del bar.

- *¿Qué contás tanto tiempo?*
- *Acá andamos. Todo bien, ¿vos?*

Siempre la misma respuesta a la misma pregunta.

- *Bien. Te quería pedir disculpas por aparecer después de tres meses. Pero estuve de viaje, volví la semana pasada.*
- *¡Qué bueno! ¿Por placer o laburo?*
- *Un poco de cada cosa. Fui por trabajo y me quedé unos días para aprovechar el viaje y conocer el lugar.*
- *¿Destino?*
- *Perú*
- *¿Perú?*
- *Sí, ¿qué tiene de raro?*
- *Nada, que se yo... pensé que me ibas a decir Nueva York, como dijiste que habías ido por trabajo...*
- *Sí Ceci. En Perú también tienen una economía e industrias, jajaja.*

Creo que después de la risa mi cara se puso de un rojo intenso imposible de disimular. Mi asociación Trabajo – EEUU había sido de lo más estúpido que había escuchado en el último tiempo.

- *¡Perdón! Tenés razón, no sé por qué mi cabeza se fue hacia el Norte...*
- *¡Te pusiste colorada! ¡No es para tanto!*
- *Bueno, contame. ¿Por qué Perú entonces?*
- *Trabajo en una empresa que se dedica a la minería, y en Perú está la Casa Central, así que me tocó ir a hacer un par de cosas allá.*
- *¿De qué trabajas?*
- *Hago Recursos Humanos.*
- *¡Uff! ¡Recursos Humanos, que suelen ser cero Humanos!*

Y otra vez el no poder contener mis pensamientos y dejar que salgan por mi boca con total libertad para hundirme... aunque lo pensaba, no era algo

para decir la primera vez que hablas con alguien.

- *Bueno, veo que tenés un concepto formado acerca de mi profesión.*
- *iNo! iPará! No lo digo por todos... iPero viste cómo es!*
- *No. ¿Cómo es?*
- *No sé, es como que tienen el poder de decidir quién sí o quien no simplemente por la cara.*
- *Bueno, no somos tan básicos. Estudiamos para entender ciertas cosas que nos llevan a decidir, con fundamento, quien sí o quién no.*

Me seguía hundiendo sola. Necesitaba cambiar el tema de conversación porque ya no sabía cómo disimular mi incomodidad. A cualquier persona que hiciera Recursos Humanos le hubiera dado batalla, pero con Iñaqui no pude hacerlo... y mi vergüenza era cada vez más grande.

- ...
- *¿Vos a qué te dedicas?*
- *Trabajo en el área de Compras de una empresa que hace Ingeniería Naval. Por suerte está cerca de mi casa así que no tengo que trasladarme por toda la ciudad.*
- *Siempre me pareció un área interesante la de Compras... ¿Sos profesional?*

Y esa era una pregunta que siempre prefería evitar... porque sabía cuáles eran las preguntas que seguían a esa... y mis respuestas siempre eran las mismas, aunque ni yo las creyera.

- *Sí. Pero nada que ver lo que estudié con mi trabajo.*
- *¿Qué estudiaste?*

Así arrancaba la seguidilla que, si no cortaba de inmediato, iba a hacer que mi humor cambiara en cinco minutos.

- *Soy Diseñadora de Imagen y Sonido. ¿Viste? Nada que ver.*
- *iQué buena Carrera! Es lo mismo que Cine ¿no?*
- *iAlgo así!*

- *¿Y por qué no te dedicas a eso?*
- *Porque en este país tenés que tener mucha plata para poder hacerlo, si no simplemente te quedás editando videos detrás de una consola.*
- *¿Pero buscaste la oportunidad? ¿Te metiste en ese Mundo a ver si salía algo interesante para hacer?*

Y como no tenía una respuesta contundente tenía que cambiar de tema urgentemente.

- *¡Sí! Pero es largo, algún día te contaré. ¡Decime vos! ¿Qué conociste de Perú en tus días de descanso?*
- *Conocí uno de los lugares que siempre había querido conocer... Machu Pichu, es fascinante. ¿Fuiste?*
- *No, pero me encantaría. Me gusta mucho la arqueología así que es uno de los lugares en mi lista.*
- *¡Uh! ¡Sí! Si te gusta la arqueología tenés que ir... no solo a Machu Pichu, me dijeron que hay un montón de lugares para conocer. Lamentablemente, yo tuve que elegir y caí en el clásico ascenso.*
- *Pero me imagino que debe estar buenísimo...*
- *¡Sí! Cuando estás ahí arriba se te vienen muchas preguntas a la cabeza...*
- *¡Y sí! ¡Me imagino! Yo me pondría a pensar inmediatamente en esa civilización en el medio de la nada... con tantos conocimientos en distintas Ciencias que...*
- *No Ceci... Te caen preguntas sin respuestas como lluvia... pero de tú propia vida. No sé si es el lugar, la experiencia o el cansancio, pero te puedo asegurar que cuando estás ahí arriba te replanteas tu vida en un segundo.*

Ese fue Iñaqui. El Iñaqui que luego iba a dar un vuelco a mi historia. El que se replanteaba su vida en la cima de una montaña o en el banco de una plaza e iba esquivando los obstáculos para nunca quedarse atrás.

La noche siguió y los temas salían de abajo de la mesa como conejos de la galera de un mago.

Pero ningún tema me tocaba tan de cerca como para querer huir.

Miró su reloj y se eyectó de la silla.

- *Las tres de la mañana. ¡Me quiero matar!*
- *¿Por? ¿Qué pasa?*

- Nada, es que quedé con mi mamá que mañana estaba en su casa a las 9 para comer en familia, y a mí me toca hacer el asado.
- ¡Uh! ¡Qué garrón! Bueno, no te hagas problema. Nos vamos así descansas un rato.
- Sí, perdoname. Pero imagínate que no puedo suspender a esta hora. ¡La verdad no pensé que íbamos a hablar tanto!
- ¿No me tenías fe?
- No. No es eso. Es que a veces soy yo el que se aburre por nada.
- Bueno, me halaga...
- ¡Debería!

Salimos del bar y me dijo que si quería me llevaba hasta mi casa. Como siempre, dije que no, que vivía cerca, que no hacía falta.

Insistió. Pero mi negativa fue más fuerte.

Nos despedimos prometiendo una cerveza otro día.

## Capítulo 3

### 3

#### **Marcela y su psicología**

“Las emociones inexpresadas nunca mueren.

Son enterradas vivas y salen más

tarde de peores formas.”

Sigmund Freud

Ese domingo me levanté pensativa.

Me había gustado la salida con Iñaqui, pero no al punto de calentarme.

Lo vi como alguien que podía ser mi amigo toda la vida.

Muy inteligente, sensible, abierto... pensante.

Y colgué mirando videos de Machu Pichu durante horas, pensando en lo que me había dicho. En la cima caen, como gotas de lluvia, muchas preguntas sobre tu propia vida.

Yo que siempre había tenido la idea de ir sola cambié de parecer en seguida.

Una experiencia tan fuerte no la iba a poder sostener en soledad. Así que iba a quedar en la lista por algún tiempo más.

El lunes era uno de esos días de la semana que más me gustaba y más me angustiaba.

Empezar la semana siempre es un bajón, pero la angustia no venía por ahí... los lunes era día de terapia.

Echeverría entre Arcos y Cuba... donde quedaba expuesta sin lugar donde

esconderme.

Todos los lunes tipo 16 aparecía ese dolor de panza por los nervios.

Salía del trabajo a las 17 y me iba hasta Belgrano para mi sesión con Marcela a las 18:30. Siempre llegaba más temprano así que me quedaba en la Plaza de la esquina esperando que se haga la hora. Algunos lunes disfrutaba ese intermedio, otros, lo odiaba.

A Marcela me tocó conocerla después de la muerte de mamá.

Había pasado muchos meses encerrada en mi casa sin poder salir más que para ir a trabajar, situación que alarmó a mis amigas e insistieron con que empezara terapia.

No podía darme el lujo de elegir a quien yo quisiera así que la prepaga eligió por mí. Antes de ella pasé por Martin y Alejandra.

Con Martin no funcionó, de entrada, lo vi como hombre y nunca pude concentrarme realmente en lo que me decía. Me pasaba media sesión imaginándonos en una cama... y fue tal el deseo que terminó sucediendo. Claramente mi terapia con él se terminó el día que el diván me dio la oportunidad de dar rienda suelta a todo lo que había imaginado.

Dos por tres nos seguíamos viendo... pero jamás me preguntaba nada acerca de mi vida, más allá de cosas superficiales. Creo que una parte del Martin profesional debía contenerse para no ponerse en el lugar donde empezó todo lo que no debía empezar.

Otra derivación y conocí a Alejandra.

Desde la primera sesión me fastidió la impuntualidad. Alejandra se tomaba su tiempo y rara vez cumplía a rajatabla los minutos indicados por cada sesión y así se iba atrasando durante el día. Claro, cuando se tomaba el tiempo conmigo no me molestaba, pero odiaba tener que esperar cada vez que iba.

Las sesiones estaban bien, pero siempre las empezaba con el típico ¿Cómo estás? ¿Cómo anduvo la semana? Y a mí se me volaban los pájaros.

Le había dicho reiteradas veces que no me preguntara esas cosas, pero era inevitable.

Fui durante tres meses.

Tres meses en los que solamente hablamos de cosas superficiales. En alguna que otra sesión llegamos a profundizar un poco sobre mis relaciones ocasionales, pero fuera de eso no conectamos demasiado. Se notaba el esfuerzo que hacía para tratar de que yo pudiera soltarme, pero no había caso. Simplemente no sucedía.

Fue ella quien en una sesión me planteó la idea de dejar de vernos, porque no tenía sentido seguir perdiendo tiempo. Estuve de acuerdo y ese fue el último día.

Me dio un poco de tristeza dejar el espacio. Alejandra era buena psicóloga, pero fui yo la que no la dejó entrar en mi vida. Creo que pasaba por una cuestión de confianza, conexión o como se llame.

En este punto el encierro ya se había acabado, por lo que decidí dejar terapia.

Había vuelto a mi rutina habitual y consideraba que no valía la pena seguir invirtiendo tiempo en algo que no me llevaba a ningún lado.

Ya había pasado un año y medio de la muerte de mamá, era un tema que claramente había cerrado, o era lo que yo pensaba

Fue una noche con Manuel después de despedirnos que la angustia me perforó el pecho.

Llegué a mi casa con tanta tristeza que me dolía el cuerpo.

No entendía que pasaba. Si hasta hacía media hora había estado súper bien.

No sé qué fue lo que desató una catarata de emociones que empezaron a fluir sin poder frenarlas. Era la madrugada del jueves. Ese día no pude levantarme para ir a trabajar y dije que estaba enferma. Hablé con Mariano, el marido de Sofi, una de mis mejores amigas, que era médico, y le dije que me inventara una enfermedad para no volver hasta el lunes.

Fueron cuatro días de encierro absoluto. De no salir de la cama. De no comer. De no bañarme. Solo podía llorar. Y absolutamente todo lo que

recordaba me quemaba la piel. Estuve en carne viva durante cuatro días.

Y no supe cómo manejarlo. Era como si de golpe me hubiera asaltado la depresión. Atacándome por la espalda, sin darme tregua.

El domingo a la noche volví a hablar con Mariano para que me extendiera el certificado médico. Y no tuve más opción que decirle lo que me estaba pasando.

A las dos horas el grupo de WhatsApp con mis amigas explotaba de mensajes. Sofi se había encargado de alertarlas a todas de nuevo!

E inmediatamente empezaron a llegar los consejos, las preguntas, las soluciones. Nada de lo que decían tenía sentido para mí.

Fue Carla la que llamó ante mi negativa a todo lo que me decían.

- *Hola Ceci. ¿Qué pasa? Ya sé que no tenés ganas de hablar... pero dejate de joder iche! No está bueno que estés así.*
- *Ya sé Carli, pero es lo que me sale ahora.*
- *Pero vos sabes que no podés vivir con lo que te sale ahora ¿no?*
- *Sí, lo sé. Pero no tengo ganas de hablar.*
- *Dejame hacer algo por vos.*
- *No tengo ganas de que me jodan Carli. ¡No rompas las bolas!*
- *Bueno, lo voy a hacer igual. En un rato te escribo. Te mando un beso*
- *Otro.*

Carla trabajaba en ese momento en una prepaga de renombre, la competencia de la que tenía yo y tenía contacto con muchos profesionales de la salud.

No pasaron ni quince minutos y llegó el mensaje.

Me habían puesto entre la espada y la pared.

Sabía que Mariano se iba a negar a extenderme el certificado a pedido de Sofía. Si no iba a la sesión tenía que volver al trabajo, cosa que no

quería, pero ya no tenía excusas.

Me levante a las dos de la tarde, me bañe y esperé que se hicieran las cinco.

A media máquina salí de mi casa, y me fui caminando. Eran unas veinte cuadras.

Llegué al centro médico alrededor de las 18:15.

- *Buenas tardes, tengo tuno con Marcela Navarro, vengo de parte de Carla Martínez.*

- *Buenas tardes, a ver, déjame ver... ¿Tu nombre?*

- *Cecilia Ramos.*

- *No, no estás agendada. ¿De parte de quién me dijiste que venías?*

- *Carla Martínez.*

- *Bueno, tomá asiento que ahora hablo con la Doctora.*

Nunca entendí por qué a los psicólogos le dicen el doctor o la doctora, no son doctores, son licenciados.

- *Cecilia, me dijo la doctora que termina con la paciente y te atiende.*

- *La licenciada querrás decir.*

- *¿Cómo?*

- *Es licenciada no doctora.*

La secretaria me miró con cara de pocos amigos y volvió a su lugar. La miré un par de veces mientras esperaba, pero no me dijo nada, creo que estaba esperando que lo hiciera para poder descargarme un poco.

A los veinte minutos salió una chica con los ojos hinchados y escuche la voz de Marcela por primera vez...

- *¿Cecilia?*

Me paré y me acerqué con un poco de miedo.

Entrá, ponete cómoda.

El consultorio no era como el de los otros psicólogos a los que había ido.

Este tenía un ventanal gigante por donde entraba mucha luz, las paredes eran blancas y tenía algunos cuadros de Kandinsky uno de mis artistas favoritos.

En una de las paredes, la más chiquita, el diploma enmarcado casi sin ganas. Eso me hizo pensar que no se creía tan importante. El resto siempre lo tenían colgando sobre su cabeza como si de coronas se trataran.

Había dos sillones con una mesa ratona en el medio y más alejado un sillón de dos cuerpos con una alfombra.

- *¿Dónde me siento?*

- *Menos en ese que es el mío (señalando el que estaba a la izquierda) donde quieras. El piso también está habilitado.*

Me senté en el de dos cuerpos mirando hacia ella. Estaba más alejada y eso me hacía sentir más cómoda.

- *No muerdo ¡eh! ¡Es chiste!*

- ...

- *Bueno, Cecilia, mi manera de trabajar es bastante básica por así decirlo. Estoy acá para ayudarte si tenés ganas de que te ayuden. No suelo presionar a mis pacientes, así que si tenemos que estar toda la sesión en silencio estaremos en silencio.*

- *Ok*

- *¿Te gusta la música?*

- *Sí.*

- *Podemos poner música de fondo si querés.*

- *Me gustaría.*

Cecilia tuvo en ese momento, la capacidad para entenderme sin que yo dijera una sola palabra. No sé cómo se dio cuenta de que la música era tan importante para mí, pero lo supo.

- *Bueno, te escucho. O escuchamos música, como prefieras.*

Miré detenidamente los cuadros nuevamente hasta que llegué al diploma.

- *Licenciada*

- *¿Cómo?*

- *Sos Licenciada no Doctora.*

- *¡Sí! Claro. ¿Por qué lo aclarás?*

- *Por nada.*

- *¿Charlamos un rato? Carla me dijo que hace unos días que estás medio depre. ¿Querés que hablemos de eso?*

- *Carla te dijo lo que ella piensa que me pasa, pero no tiene idea.*

- *Es probable, pero al menos está intentando darte una mano ¿no?*

- *Sí.*

- *¿Qué sería, en realidad, lo que para Carla es medio depre?*

- *No lo sé ni yo.*

- *Si me contás capaz podemos ponerle nombre, o al menos intentar enmarcarlo en algún lado.*

Marcela me habló como una más, en ningún momento usó términos raros ni me hizo preguntas extensas de esas en las que me pierdo en la mitad. Tenía una forma particular de hablar, no sé si era el tono de su voz o la entonación, pero me transmitió confianza.

- *No sé qué me pasa. El jueves a la madrugada me agarró un ataque de tristeza que no me dejó levantarme de la cama hasta hoy, que tuve que venir acá.*

- *A la madrugada decís... ¿Estabas durmiendo y te despertaste así?*

- *No, venía de coger súper bien con un flaco.*

Creo que con esa respuesta buscaba ponerla incómoda, pero Marcela estaba un paso adelante.

- *¡Qué suerte! ¡Yo hace como seis meses que no le veo la cara a Dios!*

- *¡Deberías! (dije mientras me sonreía)*

- *Sí... ¡Pero está dura la calle! Contame, llegaste a tu casa después de coger súper bien y qué pasó?*

- *No sé. De golpe, en el camino a casa me angustié y cuando llegué me largué a llorar.*

- *¿Pasó algo en el medio que no te haya llamado la atención en el*

*momento pero que capaz ahora podés identificar?*

*- No, caminé tres cuadras, entre a mi casa, me saqué los zapatos, dejé las llaves en la mesa y cada vez me sentía peor.*

*- Entiendo... ¿Hiciste terapia alguna vez?*

*- Lo intenté hace algún tiempo.*

*- ¿Y qué pasó? ¿Tuviste malas experiencias?*

*- No. Al psicólogo me lo terminé levantando que era lo que quería desde la primera sesión y con Alejandra no conectamos así que dejé el espacio, fue una decisión en conjunto. No considero que hayan sido malas experiencias. Pero no me sirvieron de mucho.*

*- Ok, no sé si sabes que detrás de esta angustia repentina y sin ninguna situación que la haya provocado tiene que haber algo que está intentando salir...*

*- Sí, lo pensé. Pero no encuentro nada que me pueda provocar lo que siento. Empecé terapia después de la muerte de mi mamá. Pero creo que es algo superado. Así que no sé qué puede ser.*

*- A veces las cosas que creemos superadas nos tocan la espalda para recordarnos que no es así.*

*- Puede ser. No sé. La profesional acá sos vos.*

Ya me había puesto a la defensiva. Una aclaración como la que había hecho no era necesaria, era obvio que lo había pensado, pero yo sabía que no era así, que la muerte de mi mamá estaba superada.

*- Sí. Eso dice mi diploma, pero todos nos podemos equivocar.*

*- ...*

*- Ceci... te puedo decir Ceci ¿no?*

*- Sí, Cecilia no me gusta. Prefiero Ceci.*

*- Ok, Ceci. Yo creo que deberíamos irnos bastante más atrás a medida que vayan pasando las sesiones. A veces hay situaciones o recuerdos difusos del pasado que aparecen en cualquier momento de la vida y desencadenan este tipo de reacciones. Pero vamos a llegar hasta donde vos quieras llegar y voy a indagar hasta donde vos me permitas hacerlo.*

*- Sí, obvio.*

*- Sabés que este es un espacio pura y exclusivamente para vos. Podés hacer con él lo que quieras. Pero si podemos sacar cosas en limpio y ordenar un poco tu cabeza estaría buenísimo.*

*- ¿Ordenar mi cabeza?*

*- Sí, creo que hay un poco de desorden ahí adentro.*

*- Puede ser.*

*- ¿Viste? Entre las dos podemos hacer que las cosas se vayan ordenando de a poco. ¿Qué te parece?*

*- Me parece bien.*

*- Bueno, por hoy vamos a tener que dejar. Hice este hueco para poder verte por el llamado de Carla, pero lamentablemente tengo un paciente esperando. Si te parece bien te agendo para los lunes a las 18:30 hs.*

- *Ok.*
- *Este es mi celu. Cualquier cosa me llamas.*
- *¡Dale! Gracias.*

Y cuando la fui a saludar Marcela me abrazó fuerte. Como queriéndome decir que ella no me iba a dejar caer. Me quedé paralizada por un segundo y me fui.

Salí del Centro Médico y le mandé un mensaje a Carla.

Y así fue como conocí a Marcela.

Esta era la sesión número ocho. Hasta el momento todo iba bien, incluso la sentía súper cercana, había pasado a ser mi cable a tierra.

No iba a resignar ese espacio, aunque, a veces, me hubiera gustado mandarla a la mierda.

Tenía una manera bastante particular de decir las cosas, no tenía filtros, cosa que me encantaba y a la vez me molestaba un poco, porque claramente ese era el papel que me gustaba ocupar a mí.

Me acerqué hasta la recepción y me anuncié como todos los lunes.

A los cinco minutos Marcela ya me estaba llamando.

- *Bueno, veo que hoy viniste con otro semblante.*
- *¿Por qué lo decís?, ¿suelo venir con cara de culo?*
- *Eso lo dijiste vos, no yo.*
- *Dale Marcela...*
- *Bueno, a veces venís con cara de culo, ¡sí!*
- *Será porque en la semana me fue como mi cara.*

- *Puede ser, idale! Sentate y lo hablamos.*

Me senté en la alfombra, tenía ganas de estar pegada al piso. Ya había pasado por todos los sillones.

- *La sesión pasada habíamos dejado en la relación con tu mamá. ¿Seguimos desde ahí?*

- *¡No! Me aburre ese tema y ya sé lo que vas a decir al respecto. Te quiero contar que el sábado salí con Iñaqui.*

- *¿Iñaqui? Nunca me lo mencionaste...*

- *No, porque es un flaco que conocí hace tres meses en un acto y bueno, apareció ahora.*

- *¿Y qué pasó con Iñaqui que lo traés a terapia?*

- *No sé, la cita estuvo bien, rara pero bien. Y esta fue una de esas pocas veces que, aunque el flaco me guste no lo vi más que como amigos. ¿No es raro?*

- *Raro no es... rara es la manera de manejarte que tenés con el resto. Que tampoco es rara, más bien destructiva.*

- *Bueno... ¡Ya arrancaste!*

- *No Ceci, ¡pará! Vamos a hablar en serio. Hace años que no tenés una relación formal con alguien, y ese no es un problema si realmente considerás que en este momento querés estar sola, pero varias veces me dijiste que te gustaría formar una familia. Dejé pasar el tema muchas veces porque creo que surgieron otros más importantes. Pero el que no puedas ver en ningún hombre la posibilidad de ir un poco más allá si me parece raro.*

- *¿Qué es lo raro? ¡Si los tipos están hechos unos pelotudos!*

- *¿Todos los tipos o los que vos buscás para relacionarte? Siempre en el after, algunas veces con los mismos...*

- *¡Sí! Quiero pasar un buen momento y punto. ¿Cuál es el problema Marcela?*

- *No hay problema en eso. Creo que el problema está en lo que haces versus lo que sentís o mejor dicho lo que te gustaría sentir. Un tipo de una noche o para cortar la semana, como decís a veces, no es más que*

*eso. Pero ¿te comportás igual en otros ámbitos? ¿En un cumpleaños, en el trabajo, no sé, en lugares donde podés llegar a conocer a alguien en profundidad?*

- *¡Ya me la pusiste complicada! La idea era hablar de Iñaqui...*
- *Y de qué te sorprende haberlo visto como a un amigo...*
- *¡Y sí! Eso...*
- *Ok. Contame de tu salida con Iñaqui.*
- *¡Bueno, pero no analices hasta el último detalle porque me aburrís!*
- *Me haces reír... ¡Dale!*
- *Nada, el sábado nos encontramos en el bar al que suelo ir con las chicas y estuvimos hablando sin parar un montón de horas. Me pareció re macanudo. Quedamos en coordinar para otro día, pero lo más loco fue que i programe la cita entre semana!*
- *¡No te lo puedo creer! ¿No es que vos no armas agenda para las salidas?*
- *Por eso te digo... es raro ino me digas!*
- *Y sí... y ¿por qué te salió programar algo con él a mitad de semana?*
- *Ni idea... pasó. ¿Todo tiene que tener un por qué?*
- *La gran mayoría de las veces sí... pero dejémoslo así.*
- *¡Ah! ¡Pará! El sábado me encontré con Lili. La amiga de mi vieja, ¿te acordás que te conté que nunca entendí como habían podido ser amigas con lo pelotuda que era mi mamá? Se mudó cerca de casa. ¡Me re alegró!*
- *Sí, la tía Lili. La que te dice Tati ¿no?*
- *Sí, esa.*
- *Bueno, es una buena noticia tener a alguien que querés tanto mucho más cerca ¿o no?*
- *Y... Lili es un arma de doble filo...*
- *Jajaja ¿Por qué?*

- *Porque es psicóloga y la mitad del tiempo está buscando motivos a mis estados de ánimo, encima se da cuenta en seguida cuando algo me pasa. ¡De terror! Así que la iré a visitar cuando esté de muy buen ánimo o cuando tenga ganas de bancarme sus sermones.*
- *Sermones le decís a las preocupaciones de alguien que te quiere.*
- *Es que se pone intensa. Para que te des una idea... la encontré en el almacén de abajo de mi casa, no me dijo ni hola, solo ¿qué te anda pasando? Y me hizo salir para hablar...*
- *Que intensa ¿no? Se preocupó por vos y no te dijo ni hola.*
- *No seas irónica porque no te queda bien...*

Había entrado en la etapa de la sesión en la que parte de mí se empezaba a enojar... Todas las sesiones me pasaba lo mismo. Después entendía que Marcela hacía las preguntas que tenía que hacer.

- ...
- *¿Te pensás quedar callada?*
- *No, estoy esperando que me cuentes.*
- *No tengo nada más para contar.*

Creo que habían pasado unos veinte minutos. Y tuve ganas de levantarme e irme y, obviamente, eso fue lo que hice.

- *¡Me voy!*
- *Te querés ir porque tenés algo que hacer o porque estás enojada.*
- *Por nada, me voy porque se me ocurrió irme y es lo que voy a hacer. Nos vemos el lunes que viene.*
- *Ok. ¡Que tengas buena semana!*

Ese lunes tenía ganas de chocar con un auto a doscientos kilómetros por hora.

Salí del Centro Médico y volví a entrar. Sin siquiera preguntar, le golpeé la puerta a Marcela.

- *Pase...*
- *Volví porque lo que hiciste fue cualquiera.*
- *¿Qué hice?*
- *No sé Marcela, me tendrías que haber dicho que me quede. Insistir... sabés que me estoy yendo porque me enojé con vos y no hacés nada.*
- *No puedo hacer nada ante tu enojo, vos tendrás tus motivos y me parece que es más valioso dejarte transitar el momento y hablarlo más tranquilas en la próxima sesión que tratar de convencerte de que te quedes y no sacar nada en limpio porque ibas a estar enojada.*
- *¿Sabes cómo me tenés con lo de transitar los momentos y las emociones? Todo es transitar, habitar... y yo ya no puedo ni quiero habitar nada más. ¿Se entiende?*
- *No te puedo decir lo que no tenés ganas de escuchar.*
- *¡Decime lo que me tengas que decir! ¡Ahora quiero escucharte!*
- *Cecilia me parece...*
- *No me digas Cecilia, ¡ya te lo dije!*
- *Ok, Ceci me parece que lo que te puso mal fue mi visión sobre tus relaciones ocasionales y la manera que tenés de evitar una relación que podría ayudarte a alcanzar el sueño que tenés de formar una familia. Te digo esto porque jamás me planteaste la idea de ser mamá soltera. Entiendo que tu idea de familia es con un hombre al lado. Entonces si esto te enoja no puedo hacer nada más que dejar que ese enojo decante y charlarlo nuevamente cuando tengas ganas de hacerlo.*
- *La verdad que no sé qué decirte.*

- *Decime lo que te salga.*
- *Me sale decirte que tenés razón y eso es lo que más bronca me da.*
- *Sentate Ceci, ya vengo.*

Faltaban cinco minutos para que termine la sesión. No había mucho tiempo para seguir hablando, pero Marcela sabía que no me podía ir así. Y no dejó que me fuera.

- *iListo! Me decías que pensás que tengo razón. ¿Qué parte de lo que dije te hace considerar que tengo razón?*
- *Ya no nos queda tiempo.*
- *Quedate tranquila, tenemos una hora más para nosotras.*
- *...*
- *Pensá tranquila, ¿qué te dije que hizo que te enojaras tanto?*
- *Lo de no buscar un hombre serio para formar una familia y tener hijos, que es lo que siempre quise.*
- *¿Y por qué pensás que no lo haces?*
- *Porque tengo miedo.*
- *¿De qué?*
- *De que las cosas no salgan como espero, de que la persona con la que forme esa familia termine siendo otra persona. De que mis hijos sufran.*
- *Es sabido que una nunca termina de conocer a las personas, pero creo que si el amor te lleva a comprometerte con alguien es porque viste cosas valiosas en ese alguien y no tiene por qué ser otra persona con el pasar de los años y mucho menos lastimar a tus hijos que también van a ser hijos de él.*

Me quedé callada un momento.

- *Mi papá no se murió.*
- *No entiendo.*
- *Mi papá está vivo, no se murió.*
- *...*
- *¿Te sorprendí?*
- *Bastante...*
- *Te mentí, como lo hago con todo el mundo. Está vivo y reside en Córdoba.*
- *¿Y por qué lo mataste? ¿Para sacarlo de tu vida?*
- *¡Sí! No quería que nadie me pregunte por él y la mejor forma que encontré fue decir que se había muerto.*

Creo que Marcela se quedó procesando la información e iba tirando preguntas sin llegar a entender demasiado.

Me quedé callada unos quince minutos pensando en la cagada que me había mandado, porque sabía que contarle esto a ella abría un abanico enorme de escenarios, preguntas, repreguntas y habitar, como siempre, todo lo que surgiera en el medio.

Marcela escribía sin parar en su cuaderno, y de vez en cuando yo levantaba la mirada y pensaba en qué era lo que estaría anotando.

Respetó mi silencio y no dijo nada.

- *Lo maté porque lo odio.*
- *...*
- *Es una persona de mierda. Igual lo último que supe fue que en*

*cualquier momento pasa para el otro lado. Ojalá sea rápido.*

- ...

- *Siempre digo que todo vuelve en esta vida, ¿sabés? Y a él le está volviendo, lástima que tardó tanto.*

Me tiré para atrás, estaba sentada en la alfombra, y quedé acostada con las piernas flexionadas. Desde ahí si miraba hacia la izquierda podía ver Composición Ocho, uno de mis cuadros favoritos de Kandinsky y a la derecha Amarillo, Rojo y Azul que es más lindo que el anterior. Me encantaba acostarme ahí. Como siempre nuestras sesiones eran con música y en ese momento sonaba el tema Everybody Hurts de R.E.M.

- *Todo el mundo lastima ¿no?*

- *Creo que, aunque no queramos, en algún momento, a alguien, terminamos lastimando, isí!*

- *Y no debería ser así.*

- *En un mundo ideal no.*

Me quedé pensando en mi mundo ideal... creo que era yo en medio de una playa desierta con una guitarra, sola obviamente.

Terminó la canción, me puse de costado y dije:

- *Me doy cuenta de que jamás lloré delante tuyo.*

- *¿Nunca tuviste ganas?*

- *iMuchas! Pero no me sale hacerlo.*

- *Deberías dejar que pase. Quizás te sentirías mucho más liviana.*

- *Sí, debería.*

Le contesté mientras me volvía a poner de espaldas.

La sesión terminó así. Estaba más pendiente yo de los minutos que ella, que tenía estratégicamente ubicado un reloj para que los pacientes no notáramos que miraba la hora, aunque yo ya me había dado cuenta.

Me levanté, agarré mi mochila y le dije

- *Me voy, ya pasó la hora.*
- *Lamentablemente, no puedo cancelar a otro paciente, si no me encantaría que siguiéramos hablando.*
- *No te hagas drama, ya hiciste bastante.*
- *Prometeme que cualquier cosa me llamas.*
- *Te lo prometo.*

Crucé la puerta del consultorio con una lágrima cayendo que ya no podía contener más, pero Marcela no la había visto porque estaba de espaldas, y respiré.

Estuve dos horas sentada en la plaza de la esquina tratando de pensar en todo lo que había pasado, pero mi cabeza no quería pasar las cosas en limpio, siempre prefería archivarlas.

Empecé a caminar hacia mi casa.

Era muy lunes.

Solo quería dormir.

## Capítulo 4

### 4

#### **La distancia**

“A veces es necesario ir muy lejos, fuera del camino, con el fin de volver a la distancia correcta.”

Edward Albee

Esa noche no pude dormir.

Pensaba en todo lo que me había dicho Marcela y en cuanta razón tenía.

Pero yo tenía mis motivos para ser como era, aunque ella no los supiera todavía.

Me pasé todo el martes pensando en que me iba a tomar los 10 días de vacaciones que me quedaban del año anterior, ¿para qué acumularlos? No tenía sentido, sabía que más de una semana fuera de mi casa ya empezaba a molestarme, así que nunca iba a hacer un viaje de un mes.

El miércoles hablé con Natalia de Recursos Humanos y me dio los diez días a partir del lunes siguiente.

Esa noche, como casi todos los miércoles fui al after office, tomé unas copas de vino y conocí a Sebastián. No tengo mucho que decir sobre eso, solo que nos sacamos las ganas y cada uno volvió a su casa.

La semana transcurrió tranquila, mientras iba viendo hacia qué destino partir.

El mar o la montaña. Norte o sur.

Definitivamente... el mar. Porque nada me daba más calma que sentarme en la arena y escuchar como rompen las olas contra algún acantilado.

Me decidí por Mar de las Pampas. Dentro de todo estaba cerca, y como el clima no ayudaba sabía que algunos días no iba a poder estar mucho

tiempo al aire libre.

Hice la reserva en uno de los hoteles más lindos, con spa, gimnasio, bar, restaurante y un montón de cosas que sabía que probablemente no iba a usar, pero la habitación sí, y era fundamental para mí sentirme a gusto, con una buena cama, un buen baño y room service para esos días en los que cuatro paredes eran mi mejor opción.

Avisé en el chat de mis amigas que iba a desaparecer por unos días y la llamé a Marcela para avisarle que la semana siguiente no iba a poder ir a sesión.

El viernes por la noche agarré mi bolso y me fui derecho a Retiro para tomarme el colectivo.

Me desperté y ya estaba llegando.

Un remise me llevó hasta el Hotel.

Cuando entré a la habitación supe que no me había equivocado. Me tiré sobre la cama casi volando y una sonrisa se me dibujó en la cara.

Como cada vez que me iba a algún lugar con mar no pude resistir el acercarme a la orilla lo antes posible.

Así que armé el equipo de mate, agarré la campera y salí.

El hotel estaba sobre la costa, solo tenía que atravesar un pequeño bosque de pinos y entonces.. el corazón en calma.

Ahí estaba él, con toda su magia.

Inmenso, implacable, misterioso...

Me descalcé y salí corriendo para mojarme los pies en el agua, era como un ritual, invierno o verano, era lo primero que hacía cuando llegaba al mar. Casi como saludándolo, como diciéndole acá estoy de nuevo ¿viste? No te cambié por las montañas.

El agua parecía tibia en comparación con el frío que hacía y me quedé parada mirando el horizonte mucho tiempo, como hipnotizada, mientras el

viento helado me pegaba en la cara.

Miré a mi alrededor y no había nadie, solamente a lo lejos alcancé a divisar a un par de hombres que parecía que estaban pescando.

Me fui a la arena seca, armé el mate y me quedé todo el día pensando en nada...

Alrededor de las seis de la tarde el frío, con la caída del sol, ya era insoportable, así que volví al Hotel.

Me metí en el jacuzzi con el agua bien caliente mientras seguía como en pausa.

Ese día no hice más que dormir.

Cuando desperté, la mañana siguiente, mi energía era otra.

Bajé a desayunar con la malla puesta y me fui al spa. Raro en mí, no solía usar esos servicios. Pero consideré que un buen masaje era lo mejor para ese momento.

En la recepción había una chica jovencita, de unos diecinueve años. Y me acordé de mí a esa edad. Todavía tenía una cuota de inocencia que la vida me iba a arrebatar con el paso del tiempo.

En el box, una señora de unos cincuenta y tantos era la encargada de hacerte sentir en las nubes. Su nombre era Carmela. Casi no hablaba. Y cuando yo intentaba sacar algún tema de conversación me hacía callar.

*- Viniste a relajarte y el silencio ayuda mucho. Tratá de poner la mente en blanco y disfrutá.*

Aunque mi mente jamás estuvo en blanco pude disfrutar de las piedras calientes, los masajes con aceites naturales y la posterior meditación que Carmela guiaba a la perfección.

Salí renovada... como flotando.

Me sumergí en la pileta climatizada que tenía vista al mar y volví a quedar

en pausa.

Ahora que lo pienso creo que mi cabeza necesitaba parar de alguna manera y automáticamente se desconectó del mundo sin pedir permiso.

El problema empezó al tercer día.

Dos días habían sido suficientes para frenar un poco y la ansiedad empezaba a manejarme.

Empecé a barajar la posibilidad de volver, pero había estado solo dos días... así que otra vez me fui a la playa para no pensar. Pero esta vez fue distinto.

No podía parar de pensar en mí.

En mi vida.

En mis proyectos y relaciones frustradas, en mi trabajo... donde sabía que, aunque me esforzara al máximo ya tenía el techo de cristal a medio metro, en Marcela y nuestras charlas, en mis amigas y la vida que le había tocado a cada una, en mi mamá, en mi papá, en Lili y en Iñaqui.

¡Sí! Iñaqui apareció esa tarde camuflado entre mil pensamientos.

El Iñaqui al que no había mirado como hombre, el Iñaqui que hizo que no me dispersara durante horas y el Iñaqui que no había vuelto a escribir por muchos días.

No la pasé bien, aunque mirara las olas ir y venir incansablemente mi mente seguía en Buenos Aires y en todo lo que me rodeaba.

Me había alejado para no pensar.

Pero la distancia me había dado una tregua de cuarenta y ocho horas y ahora empezaba a tocarme el hombro.

Llegué al Hotel casi corriendo para armar el bolso y volverme a mi casa.

Una vez en la habitación, sentada al borde de la cama pensé que seguir huyendo no era la mejor opción y me obligué a quedarme.

No hablaba con nadie, prefería el silencio, y eso le daba lugar a los pensamientos.

Otra noche que pasaba encerrada en mi cuarto con la luz apagada y los ojos abiertos esperando que sucediera algo que me sacara de ahí. Pero solo llegaba el sueño.

A la mañana siguiente no pude resistir más y prendí el celular, me había prometido no tocarlo hasta el regreso, solamente lo llevaría por alguna emergencia, pero creo que el aburrimiento ya era demasiado y necesitaba conectarme con alguien.

El chat de mis amigas explotaba de mensajes. Chistes, memes, chusmerios y demás. Me exigían explicaciones de por qué no contestaba y hasta habían sacado sus propias conclusiones.

Leí todo, pero no respondí. No tenía ganas de hablar, aunque me habían sacado varias sonrisas. Sobre todo, cuando Mariana supuso que estaba en una cabaña con cuatro pescadores ¡haciendo todas las poses del Kama Sutra!

Y entre tantos mensajes no leídos apareció Iñaqui.

El mensaje lo había mandado el sábado a la tarde. Era martes.

Supuse que se había enojado y me puse a explicarle lo que había pasado.

Esperé impacientemente que me responda y a la hora y media llegó su mensaje.

Yo estaba desayunando con el celular al lado. Sabía que desde el momento en que lo encendiera iba a volver a ser una extensión de mi cuerpo.

Otra vez había programado un encuentro con anticipación y lo peor era que, inconscientemente, ya había decidido que una semana era suficiente.

Estaba acostumbrada a sostener conversaciones largas por WhatsApp, pero evidentemente a Iñaqui no le gustaba y solo se limitaba a decir lo justo y necesario.

Debo confesar que su mensaje me levantó un poco el ánimo y eso me invitó a quedarme.

Ese día decidí salir a caminar. Desde que había llegado no había hecho más que ir de la playa al Hotel y del Hotel a la playa.

No había mucho para hacer en pleno invierno, casi todos los locales estaban cerrados.

Me senté en un café y me pedí un submarino y churros rellenos con dulce de leche. ¡Sí! Tenía ganas de sentirme en la Costa y ¡qué mejor que unos churros rellenos!

Oscurecía temprano y eso invitaba a la nostalgia...

Y no podía evitar sentir tristeza la gran parte del día.

No había ido a eso, me había escapado de la rutina y la realidad por diez días, ese era el plan... pero hay cosas que te siguen a donde vayas.

Trataba de poner todo en perspectiva, de acomodar las ideas, de que los pensamientos no me abrumaran... pero era una batalla perdida.

Otra vez el Hotel, los ojos abiertos, el techo que esta vez se me venía encima, la oscuridad y el sueño... que había decidido no llegar... se había tomado la noche libre.

No fue una de las peores noches de mi vida, pero si la voy a recordar siempre como aquella noche en la que decidí que todo debía tener un final, aunque, gracias a Carmela, el final no llegó.

A las seis de la mañana mi cabeza era un carnaval, no entendía nada. No sabía ni dónde estaba parada. Me sentía literalmente perdida y como aquellos que se pierden, empecé a caminar sin rumbo.

Salí del Hotel descalza, en remera y con un jogging que usaba cuando quería estar cómoda, puertas adentro.

Me senté debajo de un pino muerta de frío, no recuerdo cuanto tiempo estuve ahí y de la nada me levanté y caminé hacia el mar.

Recuerdo haber estado flotando en paz... y de ahí en más todo en blanco.

Cuando abrí los ojos la vi a Carmela.

Estaba en una habitación oscura y no paraba de temblar.

- *¿Dónde estoy?*
- *Calmate, no pasa nada.*
- *¿Dónde estoy?*
- *Estás en el Hospital.*
- *¿En el Hospital? ¿En qué Hospital?*
- *Estas en Mar de las Pampas, ¿te acordás?*

No, no me acordaba. Como no recordaba lo que había pasado después de encontrar la calma.

Me contaron que estaba flotando a la deriva. Que Carmela, que entraba a trabajar temprano y llegaba al Hotel caminando por la playa, me había visto y llamó a la Guardia Costera para que me rescataran. Solo había visto un cuerpo, no sabía que era yo y cuando me vio decidió quedarse conmigo hasta que estuviera mejor.

- *¡Que susto me diste nena!*
- *Perdón... no sé qué pasó... yo estaba en el bosque.*

- *Y se ve que decidiste refrescarte –dijo en tono de broma para distender la charla-.*
- *Gracias Carmela. ¿Ya me puedo ir?*
- *No sé, ahora viene el médico a dar el parte y le preguntamos. ¿Cuál es tu nombre?*
- *Ceci.*
- *Bueno Ceci, tranquila que el susto ya pasó.*
- *¿Qué día es?*
- *viernes.*

Hacía dos días que estaba internada. Había llegado inconsciente, con hipotermia y agua en los pulmones. Se manifestó una infección y no podían bajarme la fiebre, por eso me habían dejado en observación mientras me pasaban suero y antibióticos por intravenosa.

El médico apareció a las doce en punto.

- *¡Hola! Soy el Dr. Ramallo. ¿Cómo te sentís?*
- *¡Hola! Me siento bien. Un poco cansada, nada más.*
- *Sí, eso es normal. ¿Mareos, náuseas, dolor abdominal o de otro tipo?*
- *Nada.*
- *¿Te sentís bien como para que te dé el alta? No me mientas porque si no vas a terminar volviendo, yo sé lo que te digo.*
- *Me siento bien, me gustaría irme.*
- *Ok, Dejame hacer los papeles del alta y las recetas para que compres los antibióticos. Los vas a tener que seguir tomando siete días más, uno cada doce horas. Igual te dejo todo anotado.*
- *Gracias.*

Carmela, que estaba a un costado de la cama, miraba al médico con cara de sorprendida. No entendía cómo no me había derivado con un psiquiatra antes de darme el alta. Claramente, aunque inconsciente, había sido un intento de suicidio.

Pero es sabido que en algunos Hospitales hay menos camas que enfermos y una vez que cruzan la puerta el problema pasa a ser de otro.

Para las dos de la tarde estaba cambiada y lista para irme.

Ante la situación, el dueño del Hotel, había autorizado el ingreso de Carmela a mi habitación para agarrar ropa y cosas que necesitaba.

Siempre se mantuvo a mi lado y con ella regresé al Hotel.

Esa misma noche me volví a Buenos Aires.

No supe mucho de la vida de Carmela, solo que tenía un hijo que vivía en Mar del Plata y que era viuda.

Pero hasta el día de hoy la recuerdo como aquella que no miró para el costado como hacían muchos.

Carmela me había salvado la vida y había modificado algo en mí.

La abracé lo más fuerte que pude y me fui.

## Capítulo 5

### 5

#### La vuelta a mí

“Llegará un momento en que creas que todo ha terminado. Ese será el principio.”

Epicuro

Me subí al colectivo que iba a llevarme de regreso a mi casa, aún no sabía si era algo que realmente quería, pero, después de lo que mi cabeza había intentado hacerme, no tenía otra opción.

Debía volver a mi lugar seguro.

Mis cuatro paredes, mi rincón aislado del Mundo donde podía romperme en veinte mil pedazos sin ser vista.

Volví con el corazón cargado de una tristeza inmensa.

Me había ido para encontrar un poco de paz, pero el que no estaba en paz era mi interior.

Recordé el mar, me recordé flotando en la inmensidad, absolutamente liviana, y me cuestioné si no hubiera sido mejor que nadie me encontrara.

Quizás esa hubiera sido la única oportunidad de desaparecer.

Fuera de mí, sin pensarlo, sin tener que tomar, conscientemente, la decisión.

Me recosté en el asiento del colectivo y mi mente se apagó por completo.

De golpe sentí una mano que me tocaba el hombro.

- *Disculpame, llegamos a Retiro.*
- *¡Ah! ¡Gracias! Me quedé re dormida.*
- *No hay problema. Te están esperando para darte el bolso.*
- *Sí. Ya bajo. Gracias.*

Absolutamente dormida, con los ojos hinchados, bajé del colectivo y me encontré en el caos.

Me acerqué al señor que me estaba esperando para darme el bolso.

- *¿Este es suyo, Bella Durmiente?*
- *Sí, acá está el papel.*
- *Gracias. Qué tenga un buen día.*
- *Igualmente.*

Tomé un taxi de regreso a casa.

Carlos baldeaba la vereda como todas las mañanas.

- *Hola Ceci. Volviste... ¿No te quedabas unos días más?*

Como siempre, los porteros, estaban al tanto de todo.

- *Hola Carlos... volví antes... cosas de trabajo.*
- *Bueno, ¿por lo menos pudiste descansar unos días?*
- *¡Sí! La pasé genial. ¡Gracias! Bueno, te dejo porque estoy muerta del*

*viaje, no pude pegar un ojo.*

- *Dale Ceci. Nos vemos.*

No tenía más que seguir fingiendo.

Nadie, jamás, se iba a enterar de lo que había pasado en Mar de las Pampas. Nadie tenía por qué saber que mi cabeza quería dejar de pensar... y que había tomado la decisión, por sí misma, de hacerlo.

Fue una experiencia traumática, aunque en su mayoría no la recordara.

Pero sí recordaba el después, y haberme encontrado en un Hospital, internada, acompañada por alguien que solo había visto una vez, después de saber que me había querido suicidar no era algo que se iba a esconder en mi memoria. Al contrario, iba a quedar ahí por muchos años, para siempre volver.

Cuando abrí la puerta del departamento me encontré con la misma imagen de siempre.

Cada cosa en su lugar, ya sea ordenada o no, pero cada cosa en el mismo lugar donde la había dejado.

Y el alma se dobló como un origami.

Era sábado y había programado un encuentro con Iñaqui al que no iba a asistir.

Había cancelado la sesión del lunes con Marcela y mis amigas creían que aún seguía en la costa.

Solo me quedaba mandar un mensaje para dejar todo en orden y quedarme encerrada hasta el jueves.

Un mensaje corto donde decía lo que quería decir, como a él le gustaba.

Iñaqui tenía eso, no aparecía todos los días. No mandaba mensajes preguntando cómo iba la vida como encabezado de una salida. Él simplemente aparecía de repente. Natural, sin nada de vueltas. Él era mi antítesis.

Yo le buscaba la vuelta a todo, pero él iba por un solo camino, el que le marcaba el día a día, mientras a mí se me disparaba la cabeza un mes hacia adelante y empezaba a preocuparme por cosas que ni siquiera sabía si iban a suceder.

Tenía cinco días para pensar.

Sabía que no iba a ser fácil. Era demasiado tiempo dentro de mí misma.

Todo el tiempo que durante años había esquivado con salidas, trabajo y madrugadas de sexo libre.

La vida me había pasado factura cuando había querido hacerla un poco más tranquila.

Y eso hacía que no entendiera mucho qué decisión tenía que tomar para seguir adelante.

Los primeros tres días me ahogué en alcohol y cuando el efecto iba pasando lo reforzaba con marihuana.

Fueron tres días haciendo un esfuerzo para anular los recuerdos.

No me gustaba volcar de esa manera. No me gustaba verme al espejo cuando diez minutos de conciencia me dejaban hacerlo.

En mi vida había transitado los excesos varias veces, pero sabía que este impulso que había aparecido no se iba a ir de la noche a la mañana.

Para el cuarto día la resaca no me dejaba oler una gota de Vodka y tuve que frenar.

Totalmente descompuesta, me tiré en el sillón, y dejé que pasara el día.

Dos veces me había asomado al balcón para mirar hacia abajo y dos veces retrocedí. Algo me frenaba. Deseaba que apareciera de nuevo ese estado de inconsciencia para tener el valor de volar de una vez por todas, pero no

aparecía.

El quinto día, lúcida y ahogada por el encierro la llamé a Lili. Necesitaba esa cachetada de realidad como decía ella para despertarme de este quilombo en el que estaba metida.

La llamé porque necesitaba verla. Porque necesitaba abrazarla.

Sentir ese "Tati" que por momentos odiaba, pero que me hacía sentir en calma.

- *Hola Lili, soy Ceci, ¿Podés hablar?*
- *Tati. ¡Chiquita! ¿Cómo no voy a poder hablar con vos?*
- *¿Vas a estar en tu casa? Me gustaría verte y charlar un rato.*
- *¡Sí! Venite que estoy sola y aburrida como un hongo. Te espero con unos mates.*
- *¡Dale! Salgo para allá.*

Y así, sin pensarlo demasiado, me puse una campera y salí.

Lili se había mudado a cinco cuabras del departamento, pero sabía que ella siempre iba a respetar mis tiempos, aunque estuviera haciendo los mandados a cinco metros de mi casa. Jamás iba a llegar sin antes avisar. Porque ella entendía que en la libertad también está el encierro y lo había habitado muchas veces.

Por otro lado, me conocía demasiado como para caer de imprevisto. Y si lo hacía, probablemente, mi cara de culo la iba a invitar a irse.

Toqué el timbre y sin preguntar quién era me dijo subí.

Me estaba esperando en la puerta.

Vivía en un edificio antiguo que, a pesar de haber perdido el esplendor de

su época, todavía tenía ese halo de majestuosidad olvidada.

Pasillo al fondo y Lili apareciendo como una silueta fantasmagórica entre la sombra.

- *¡Prendé la luz que no se ve nada!*

No encontraba el botón que accionaba la luz del pasillo.

- *Ya está. Soy como los gatos, veo de noche.*

- *Vení, dame un abrazo.*

Y apresuré el paso porque era lo único que necesitaba. Ese abrazo que me estaba ofreciendo y yo anhelaba con todas mis fuerzas.

Sí. Lili era mi familia, la única que me había quedado. Y en la única que había confiado toda mi vida.

No sé cuánto tiempo duró, pero sentí que me estaba sosteniendo.

Perceptiva como nadie sabía que estaba ahí porque me encontraba perdida. Pero esta vez no dijo nada. Solo me invito a pasar.

Y cuando crucé la puerta, ese departamento, era Lili en su máxima expresión.

- *¿Viste que refugio me armé? Recorrelo mientras yo preparo el mate.*

- *Lili, este lugar es genial.*

- *Recorrelo, no hay mucho que ver, pero algunas cosas te van a llamar la atención.*

Apenas entré me choqué con una escultura de metal denominada, según

el cartel que figuraba debajo, "El amor y el sexo libre".

¡Y sí! Otra cosa no podía esperar.

El living era una mezcla de distintas culturas. Había un tapiz de la india con un mandala en una de las paredes y al lado, sin tener nada que ver, enmarcada, la foto épica de John y Yoko, "La cama de la paz", tomada en el Hilton de Gibraltar en protesta contra la guerra de Vietnam.

En una vitrina, cristalería mezclada con la imagen de Buda, y en uno de los estantes una zampoña.

Hasta el momento, la decoración, aunque extraña, tenía su encanto.

También había dos sillones con una mesa ratona sin ninguna excentricidad y contra la ventana que daba al balcón dos puff estampados con palabras en un idioma que no llegaba a entender. Después supe que esos eran Mantras y que los había mandado a personalizar.

Del barral de la cortina colgaban un llamador de ángeles hecho de distintas piedras y un atrapador de sueños.

Lo más fascinante del recorrido fue su cuarto.

Una cama de dos plazas. Dos mesas de luz un tanto extrañas, una lámpara que colgaba del techo con tiras de tul y las paredes repletas de marcos con fotos.

A ella le encantaba la fotografía. Siempre cargaba con una cámara en su cartera. Creo que lo que más le gustaba era capturar momentos, y ahí estaban.

Mis ojos no llegaban a entender el porqué de todo eso y en ese momento entró Lili, con el termo debajo del brazo y un mate cebado para mí.

- ¿Y? ¿Qué te parece?

- ¡Me encanta! Esto es como un álbum de fotos gigante.

- ¡Sí! Es lo que quise hacer.

- ¿Y por qué acá? ¿En tu cuarto? Acá solo podés verlas vos.

- ¿Y por qué no?

- Qué sé yo, por lo general la gente las pone en el living o lugares visibles.

*- La gente común. No una loca perdida como yo..., dijo, mientras largaba una carcajada. Me gusta tenerlas acá porque cada vez que me acuesto puedo repasar todo el camino que hice.*

Los marcos, aunque de distintas medidas, estaban puestos de tal manera que en su totalidad eran armónicos y perfectos.

*- ¿Qué son todas estas fotos?*

*- Es mi vida Tati. Toda mi vida hasta hoy y todavía me queda espacio para más, porque aún me queda hilo en el carretel.*

*- Imagino que las acomodaste cronológicamente ¿no? ¿Por qué de la mitad de la cama hacia la derecha?*

*- Porque cuando termine la vuelta voy a estar muriendo, y quería que se encuentren el inicio y el final de mi vida.*

*- Lili, ¿de dónde saliste? ¡Sos única!*

*- ¡Del medio del campo! Mis quince años allá me dieron vuelta la cabeza me parece.*

*- ¿Y esa oveja?*

*- Mi mascota preferida. Nube se llamaba, no era muy creativa, me dijeron que había muerto, después caí que seguro me la había comido en alguno de los guisos que hacía mamá.*

*- Es impresionante.*

*- Mirá esta. Fue el día que naciste vos.*

En la foto estaban mamá y ella en la cama del sanatorio y Lili me tenía en brazos, a mi casi no se me veía porque estaba tapada con una mantita blanca.

*- Creo que es una de las pocas fotos que vi del día de mi nacimiento. En casa las fotos no eran algo común.*

*- Si seguís recorriendo te vas a encontrar en varias, la última que tengo es del último cumpleaños de tu mamá.*

Mamá había fallecido dos meses después de su cumpleaños número sesenta y seis. Por culpa de un cáncer de mama que había hecho metástasis antes de notarlo. Por suerte la enfermedad se la llevó en

menos de un mes.

En esas paredes estaba la vida de Lili y también encontré un poco la mía, me vi creciendo con cada foto.

- *La verdad... ¡Te felicito! Jamás se me hubiera ocurrido.*  
- *¡Gracias! Está bueno, que sé yo. A mí me gusta y son todas para mí. Así que cada noche me acuesto, las observo y siempre me detengo en alguna que me trae algún recuerdo.*

La verdad, aunque extraña y fuera de lo convencional, la idea era maravillosa. No sé si yo podría dormir en un cuarto atestado de fotos, pero Lili sí, porque era Lili.

Clavé la mirada en uno de los marcos y salí corriendo hacia él, estaba torcido.

- *¡Ni se te ocurra acomodarlo!*  
- *Pero es el único que está torcido. Todos los demás están perfectamente alineados.*  
- *Sí, está torcido y quiero que siga torcido.*

Miré la foto detenidamente. Era ella con Raúl en la Terminal de Olavarría antes de tomarse el micro hacia Mar del Plata.

- *¿Por qué esa?*  
- *Porque me recuerda el único error que cometí en mi vida. No por haberme ido del pueblo. Si no por haber confiado en la única persona que me lastimó más que nadie en esta vida.*  
- *Pero no habrá sido el único error que cometiste.*  
- *¡No! Cometí mil errores, pero ese error hizo que dejara de ser quien era en realidad.*

Nos fuimos al living. Nos sentamos en esos sillones que eran los más cómodos que había probado en la vida y entre mate y mate nos dispusimos a hablar.

- *iBueno Che! Contame un poco que fue de vos estos años.*
- *No tengo mucho para contar. Después de la muerte de mamá todo siguió como estaba. Ya sabés, laburo, salidas, amigas y ahora terapia.*
- *¿Qué fue de la vida de Marcos?*
- *iUff! ¡Dejalo ahí! Un pelotudo más que sumé a la lista. Desapareció de un día para el otro porque estaba conflictuado con la vida. Creo que ahora vive en El Bolsón.*
- *iMira vos! Parecía buen pibe.*
- *Sí, bueno era y calculo que lo debe seguir siendo. Pero estaba medio tocado.*

Justo cuando estaba estirando el brazo para darme un mate me paré y me senté al lado de ella.

- *¿iQué haces loca!?*
- ...

Me recosté en su falda, como solía hacerlo cuando era chica y me largué a llorar.

Lo único que hizo fue ponerme una mano en la frente y con la otra me apretó fuerte una mano.

- *Acá estoy Tati. Llorá todo lo que quieras, es la única manera de limpiarnos un poco el alma.*
- ...

Ella no sabía que tenía el alma rota, seguro lo intuía, pero nunca le conté

lo que había pasado.

Estaba viva porque alguien paso de casualidad por la playa donde había decidido acabar con todo.

Estaba agradecida con Carmela, pero también un poco enojada.

Y lloraba mientras repasaba esos días en Mar de las Pampas. Me había ido para volver en paz y se había desatado una tormenta en mi interior que iba a ser difícil de disipar.

Sabía que a mi alrededor había mucha gente que me quería. Pero definitivamente la no se quería era yo, y contra eso no se puede hacer demasiado.

Había perdido el amor propio.

Me había vuelto una sobreviviente que estaba bajando los brazos, aunque no quisiera.

Y una voz se había instalado en mi cabeza, una voz que no se iba a callar por mucho que lo intentara.

Me desperté en el sillón, tapada con una manta y con los ojos de Lili clavados en la nuca.

- *No te voy a preguntar qué te pasa... quedate tranquila.*

- ...

- *Solo me da un poco de miedo que estés tan angustiada. ¿Tu psicóloga está al tanto de lo que estás pasando?*

- *Sí Tía, quedate tranquila.*

Y de Lili a secas, había vuelto a ser la tía Lili, casi sin que me diera cuenta.

- *¿Te querés quedar a cenar? Preparo algo rapidito.*

- *No. Gracias. Mañana laburo y tengo que preparar algunas cosas.*

- *Bueno, chiquita. ¡Te espero cuando quieras!*

- *Gracias tía. Vos también podés venir cuando quieras.*

Me fui tranquila. La angustia había desaparecido un poco del pecho.

Sabía que ese era un lugar seguro para mí. Que iba a poder pasar por ahí, a buscar un abrazo, cuantas veces quisiera. El problema era mi falta de coraje para levantar la mano y pedir ayuda... porque siempre había podido con todo y ahora no podía ser la excepción.

Me estaba hundiendo, lentamente, en arenas movedizas.

Me había sumergido de cabeza en un pozo sin fondo.

¿Qué era lo que seguía?

Muchas veces en mi vida había huido de mí misma y de los demás por diferentes motivos y consciente de que nunca había logrado nada, aún lo seguía haciendo.

Esos días al lado del mar me habían mostrado lo que realmente era, una fugitiva.

Una fugitiva con una gran mochila sobre su espalda que no podía abandonar en ningún lugar... y Lili lo sabía.

Cuando el portero me abrió la puerta escuche a Lili que me llamaba, casi gritando...

- *Tati, ipará!*

Inmediatamente me di vuelta y volví a entrar.

Venía con el paso apurado y un sobre en la mano.

- *¿Qué pasa tía?*
- *Vení, salgamos.*

Evidentemente no quería que el portero escuchara la conversación.

- *¿Qué pasa? ¿De repente te pusiste misteriosa?*
- *No nena, quería darte esto... Las tengo guardadas desde hace muchos años, pero son tuyas.*

Abrí el sobre y vi que tenía algunas fotos.

- *¿Fotos? Bueno, cuando llego a casa las veo bien. ¡Gracias!*
- *Fotos... sí. Que guardé inconscientemente y nunca te di, creo que ahora es un buen momento. Espero que esas fotos te hagan volver a vos.*
- *¿Volver a mí?*
- *Sí Tati, estás perdida. No me vas a contar lo que te pasa, pero yo sé que estás perdida. Ahí, quizás, te encuentres un poco a vos misma.*
- *Ya sabés que me perdí hace mucho.*
- *Pero ahora es distinto, algo hay que no te deja encontrarte ni siquiera un rato. Y eso me preocupa. No vernos, al menos de a ratos, es peligroso.*
- *Bueno tía... no te pongas así, sabés que algo voy a inventar para volver a encontrarme, como siempre.*
- *¿Sabés que te puedo ayudar en ese camino no? Te conozco desde que naciste y conozco toda tu historia.*
- *Una historia de mierda...*
- *¡Sí! ¡No te lo voy a negar! Una historia de mierda, pero tuya. Y esa sos vos. Mirá para adentro Tati. Mirá para adentro y vas a ver que ahí seguís estando vos.*
- *Lo voy a hacer... Ahora andá adentro que hace frío y saliste así nomás.*

Me abrazó fuerte. Me acarició la cara y me dio un beso en la frente.

Empecé a caminar con el sobre en la mano mientras pensaba en lo que me había dicho.

Cuando llegué al departamento lo dejé arriba de la mesa y me fui a acostar.

Al otro día volvía al trabajo después del "descanso" que me había tomado para poder frenar, pero en realidad había corrido más rápido de lo que mi cabeza podía procesar.

Necesitaba volver a mí.

Pero la curiosidad fue demasiada y me levanté a buscar el sobre.

Había cinco fotos de momentos clave en mi vida y en todos ellos, como un fantasma, había estado Lili.

No la recordaba en ninguno de ellos. Quizás hasta tomó las fotos de lejos, sin que me diera cuenta.

Cinco momentos de mi vida... solo cinco... y fueron suficientes.

## Capítulo 6

### 6

#### **Capturar lo invisible**

" En la fotografía hay una realidad tan sutil que

llega a ser más real que la realidad."

Alfred Stieglitz

Ese jueves me costó mucho levantarme de la cama, estaba como pegada. Tenía que volver a trabajar y, aunque no tuviera ganas de hacerlo, sabía que era lo mejor. El trabajo evitaba que pensara de más.

Nueve horas sin para delante de una computadora y hablando todo el tiempo por teléfono. Ese era mi trabajo, tedioso para algunos, pero yo lo disfrutaba.

A eso de las cinco y media de la tarde me fui.

Caminé directo hacia mi casa. Buenos Aires parecía más agitada que de costumbre.

Había pensado varias veces en mudarme a provincia, a un lugar más tranquilo, con un poco de verde... pero implicaba viajar y realmente eran horas de mi vida que no quería perder.

Siempre que caminaba iba mirando hacia abajo, rara vez levantaba la mirada para ver la cara de los demás, solo cuando alguien me chocaba o escuchaba algo raro.

Pero esa tarde presté atención, fui mirando las caras de la gente e imaginando la vida que podían tener. Me di cuenta de que, al menos en apariencia, no era la única que vivía en el caos.

Pero una cara me llamó la atención más que ninguna. Era la de una mujer, sentada en un bar, sola. Y frené disimuladamente para tratar de

entender que era lo que le pasaba. No estaba bien. Se le notaba una tristeza infinita.

No sé por qué, impulsivamente, entré al bar y me senté en su mesa.

Rápidamente levantó la mirada y me dijo

*- Disculpame, pero no quiero comprar nada.*

Había pensado que era una de las tantas personas que se ganaban la vida como vendedores ambulantes.

*- Disculpame vos a mí. No te vengo a vender nada. Te vi desde afuera y quería saber si estabas bien.*

*- ¿Te conozco?*

*- No. Pero no sé por qué me preocupé por vos.*

*- Bueno... gracias. Pero no hablo de mi vida con gente que no conozco, es bastante rara la situación ¿no te parece?*

Y sí, lo era. Si yo hubiera estado en su lugar probablemente me hubiera mandado a cagar a mí misma.

*- Sí, la verdad que no sé qué hago acá. Disculpá que te haya molestado. Espero que sigas bien y si tenés algún problema buscá ayuda. Siempre hay alguien dispuesto a dar una mano.*

Yo, la que nunca pedía ayuda diciéndole a una extraña que lo haga. No sé si fue la sensibilidad que venía manejando esos días o el haberme sentido tan sola. Pero ahí estaba.

*- Gracias por tu consejo, pero a veces por más que te pares en el medio de la 9 de Julio a los gritos nadie se detiene siquiera a verte.*

*- Bueno... yo soy alguien. ¿Te puedo ayudar de alguna manera?*

*- ¿Cómo te llamas?*

- *Ceci, ¿vos?*
- *Encantada Ceci, mi nombre es Camila.*

En ese momento se levantó de la silla y se fue.

Me quedé sola tratando de ayudar a alguien que no había aceptado la ayuda. Me sentí totalmente desubicada.

Quizás ya no había mucho por hacer, quizás ya había hablado con tantas personas como fuera posible y nadie le había dicho algo que pudiera rescatarla.

Desde ese día, cada vez que pasaba por el bar, miraba hacia adentro para ver si la veía, pero nunca sucedió. Probablemente no era de la ciudad y estaba de paso. Quizás se había ido a alguna parte del Mundo, lejos de todo lo que la rodeaba, o quizás tuvo miedo de volver a encontrarme.

Me levanté un poco desconcertada, no por su reacción sino por la mía.

Y seguí camino a mi casa.

Cuando llegué, como siempre, me preparé el mate, puse algo de música y me senté en el sillón a descansar.

Inmediatamente, me acordé de las fotos.

Lili me había dicho que mirándolas quizás podía encontrarme, aunque ella tenía claro que me había perdido hace muchos años.

Pero siempre, en todo ese tiempo, había algo que me devolvía un poco mi esencia y así me recuperaba de a pedazos. A veces me armaba, otras no. Pero me encontraba de a ratos en alguna canción, recordando algo que me había hecho feliz o simplemente mirándome al espejo sin fantasmas a mi alrededor.

Saqué las fotos del sobre y las puse arriba de la mesa.

Las acomodé cronológicamente.

En la primera estaba yo, sentada en el arenero de la plaza jugando con unos Pitufos de goma.

Cabe aclarar que en ninguna estaba mirando a cámara. A Lili le gustaba capturar momentos, sin poses, sin sonrisas falsas. Solo momentos. Recortaba pedacitos de la vida de la gente sin que se

dieran cuenta.

En esa foto debería tener unos cinco años, podía ubicarla en el tiempo por un vestido que tenía puesto y que amaba, creo que cuando me lo regalaron lo usé una semana seguida.

La foto no tenía nada en particular, solo era yo, jugando en el arenero.

La segunda foto fue un poco más perturbadora.

Tendría unos quince o dieciséis años. Estaba sentada en el cordón de la vereda con un cuaderno en la mano, anotando algo.

No me acordaba de ese momento. Pero la foto estaba ahí y yo sabía que por algo esa foto había sido tomada.

Traté de observarla con detenimiento, pero nada me llamó la atención.

En la tercera, me veía de espaldas entrando a mi casa, con mi mamá detrás. Esa imagen la tenía clara. Sabía el momento exacto en el que había sido tomada.

Lo que no podía entender era el por qué Liliana lo había hecho. Había sido un día muy triste para mí. Y ella, desde lejos, lo había capturado para siempre.

Cuarta foto. Mi cara con una sonrisa de oreja a oreja. En la puerta un camión de mudanzas y yo cargando un canasto. Ese fue el día que me fui de mi casa. Inmediatamente, recordé la pelea de que había tenido con mi

mamá por la decisión que había tomado. Mi papá ya no vivía con nosotras y creo que ella se había dado cuenta que, a partir de ese momento, debía seguir sola.

¡Y yo estaba tan feliz de que así fuera!

Me estaba despegando de lo que hasta ese momento había sido una tortura, una vida que me había obligado a vivir, de la cual no había decidido absolutamente nada.

Sí, ese día fue uno de los más felices de mi vida... y ahí estaba, retratado en una foto diez por quince para siempre.

En la quinta foto pasó lo que dijo que iba a pasar.

Me vi parada arriba de un escenario recibiendo el diploma en la colación de grado.

Esa era yo. La que tenía el sueño de rodar documentales infinitos. La que decía que se iba a meter en el medio de África para capturar la realidad social en la que estaban inmersos.

La que, con una cámara en la mano, iba a hacer justicia.

Ahí me había perdido.

Todo lo que soñaba se había ido volando, despacito, hacia otro lugar.

Lili tenía formas de hacerte entender la vida un poco raras. Como en ese momento, con cinco fotos, de las cuales solo había entendido tres.

¿Por qué las dos primeras no me decían nada?

Tenía claras las últimas tres.

Las miré fijamente por un rato largo, pero nada se me venía a la mente.

No tuve más opción que llamarla para que me explicara que tenían de importante, que podían contarme para rearmarme. Si me las había dado sabía que era por algo.

- *Hola.*
- *Tía, ¿cómo estás?*
- *Bien, ¿vos? ¿Pudiste ver las fotos?*
- *Sí, y por eso te llamo. Querías que me encuentre, te puedo asegurar que de la tercera en adelante me encontré, no como me hubiera gustado, pero sé a dónde apuntaste. Las que no entiendo son las dos primeras.*
- *Las pusiste cronológicamente ¿no?*
- *Obvio.*
- *¿No te acordás nada de la del arenero y la de la vereda?*
- *¡No tía! Si no no te estaría llamando...*
- *La del arenero no tiene demasiada explicación, solo sos vos y toda la inocencia que tenías en ese momento. Te la di para que recuerdes que en algún momento fuiste una chiquita que no tenía más remedio que dejarse cuidar.*
- *Ok, lástima que la inocencia duró poco. ¿Y la segunda?*
- *La historia de la segunda es un poco más larga, no me parece raro que no te acuerdes de ese día, la mente tiende a borrar las partes feas de nuestras historias.*
- *Sinceramente, no me acuerdo de nada...*
- *Ese día habías venido a casa buscando refugio, ya sabemos que tu casa, dos por tres era un campo de batalla. Me acuerdo que llegaste llorando y te sentaste en la mesa de la cocina. Solo me dijiste dos palabras. "Quiero desaparecer".*
- *No me extraña, mi casa era un desastre...*
- *¡Sí! No te lo voy a negar.*
- *¡Y no! Es imposible negar esa realidad. Pero sigo sin entender la foto.*
- *La verdad fue que, en ese momento, no sabía que decirte que pudiera ayudarte, solo se me ocurrió darte un cuaderno y una lapicera. Y te dije que hablaras con él, que le contaras todo lo que sentías. Siempre fuiste muy cerrada. Como hasta ahora. Y si no me contabas que era lo que te hacía sentir así se me ocurrió que escribiéndolo quizás podías canalizarlo de alguna manera.*
- *Siempre con un as bajo la manga vos. ¿Y por qué me sacaste esa foto?*
- *Porque ese día te fuiste con el cuaderno, te sentaste en el cordón de la vereda y escribiste no sé cuántas horas seguidas. Y supe que, por poco que fuera, de alguna manera, te había ayudado. Me dio mucha tristeza verte escribir sin parar. Me hubiera encantado leer lo que escribías. Pero era tu Mundo no el mío. Solo retraté el momento.*
- *Ahora que me lo decís me estoy acordando un poco.*
- *¿Lo tenés todavía?*
- *No, seguramente mamá se encargó de hacerlo desaparecer como hizo con todo lo que no pudo manejar en su vida.*
- *Tu mamá cometió mil errores Tati... pero yo sé que te quería más que a nadie.*
- *Puede ser, lástima que nunca hizo que me diera cuenta.*
- *Nunca la perdonaste ¿no?*

- No, ni lo pienso hacer.
- No voy a dar mi opinión al respecto, te entiendo.
- ¡Sí! Yo no entiendo como vos la aguantaste hasta el último día... No era buena persona, ivos lo sabes!
- No soy quién para juzgar a la gente....
- La seguís defendiendo, y sabes que era indefendible.
- ¡No! No te equivoques, jamás avalé lo que hizo. Pero yo no estaba en sus zapatos.
- Bueno tía, pero reconocé que no fue buena persona, por lo menos conmigo.
- No puedo decirte eso. Vos sabés la relación que yo tenía con tu mamá. Fuimos inseparables hasta el día que murió. Y aunque no lo creas, muchas veces, en todos esos años, tuvimos mil discusiones por todo lo que te habían hecho vivir a vos, tanto ella como tu viejo.
- Bueno... la seguís defendiendo. No voy a hablar más del tema.
- Entiendo que te enojas...
- No me enojo, simplemente nunca voy a entender cómo pudiste acompañarla, yo no hubiera podido.
- A veces me lo planteo, pero también sé que hay muchas cosas que vos no sabés, que te ocultaron y que algún día, cuando tengas ganas te las voy a contar.
- Por ahora paso...
- Cuando tengas ganas...
- Por eso, por ahora paso.
- Bueno... espero que esas fotos te hayan servido para acordarte un poco que quien eras, y como llegaste a ser quien sos.
- Sí, lamentablemente lograste lo que querías...
- No es malo recordar los momentos en los que no fuiste feliz, porque esos momentos también te trajeron hasta acá.
- ¡Ya lo sé tía! Y entiendo el punto. Solo que no sé si quería encontrarme así.
- Lo importante es que entiendas que estás acá y seguís estando gracias a vos.
- ...
- Vos te convertiste en una gran mujer, aunque no lo quieras ver Tati... otra en tu lugar hubiera abandonado la partida.
- También lo sé.
- Me alegro entonces.
- Bueno, te dejo. Necesito pensar un poco.
- ¿Cualquier cosa me llamás?
- Sabés que sí. Te mando un beso grande.
- Otro.

Lo que ella no sabía es que quería abandonar la partida, pero no tenía los

ovarios de tirar las cartas sobre la mesa y salir corriendo.

En esas cinco fotos me encontré, quizás no de la manera en la que me hubiera gustado hacerlo. Pero fueron cinco fotos que marcaban partes fundamentales de mi vida. Las que me habían hecho llegar hasta donde estaba con tan pocas ganas de seguir viva.

Las guardé en el sobre nuevamente y las oculté en lo profundo de un cajón.

No había manera de que volviera a recurrir a ellas, aunque volviera a perderme.

Es verdad que un poco me habían armado, que algunas piezas se habían acomodado. Tampoco podía pedirle a cinco imágenes que me contaran una historia maravillosa porque mi vida no había sido así.

Solo pude recortarme de una. Y esa me la guardé en el alma. El día que me había ido para siempre de esa casa donde me habían condenado de por vida.

Creo que Lili conocía la historia completa, por supuesto no mi versión, solo la de mamá, pero la consideraba muy inteligente como para que no se haya puesto en mi lugar en algún momento.

Iba a llegar el día en el que la escuchara de mi boca y ese mismo día me iba a enterar de las cosas que supuestamente no sabía. En algún momento le iba a hacer entender que estaba equivocada.

Y no me iba a retrucar nada más, porque iba a saber lo que era vivir con mil demonios metidos en la cabeza.

## Capítulo 7

### 7

#### Juntas

“La amistad es un alma que habita en dos cuerpos,  
un corazón que habita en dos almas.”

Aristóteles

El viernes, después del trabajo, nos juntábamos con las chicas en el bar. Hacía mucho que no coincidíamos todas. Siempre por un compromiso u otro, por fechas importantes o simplemente por cansancio íbamos posponiendo el encuentro. Pero esta vez, mágicamente, todas podíamos encontrarnos.

Y eso que solo éramos cinco.

Sofi, Carla, Mariana, Lore y yo.

Cinco vidas que se habían cruzado en algún momento, sabiendo que jamás, por nada del Mundo, iban a separarse.

Más de veinte años de amistad. Casi nunca una pelea, claro que a veces discutíamos, éramos seres individuales y cada una tenía su manera de pensar.

Esa noche estaba feliz, tenía a mis cuatro pilares, con una copa en la mano, dispuestas a brindar por la amistad.

Todo era risas, comentarios, chusmerios, anécdotas y recuerdos.

Hasta que Mariana, de nuevo, como en aquel mensaje, saltó con lo del Kama Sutra y los cuatro pescadores...

*- ¡Che! ¡Esperen! ¡Ceci se está haciendo la boluda y no cuenta de la festichola que se debe haber mandado en Mar de las Pampas!*

Sabía que el tema iba a surgir en algún momento, pero iba preparada.

Entonces, como casi siempre cuando la realidad me superaba, aparecía la ficción.

Y les conté una historia de diez días en un Hotel de lujo, donde al cuarto conocí al barman que me invitó a salir y me visitaba todas las noches, después del cierre, para revolcarnos hasta el amanecer.

Era la historia que querían escuchar y fue la historia que les conté.

Así se pasaban diez días de relax alejada del Mundo.

Aunque la realidad había sido un tanto diferente.

Estuvimos hablando durante horas.

Hubo momentos de risas y otros de poner el hombro y tratar de suavizar momentos con las palabras.

Mis amigas tenían sus historias.

Cada una con una vida bastante distinta de la del resto, pero acostumbradas a pelearla.

Sofi, por ejemplo. Era una "chica bien" de Olivos. Nacida en cuna de oro como se dice. Jamás le faltó nada. Siempre viajando, acostumbrada a lujos y ropa de marca. Pero la sencillez era lo que la caracterizaba. Nunca, en todos los años de amistad, nos había hecho notar que su vida había sido, claramente, mucho más fácil que la nuestra.

Se había casado con Mariano a los seis meses de empezar a salir. Nadie daba un peso por ese matrimonio apresurado y hacía nueve años que estaban juntos.

Se habían conocido en la Facultad, cuando Sofi, escapando del legado familiar, había arrancado la carrera de Medicina.

No era lo de ella y en segundo año abandonó. Tiempo después se

reencontró con Mariano y no se pudieron separar más.

Ella, que no quería participar en nada que tuviera que ver con los negocios de la familia, terminó como directora de una de las empresas. Pero después de un tiempo se había acostumbrado y ahí estaba, sentada en su gran oficina, tomando decisiones que afectaban la vida de muchas personas, pero siempre siendo lo más humana posible.

Frustrada por tantos intentos para ser mamá, con Mariano, se habían embarcado en el delirio de ser padres por adopción, en este país, que prefiere ver crecer a los chicos en un Hogar antes que en el seno de una familia. Pero no iban a bajar los brazos. Estaban bien económicamente y esa era su lucha.

Iban a ser papás. Lo habían decidido y yo sabía que así iba a ser.

A Sofi, que lo tenía todo, la vida le había arrebatado la posibilidad de llevar un hijo en su vientre.

Carla, la menor de cinco hermanos que habían pasado tantas veces por la cárcel que ya había perdido la cuenta.

Tenía un carácter de mierda. Todas entendíamos por qué.

Estaba sola y según ella, todas las parejas felices no eran más que una mentira para el afuera.

Se había criado en un entorno bastante particular.

A pesar de haber tenido la misma educación y de que sus padres les hubieran inculcado los mismos valores, sus cuatro hermanos habían decidido que, el mejor camino para afrontar la vida, eran los negocios turbios. Nunca la participaron en ninguno de ellos, porque Carlita era la menor, la mujer, la nena que debían cuidar.

Tenía una vida más que normal. Trabajaba en relación de dependencia en una prepaga y, con el paso de los años, había logrado llegar a un puesto que a otra persona le hubiera costado, mínimamente, un título Universitario.

Pero Carli era garra, pura garra, y con su Bachiller le alcanzó para llegar al lugar donde había querido llegar.

Tenía relaciones esporádicas. Jamás había presentado a alguien

formalmente. La vida le pasaba por otro lado.

Nunca supe bien qué la motivaba a seguir.

Trabajaba para ahorrar y viajar. Conocía muchos países y le encantaba estudiar distintos idiomas.

Siempre con la idea de irse a vivir al exterior, pero a pesar de querer hacernos creer que ella era libre, todas sabíamos que algo la ataba a este país, y jamás lo iba a abandonar.

A Mariana la conocí a los quince años, en una época bastante difícil de mi vida. Se había mudado a Capital con su familia y había entrado en tercer año a mi Escuela. De inmediato nos hicimos amigas.

Teníamos esa complicidad que jamás llegué a tener con las demás. Mariana me miraba de lejos y yo sabía lo que quería hacer.

Eterna adolescente. Hija única.

Era implacable con los hombres. No había uno que no sucumbiera a sus encantos.

¡Sí! La vida la había dotado de una cara perfecta y un cuerpo tallado.

A los diecisiete una agencia de modelos la había enlistado como a un soldado y desde ese momento empezó a trabajar.

Tapa de mil revistas. La cara de mil marcas.

Había triunfado en Europa, caminado las pasarelas más importantes, y durante muchos años había vivido afuera.

Pero quería volver a sus raíces y se había anclado en Argentina, al menos por un tiempo.

Vivía en un Country del norte de la provincia de Buenos Aires, pero le tiraban las luces de la ciudad. Así que se pasaba muchos días alojada en Hoteles de Capital

A punto de casarse con Nicolás, un importante empresario de la gastronomía, aún seguía haciendo de las suyas. Pero Nicolás no quería ver la realidad y ella consideraba que era el paso que debía dar, aunque en la práctica seguía igual que siempre.

Creo que Mariana era un poco como yo. Su vida, a pesar del éxito, estaba un poco vacía, y estaba segura, porque era como una hermana, que, si había vuelto a Argentina, era porque vivía sin rumbo. Las dos éramos hábiles a la hora de fingir vidas maravillosas, pero internamente sabíamos, al mirarnos, que ninguna de las dos las estaba pasando bien.

Y por último Lore.

De clase media como yo. Tenía una hermana más chica con una discapacidad de nacimiento que le imposibilitaba llevar una vida normal.

Empecinada por ocupar un rol que no le correspondía, se pasó toda su adolescencia cuidando de su hermana, y hasta el momento seguía igual. Con la diferencia de que ahora sí o sí debía hacerlo. Sus padres habían muerto en un accidente automovilístico rumbo a Tandil hacía seis años, justo cuando empezaba a entender que tenía que tener una vida.

Vivían en la casa familiar, en Núñez, porque Lore no había querido sacar a su hermana del lugar donde se sentía cómoda.

Por tal motivo viajaba una hora y media de ida y una hora y media de vuelta todos los días para ir a trabajar.

Era Contadora y tenía una Jefatura de Departamento en una empresa importante que tenía la casa Central en provincia. Y aunque muchas veces había querido renunciar su realidad no se lo permitía.

Natalia pasaba todo el día en un Centro para personas con capacidades diferentes, y el costo era elevado.

Por las noches, cuando Lore quería salir, una enfermera se quedaba a su cuidado.

No podía dejarla con cualquier persona. Ella ya estaba acostumbrada. Y sabía manejar todas las crisis que su hermana podía presentar, pero solo ella o una enfermera. Sostener esa vida era costoso.

Sostener sus vidas era caro a todo nivel, emocional y económicamente.

Lorena había perdido la mayor parte de su vida por estar pendiente de su hermana, pero ese no era el mayor problema, sino la frustración que la carcomía por dentro. Era, a mi entender, una mujer anulada, a la sombra de Natalia. Viviendo por y para ella.

Jamás iba a aceptar esta realidad, lo habíamos hablado muchas veces y nunca había querido reconocerlo, siempre tenía ese argumento extra que

hasta llegaba a convencerme.

Solamente una vez la escuché decir, totalmente borracha, "*tendrían que haberla llevado*". Nunca se lo mencioné, tampoco sé si lo recuerda, pero me quedó absolutamente claro que su hermana era un peso que ya casi no podía sostener, por mucho que se empeñara en que así fuera.

Cuatro mujeres con cuatro historias diferentes.

Mis pilares, los que no me dejaron caer en mis peores momentos. A las que no les tenía que dar explicaciones porque no hacía falta.

Cuatro mujeres que quería en mi vida para siempre.

En el medio de la noche, dos flacos se acercaron a la mesa para saludarla a Mariana. Y ella, como siempre, los invitó a sentarse. Sabía que ninguna iba a quejarse de la compañía masculina, era la oportunidad de terminar una buena noche escoltada.

En ese momento Sofi, que sabía por dónde venía la mano se despidió.

La acompañé hasta el auto.

- Sofi, *¿Podés manejar? ¿Estás bien? ¿Por qué no te quedas un rato más?*
- *iChe! ¿Cuándo viste que no haya podido manejar? Bien que a los veinte no les preocupaba subirse al auto conmigo al volante en peor estado... ¡Estoy bien! A parte ustedes ya se ponen a buscar con quien terminar la noche... ¡Son cuatro gatos!*
- *iDale boluda! ¿Estás bien?*
- *iSí Ceci! No jodas. Estoy acá nomas, roga que no estén haciendo control de alcoholemia, si no te llamo para que me vayas a buscar...*
- *iBueno! Dale... ¿La semana que viene hacemos algo?*
- *iCuando quieras!*

Volví a entrar y en el lugar de Sofi estaba sentado uno de los amigos de Mariana. Uno se llamaba Gastón, pero al que tenía en la mira era a Ariel. La miré a Mariana de reojo y se dio cuenta de lo que estaba pasando. No sé qué movimiento, al estilo enroque en partido de ajedrez hizo, pero yo

termine sentada al lado de Ariel.

Y la conversación se dio fluida, mientras de fondo escuchaba a mis amigas hablar, yo solo me concentraba en lo que Ariel tenía para decir.

De a poco se fueron yendo y quedamos Mariana, Gastón, Ariel y yo.

Lógicamente, iba a pasar lo que tenía que pasar, o mejor dicho a lo que nos habíamos acostumbrado.

Mariana se fue con Gastón y yo con Ariel.

- *¿Te llevo a tu casa?*

- *Dale...*

Sí, la que no permitía que nadie se acercara a cien metros de su casa para que no descubrieran donde vivía, había dicho "¡Dale!".

- *Llegamos... ¿Querés bajar?*

- *Sí, claro.*

Entró y se sentó en el sillón mientras yo abría una botella de vino con la sensación de que un ladrón me estaba robando la privacidad.

Y de pronto me paralicé. Pero sabía que no debía ser así. Era amigo de Mariana, no era cualquiera y tampoco tenía que darle explicaciones cuando me cansara de tenerlo delante.

Salí de la cocina con las copas y la botella de vino y lo vi mirando las guitarras.

- *¿Tocás?*

- *No, jamás pude tocar dos acordes seguidos. Lo intenté varias veces... no es lo mío.*

Me acerqué y extendí el brazo para darle la copa.

- *¿Brindamos?*

- *¿Por qué?*

- *Porque estamos acá, en tu casa, viviendo el momento... y la vida es eso ¿no? Vivir el momento.*

- *¡Por vivir el momento entonces!*

Se acercó, me sacó la copa de la mano y me besó el cuello.

Automáticamente, todas las murallas cayeron como si hubieran sido detonadas al unísono.

Ariel había logrado lo que muchos no habían podido lograr.

Había desnudado mi intimidad desde el momento en el que lo dejé entrar a mi refugio.

Algo en mí se modificó esa noche. Algo había pasado que me había permitido no frenarlo e invitarlo a pasar, y eso no sucedía hacía muchos años.

La química con Ariel fue inmediata.

No hizo falta hablar.

Y me dormí abrazada a él sin pensar en lo que pasaría al día siguiente.

Cuando me desperté eran como las diez de la mañana. Ariel no estaba. Tampoco su ropa.

Sigilosa me acerqué al living, busqué en la cocina, en el baño, pero nada. Había desaparecido.

Y de repente, al lado de una de las copas una nota que decía:

*"Me fui antes de que me eches. Pasé una noche hermosa. A la tarde te llamo, si tengo chance, atendeme. Un beso. Ariel"*

Era perfecto. Había entendido todo sin tener que decirle una palabra.

Me tiré en el sillón con la nota en la mano y pude sentir el alivio en el cuerpo.

Alguien había entrado a mi casa, había dormido en mi casa y se había ido sin tener que pedírselo... y eso, para mí, era un montón.

Esperé su llamada durante todo el sábado.

A la tarde, después de muchas horas el llamado llegó.

- *Hola.*
- *Bueno, bien... me estás dando una oportunidad.*
- *¿Cómo estás, Ariel? Sos bastante payaso ¿no?*
- *Sí, un poco. Pero digo la verdad, me atendiste, eso significa que me vas a aceptar una cena, ¿o no?*
- *No tengo problema. Decime cuando y nos encontramos.*
- *Se me ocurrieron dos opciones, te paso a buscar y vamos a cenar a Puerto Madero o compro sushi y voy para tu casa. Lo que prefieras.*
- *Ok. Te espero en mi casa a las diez.*
- *Dale, ahí voy a estar. Un beso.*
- *Otro.*

Y ahí estaba, de nuevo, abriéndole la puerta de mi vida a un flaco que no sabía de donde había salido, pero me alegraba que haya aparecido.

Así fue como Ariel, de la nada, y como por arte de magia hizo que volviera a aferrarme a alguien. No sabía cuánto iba a durar, tampoco le quería poner título a lo que estaba pasando. Pero la verdad era que me había conquistado... tomó posesión y se quedó ahí por mucho tiempo.

## Capítulo 8

### 8

#### **Decir o no**

“Decir lo que sentimos, sentir lo que decimos,  
concordar las palabras con la mente.”

Séneca

Había pasado dos días intensos con Ariel y se me había escapado de la mente el miedo a volver a sentir un poco de felicidad al atarme a un cuerpo. Sin decir demasiado, casi sin decir nada, se había instalado en mi vida... Solo habían pasado unas horas... pero las había sentido como semanas.

Llegó el lunes... y otra vez Marcela.

Dieciocho treinta en punto me estaba llamando.

No me recibió como siempre. Algo le pasaba. Era obvio. Lo que no sabía hasta el momento era si era conmigo o no.

- *Hola, ¿todo bien?*

- *Sí, Sentate.*

Claramente, algo estaba ocurriendo, y no saber qué era me ponía demasiado tensa.

- *¿Pasa algo?*

- *¿Debería pasar algo?*

- *No que yo sepa.*

- *Ok, si vos lo decís entonces no pasa nada.*

- Dale Marce, ¿qué pasa?
- Nada.

No iba a seguir insistiendo. Si no me quería decir cuál era el problema era un tema de ella. Yo estaba ahí como siempre. Aunque me ponía nerviosa la situación y sentir la distancia, pero estaba demasiado relajada como para atacarla. Así que me senté frente a ella y la miré para empezar a hablar como siempre.

- Bueno. ¿Cómo fue ese descanso? ¿Pudiste relajarte? ¿Pudiste pensar?
- ¡Sí! Estuvo bien. Tranqui. No hay mucho para hacer en invierno, viste como es. Pero el Hotel tenía de todo así que iba a la playa y volvía. No mucho más que eso.
- Bueno, ¡bien! Entonces descansaste.
- Sí. Tranqui.

Como cuando me había juntado con mis amigas, del mismo modo, tenía una historia que contar.

- ¿Conociste a alguien?
- Solo a un chico, el barman del Hotel. Viste como es... nada, lo pasábamos bien.
- Bueno, me alegro mucho.

Marcela tenía un rictus en la cara que no era habitual en ella. Y estaba haciendo que cada vez me ponga más nerviosa... pero iba a disimular para no tener que discutir.

- ¡Gracias!
- ¿Pasó algo más en la semana que me quieras contar?
- No mucho. Nos encontramos con las chicas después de un montón de tiempo. Por fin logramos coincidir las cinco. Y conocí a un flaco que tengo instalado en mi casa hace dos días.
- ¿En tu casa?
- Sí, rarísimo. Lo conocí el viernes, lo invité a casa y sábado y domingo estuvimos juntos.

- *Es un gran paso el que diste. Le abriste la puerta de tu casa a alguien que no conocías y lo dejaste permanecer... y por lo que me contás no te molesta que siga ahí.*
- *Bueno, se fue anoche. Hoy empezaba la semana, no sé cómo va a seguir.*
- *De todos modos, me parece que el haber podido compartir no solo una noche, es un gran paso.*
- *Probablemente lo sea.*

Y el silencio invadió el consultorio. Marcela miraba la hoja donde anotaba las cosas que nunca voy a poder leer y yo había clavado la mirada en un cuadro.

La sesión había empezado mal y yo sabía que iba a terminar peor.

Después de aproximadamente unos diez minutos de silencio, exploté.

- *¿Me vas a decir que pasa? Si no me levanto y me voy.*
- *No pasa nada Ceci. Por lo menos a mí no me pasa nada. No sé a vos.*
- *¡Ya te dije que no! Me preguntaste, te contesté. No entiendo a donde querés llegar...*
- *¿Llegar? Yo no tengo que llegar a ningún lado. La que debería tener una meta, con este espacio, sos vos. Yo estoy acá para acompañarte a llegar a donde quieras llegar. La pregunta es si vos estás dispuesta a recorrer el camino o si vas a seguir evadiendo las cosas.*

Y la cabeza me estalló como un globo. Diez alarmas sonando al mismo tiempo. Marcela sabía algo que no me estaba diciendo. Y, por raro que me pareciera, estaba segura de que tenía que ver con Mar de las Pampas. Pero lo que había sucedido ahí no iba a salir de mi boca.

- *¡Uff! ¡Cómo estamos!*
- *...*
- *¿Qué querés saber?*
- *¿Tengo que saber algo que no me hayas dicho?*

Siempre me arrinconaba y me ponía en el lugar donde ella quería.

- *¡Ya está Marcela! ¿La podés cortar con el misterio? Preguntame lo que me quieras preguntar y terminemos con esta pavada.*
- *No hay misterio Cecilia, el misterio lo generas vos. Sos vos la que paga un espacio de terapia y se calla las cosas. Yo estoy acá y voy a seguir acá.*
- *¿Es por lo de mi viejo?*
- *¿Me querés contar de tu papá? Lo mataste y sigue vivo, capaz estaría bueno hablar sobre eso. Si tenés ganas.*
- *No tengo mucho para decir de él. Es una mierda de persona. Punto.*
- *Pero vos sabes que en el "es una mierda de persona" hay implícitas mil cosas que no estás diciendo.*
- *Sí, ya lo sé. Pero no sé si tengo ganas de hablar de eso ahora.*
- *Ok. ¿Y de qué te gustaría hablar?*
- *Marcela ¡hoy estás re rompe bolas! ¡Ni siquiera música pusiste!*

Me había cansado. Sabía que tenía mil cosas para contarle, pero no me salía decírselas.

- *No tenía ganas de escuchar música. A veces yo también puedo elegir ¿no te parece?*
- *¡Sí! Obvio. Elegí lo que quieras*
- *Te noto enojada de nuevo, si querés descargarte conmigo sabes que lo podés hacer.*
- *Yo vine bien, vos me hiciste enojar. Y no quiero descargarme con vos. Soy como soy y sabes que digo lo que me sale.*
- *Pero nunca decís lo que estaría bueno que digas.*
- *¿Querés hablar de mi viejo? Bueno te voy a contar lo que es mi viejo.*
- ...

Había estallado. Se me había acabado la fuerza para retener las cosas que ella quería escuchar y, aunque después de soltar toda la mierda se me viniera un mar de preguntas encima, iba a escupir mi verdad, a medias...

- *Mi viejo es una persona de mierda que lo único que sabe hacer es lastimar a la gente que lo quiere. Es lo que hizo conmigo al menos. Con*

mi mamá no tengo idea, pero calculo que algo más de lo que pasaba habitualmente habrá pasado, si no no se hubieran separado.

- *¿Qué hizo que te lastimo?*
- *¡Que no hizo es la pregunta!*
- *Ok*
- *Querés que empiece desde el principio o directamente te cuento de las veces que me cagó la vida con una sonrisa en la cara?*
- *Empezá por donde quieras...*
- *Cuando tenía cinco años entró a mi habitación por primera vez para tocarme. Antes de los diez el juego había pasado de las caricias a la penetración... por lo menos esperó unos años. Eso no le alcanzó y comenzó a tomarme fotos desnuda, eso duró hasta que empecé el secundario. A partir de ahí mantuvo distancia, supongo que se había percatado de que había crecido y de que ya no me iba a quedar callada, aunque me amenazara con matar a mi mamá si decía una palabra. A los 17 quedé embarazada de un chico con el que salía y me pegó hasta que no tuvo más fuerzas, eso me provocó un aborto espontáneo, era lo que buscaba. Ese mismo año se fue de mi casa y no supe más nada de él.*

Marcela se mantuvo, durante el relato, con una serenidad increíble. Como si no estuviera escuchando lo que estaba diciendo.

- *¿Y tu mamá?*
- *Mi mamá miraba para el costado. Siempre fue una boluda sometida y cómoda. Era más fácil dejar que le diera las palizas que le daba antes que salir a laburar.*
- *Pero ¿qué hacía con vos?*
- *¡Nada! Ya te dije, miraba para el costado. No quería involucrarse. No le importaba. Así pasó toda su vida. En una nube de pedos.*
- *¿Y vos que sentís cuando me contás esto?*
- *Preguntas boludas no Marcela.*
- *Ok, tenés razón. La pregunta es ¿Qué te gustaría hacer con todo esto que me contaste?*
- *¿Y qué puedo hacer? ¿Qué querés que haga? Ya está. Ya pasó.*
- *Creo que no pasó. Si no no inventarías que tu papá está muerto.*
- *¿Y vos qué harías en mi lugar?*
- *Trataría de hablarlo hasta que ya no duela, para poder seguir.*
- *¿Y quién te dijo que no me deja seguir?*
- *Creo, con lo poco que te conozco, que no te está dejando seguir.*
- *¿Te das cuenta por qué no quiero hablar de ciertas cosas? Porque sacás conclusiones sin estar en mi lugar.*
- *Sinceramente, no me gustaría estar en tu lugar. Pero debo ponerme ahí, de algún modo, para lograr entenderte.*

- Bueno, ahora ya sabés lo que fue mi infancia. ¿Y qué hacemos con eso?
- Creo que tratar de dejarlo atrás sería una opción.
- Hay cosas que nunca se van a poder dejar atrás y eso deberías saberlo mejor que nadie.
- Sí, no digo que vayan a desaparecer y que dejen de ser parte de tu historia. Tampoco que no van a volver para destruirte de vez en cuando. Lo que quiero decir es que podríamos trabajarlo para que no esté presente todos los días de tu vida.
- Tampoco es tan así...
- Creo que inconscientemente es un poco así, aunque vos no lo veas.

Estaba buscando dejarme vulnerable y lo había logrado. Me había puesto de rodillas. Había logrado que le contara una parte de mi historia, quizás la más dolorosa, aunque sin profundizar demasiado.

- Bueno, ya sabes lo que querías saber. Mi papá y su manera de manejarse en la vida. Un tipazo como ves.
- ¿Nunca más lo viste desde el día que se fue?
- No, ni pienso hacerlo. Una vez intentó comunicarse conmigo por medio de mi tía Lili, pero no le di bola.
- ¿No crees que hablar con él te haría sentir un poco mejor?
- ¡No! ¡Vos me estás jodiendo! Está todo bien con la psicología, la comunicación, el diálogo... pero ¿hablar con mi viejo después de que hizo lo que quiso conmigo? Decime que es joda.
- No, no me parece joda. Me parece que sería una buena oportunidad para sacarte todo lo que tenés adentro y decirle todo lo que quieras decirle. Lo que pase con eso va a ser un problema de él.
- Es que no tengo nada para decirle. Él, mejor que nadie, sabe qué fue lo que pasó.
- Pero no sabe lo que vos sentías o sentís ahora.
- Sinceramente, no creo que le preocupe demasiado.
- No importa si le preocupa o no, lo que importa es lo que te haga sentir bien a vos. Esto se trata de vos, no de él.
- No sé Marcela, no es algo que me inquiete ahora mismo. Quizás algún día lo haga. Ahora no.

Se quedó callada y me miró a los ojos como buscando algo más. Creo que estaba esperando que esa pausa pusiera en evidencia, con al menos una lágrima, todo lo que estaba sintiendo.

- Si no se lo querés decir a tu papá, ¿me lo querés decir a mí?
- ¿Qué te diga qué?
- Lo que sentías en ese momento...
- ¿Lo que sentía a los cinco años cuando mi viejo se arrodillaba al costado de la cama para hacer cosas que no tenía que hacer?
- Por ejemplo...
- No sé lo que sentía en ese momento porque no tenía la más puta idea de lo que estaba pasando. Hoy te puedo decir que siento que fue un reverendo hijo de puta.
- ¿Querés ir más allá? ¿Querés seguir hablando del tema?
- Ya está, lograste lo que querías, ahora sacate todas las dudas.
- ¿Me querés contar lo que sentiste la primera vez que tu papá pasó la línea de las caricias?

No me esperaba una pregunta tan directa. Esperaba que la camuflara entre mil palabras como solía hacerlo, para que no me doliera tanto.

- Lo único que recuerdo de esa noche fue que sentí mucho miedo.
- No es para menos...
- Me acuerdo que me dijo "vení, ya estás grandecita". Grandecita... no llegaba a los diez años y el hijo de puta me decía que estaba grandecita. Se sentó en el borde de la cama, desnudo como siempre, me alzó, me puso frente a él y me dejó caer tapándome la boca con una mano para que no se escucharan mis gritos de dolor. No tuvo ni la delicadeza de ir despacio. Solo empujo hasta el fondo. "¿Ves que no es tan malo?" "Papá te cuida" "A mamá no le contamos nada porque se va a enojar y la voy a tener que matar" Me levantó y bajó un par de veces hasta que acabó. Me dejó en la cama y se fue. Y yo, muerta de miedo, con un dolor espantoso, me quedé callada y me dormí. ¿Qué sentí en ese momento? Miedo y tristeza. ¿Qué siento ahora? Exactamente lo mismo. ¿Qué más querés saber?

- Lo que me quieras contar...
- Claro, después de que me violara casi todas las noches se le ocurrió que sacarme fotos desnuda le podía dejar algún tipo de ganancia, así que me sacaba de mi casa y me llevaba a lo de un amigo de él, que era fotógrafo, donde tenían todo montado.
- ¿Y tu mamá que decía cuando te ibas con él?
- Ella se convencía de que íbamos a pasear, salida de padre e hija, como él decía. Con eso no sentía culpa, aunque no le creyera. Era más fácil vivir haciendo como que no pasaba nada.
- ¿Vos creés que tu mamá realmente sabía lo que estaba pasando?

- *¿Cómo no iba a saber? Tenía que ser demasiado boluda para no darse cuenta. Si cada vez que lo veía me escapaba corriendo a la casa de mi tía. Le era más cómodo hacer como que no pasaba nada. Bueno, ¿sigo?*

- *¡Como vos quieras!*

- *En las sesiones, después de entretenerse durante horas y obligarme a hacer poses que no quería hacer me sentaba en un rincón del cuarto mientras él y su amigo se emborrachaban... yo solo me quedaba sentada ahí, esperando el momento que sabía que iba a venir... el pago por todos los equipos, por la impresión de las fotos y la venta de las mismas era yo. Así que me llamaba y me entregaba, mientras él salía del lugar a fumar, haciendo como que nada pasaba. ¿Qué sentía en ese momento? Nada. Me había acostumbrado. ¿Qué siento ahora? El impulso de agarrar un arma y meterles un tiro entre ojo y ojo a cada uno.*

- *Realmente es muy fuerte todo lo que me contaste.*

- *Querías que te lo cuente. Y ahora, reviviendo todo esto, ¿qué gano?*

- *¿Un poco de paz sacando la mierda afuera?*

- *¿Paz? ¿Vos creés que se puede sentir paz por el solo hecho de contarlo?*

- *Quizás la palabra sea alivio.*

- *Ni paz, ni alivio, ni una mierda. Se siente como el culo revivir todo esto. No me deja más tranquila. No me hace sentir más liviana. Porque contártelo a vos no va a hacer que cambie nada. Solo sos mi psicóloga. Nada más. Te conté algo traumático de mi vida, algo que nunca le había podido contar a nadie. Ahora lo sabés, contame como seguimos.*

Creo que fue la primera vez que Marcela no tuvo una respuesta para darme. Se quedó pensando. Le había tirado una carretilla de mierda encima, y ahora esperaba que supiera que hacer con eso.

- *Sabes que estoy acá para contenerte. Y que con todo esto que me contaste vamos a hacer algo para que no duela tanto.*

- *Eso ya me lo dijiste. En diez minutos termina la sesión. Vos te quedas acá, conteniendo a alguien más, y yo me voy a mi casa habiendo revivido años que prefiero olvidar.*

- *La terapia se trata un poco de eso...*

- *De hablar para que deje de doler...*

- *¡Exacto!*

- *Ok. En una semana te cuento cuán liviana me siento respecto al tema.*

- *¿Te gustaría una sesión el jueves para que no se haga tan largo?*

- *No Marcela, hoy me voy hecha mierda y el fin de semana lo quiero pasar tranquila.*

- *¿Te puedo escribir entre semana para saber cómo estás?*

*- Hacé lo que quieras. Si tengo ganas te respondo.*

Me fui sin saludar. Ella fue quien me arrastró a ese lugar al que no quería llegar.

Con el tiempo entendí que tenía razón. Que sacar las cosas de adentro sana. Que no sirve de nada esconder verdades para no lastimar a los demás.

¡Sí! Me había enojado con el Mundo y me fui para nunca más volver.

## Capítulo 9

### 9

#### Salvavidas

“Si nada nos salva de la muerte,  
al menos que el amor nos salve de la vida.”

Pablo Neruda

La sesión me había dejado paralizada. Había recordado cosas que prefería dejar en el pasado, pero sabía que estaban todos los días rondándome.

Claro que a Marcela no le conté toda la verdad, debería haberlo hecho, pero con lo que había dicho consideraba que era suficiente para que entendiera por lo que estaba pasando.

Casi toda mi vida había sido un desastre. Lo que había vivido y como había afrontado la vida después de eso.

No tenía mucho de que enorgullecerme.

La verdad era que me veía detrás de una ventana, no era yo en el momento exacto, a veces me veía a mis diecisiete años abortando a un hijo, a veces a mis veintitrés, recibida y sin saber que rumbo tomar, otras en el presente, alcoholizada hasta decir basta, puertas adentro.

Ese mismo día decidí que la terapia no era lo mío.

Y esa misma noche le mandé un mensaje a Marcela para decirle que se había terminado.

Y despidiéndome del único espacio que me hacía bien me fui a la cama.

El día había sido demasiado largo como para esperar su respuesta.

Y tampoco sabía si quería leerla.

El martes transcurrió tranquilo. Marcela había leído mi mensaje, pero no había respondido nada. Decidí no engancharme en un ida y vuelta sin sentido y le resté importancia.

Cuando baje del séptimo piso para pisar tierra firme y volver al único lugar que consideraba seguro, una voz me asaltó por la espalda.

*- ¿A dónde va tan apurada señorita?*

Me di vuelta y lo vi, recostado en la pared del edificio, al lado de la puerta, esperándome. Lo abracé como hacía mucho no abrazaba a nadie, pegué mi pecho a de él para sentir sus latidos y mi cabeza descansó en su hombro.

Ariel me estaba esperando, como si fuera un novio esperando en el altar.

*- ¡Opa! ¿Estamos cariñosa hoy?*

*- ¡Gracias por venir! Necesitaba verte.*

*- Y yo pensando que me ibas a cagar a pedos por no haberte avisado.*

*- ¡No! Creeme que hoy necesitaba esto, hoy te necesitaba a vos.*

*- Bueno, acá me tenés.*

Nunca se asustó con mi reacción. Había conocido muchos flacos que en su lugar hubieran salido corriendo. Pero Ariel era distinto.

*- ¿Qué tenés ganas de hacer? ¿Vamos a tomar algo?*

*- Sí, vamos a tomar algo.*

Llegamos al bar y nos sentamos, un nene estaba vendiendo flores y Ariel me compró una.

- *No te consideres tan importante ¿eh? Fue para ayudar al nene.*

Sí, tenía esas salidas que me arrancaban una sonrisa casi siempre.

- *Lo sé. También estabas a la salida de mi trabajo porque habías ido a ayudar al kiosquero ¿no?*

- *¡Obvio! ¿Por qué no?*

- *¿Qué haces libre tan temprano?*

- *La verdad es que tenía ganas de verte y suspendí dos reuniones para llegar a tiempo.*

- *Es tu laburo Ariel, no podés colgar así.*

- *Quedate tranquila, lo puedo manejar. Por suerte soy mi propio jefe. Eso sí, mañana a primera hora tengo que estar en la obra de Avellaneda para ver qué es lo que está pasando.*

- *¿Algún quilombo?*

- *Nada del otro mundo. Hoy me llamó el capataz que está con problemas con uno de los albañiles y no van a terminar a tiempo. Pero es laburo, cambiemos de tema mejor.*

- *Contame... ¿Cómo te fue ayer en terapia?*

- *Todo bien, como siempre. Hablé un poco de mi vida... un poco de vos... esas cosas.*

- *¿De mí?*

- *Bueno, sí. De que te había conocido. Ahora vos no te creas tan importante tampoco.*

Sonrió y me apretó fuerte la mano.

Hasta ese momento todavía no entendía que me había visto. Por qué se quería quedar ahí. Yo era una causa perdida. Claro, el solo había conocido a Cecilia unas pocas horas.

Después de tomar un par de cervezas nos fuimos a mi casa.

Cenamos, tuvimos sexo y nos dormimos.

Casi como una pareja.

Casi como lo que venía evitando hacía muchos años.

Casi como un salvavidas en medio del océano donde estaba flotando a la deriva.

Y me aferré a él con todas mis fuerzas.

Porque a pesar de mi personalidad autodestructiva, a veces, en el fondo, quería volver a la superficie a respirar.

Con Ariel todo se dio de manera natural. Todo fluía sin necesidad de decir nada. Si podíamos vernos lo hacíamos, si no, lo dejábamos para el día siguiente.

Como él era arquitecto se pasaba mucho tiempo yendo y viniendo, incluso los fines de semana. Pero siempre encontraba un hueco para al menos, a las corridas, pasar a darme un beso.

No sé si me enamoré alguna vez de él o si solo apareció en el momento en que me sentía más sola.

Lo único que sé es que no dejó que le cerrara la puerta y la puerta quedó abierta de par en par.

El viernes apareció más loco que de costumbre...

- *¡Mirá lo que tengo acá!*
- *No quiero mirar, ¡salís con cada cosa!*
- *¡Dale Ceci! ¡Mirá!*

Había comprado dos pasajes en avión para el día siguiente.

- *Fin de semana en las montañas, ¿qué te parece?*
- *Me parece que estás loco... ¿Cómo no me avisas con tiempo?*
- *¿Para qué? Es un día y medio... ¡Dale! ¡Lo vamos a pasar re lindo! Mete cualquier cosa en un bolso y vamos para casa, así salimos de ahí para Aeroparque que nos queda más a mano.*
- *Ariel para!*
- *...*
- *Entiendo que estos días que estuvimos juntos lo pasamos súper bien,*

*pero yo no estoy acostumbrada a estos arranques de la nada. Necesito mis tiempos, procesar las cosas. Quizás vos por tu trabajo estás acostumbrado a ir y venir, pero yo no soy así.*

*- Bueno... tampoco era para que te enojés.*

*- No me enojo. Pero llegas con esa energía que amo, pero al mismo tiempo me asusta.*

*- Bueno... perdón. Pensé que era una buena idea.*

*- Es re buena idea. Pero avísame al menos con unas horas de anticipación. No caigas acá a las nueve de la noche con dos pasajes a Mendoza para mañana a las cinco de la mañana.*

*- Ok, la próxima vez te aviso con tiempo, no te hagas drama. Los cambio para otro fin de semana.*

*- ¡Ni en pedo! ¡Ahora tengo ganas de tomar un buen Cabernet!*

*- Ceci, ¿me estas jodiendo?*

*- No, pero ahora ya me enganché. Para la próxima ya sabés.*

Armé el bolso en media hora y nos fuimos para su casa.

No sabía si un fin de semana en Mendoza era lo que más quería, pero acepté porque era mejor que pasarlo en la ciudad.

Debo decir que Ariel era todo lo que estaba bien. Súper atento, complaciente, siempre de buen humor. Jamás priorizaba otras cosas cuando estaba conmigo. Lo pasábamos bien juntos.

Me tomé varias botellas de Cabernet Franc y nos trajimos una reserva a Buenos Aires.

El domingo a la noche, tipo ocho, ya estaba en mi casa.

Lunes y de nuevo al ruedo y el humor se me cayó a pedazos cuando sonó el celular.

Marcela, por fin, había respondido.

Tenía la opción de decir que no, pero yo también consideraba que darle un cierre iba a ser lo mejor.

Obviamente, no le respondí, iba a tener que esperar para saber si había aceptado su propuesta. Yo también podía tomarme mis tiempos.

Al otro día, a las seis y media, estaba ahí.

No había ido como siempre, con miedo.

Me había presentado a renunciar a todo aquello.

Ni bien salió la paciente anterior se asomó a la puerta sin llamarme, solo me busco con la mirada.

Y caminé hacia ella más entera que nunca.

Me senté, como pocas veces lo hacía, en la alfombra. Si me iba a despedir de ese espacio esa era la mejor vista que podía tener.

- *Bueno, por lo menos aceptaste darle un cierre a este espacio.*
- *Sí, me pareció maduro, que sé yo, era lo que tenía que hacer.*

No tarde ni dos segundos en acostarme en la alfombra para mirar el techo, cualquier imagen era mejor que los ojos de Marcela clavados en los míos.

- *¿Estás convencida de que es la mejor opción?*
- *Dijiste que no ibas a tratar de convencerme para que me quedara.*
- *No es lo que estoy diciendo, solo pregunto si estás segura de la decisión que estás tomando. Porque creo que el enojo es conmigo y estoy convencida de que necesitás terapia. Entonces podría derivarte con una colega que estoy segura de que podría caerte bien.*
- *No me estaría importando lo que creas que me está pasando. A lo sumo primero preguntame.*
- *¿Ok, estás enojada conmigo o consideras, como me dijiste en el mensaje, que hacer terapia ahora no es lo que estás necesitando?*

Ese día pensaba que tenía mi vida superada, y desde el enojo salía la ironía.

- A ver Marcela, ¿Vos qué pensás?

- Me estás pidiendo que no piense por vos. Estoy esperando que vos me digas lo que pensás.

- ¿Sabés lo que pienso? Que esto es una máquina de hacer plata a costa del dolor ajeno.

- Ok...

- Veo que sale una paciente delante mío y no pasan ni dos minutos que ya me estás llamando a mí. ¿Cuánto tiempo te diste para pensar en lo que la mina que salió antes que yo te contó? Porque encima casi siempre sale llorando, la despachas a ella y entro yo para largarte mis problemas y que pase el que sigue. Total, para la próxima sesión tenés todo anotado en el papel ¿no? Como si no se te hubiera pasado ningún detalle, como si por cinco minutos hubieras pensado en mí y en mi historia.

- ¿Y vos cómo pensás que debería ser?

- No sé, pero la forma de manejarse que tienen es media chota. No entiendo como podés escuchar a tanta gente y prestarle atención. No sé si a veces respondés las cosas porque las escuchaste mil veces y lo haces sin pensar o si te estás tomando el tiempo de realmente escuchar y analizar.

- Es la forma en la que trabajamos todos los psicólogos.

- ¡Sí! Una forma de mierda.

- Puede ser, pero estamos acá para saber qué es lo que querés hacer.

- Quiero terminar con esto.

- Ok. No querés seguir con otra psicóloga entonces.

- ¡No! ¡Ni en pedo empiezo de cero!

- ¿Te puedo hacer una pregunta?

- Sí, claro. Tampoco vine a pelear.

- ¿Seguís viéndote con el chico al que dejaste pasar a tu casa?

- Ariel. Sí. Estamos bien, estamos en algo.

- Eso me alegra mucho. Saber que hay alguien que te puede contener si estás mal.

- Sí, es re buen pibe. No te digo que somos novios, pero creo que me está llevando para ese lado.

- ¿Y cómo te sentís con eso?

- Bien, la verdad es que me sorprende a mí misma con las actitudes que estoy teniendo.

- No sabés cuanto me alegra escuchar eso. Espero que no sea solo un salvavidas

- ...

Había dado justo en la tecla. Ariel era mi salvavidas. No sabía cuánto iba a durar mi amor inventado, o las ganas de compartir mi vida con alguien. Pero en ese momento, claramente, era mi salvavidas.

- *¿Quieres que hablemos de algo más antes de hacer el cierre?*
- *Sí, ¿sabes que sí?*
- *Decime...*
- *Quiero que hablemos de por qué no estuviste cuando te necesite. Me fui de acá hace una semana y me dijiste "en la semana te escribo". Menos mal que estuve ocupada y no me quedé esperando tu mensaje.*
- *Es verdad, se me pasó.*
- *¿Se te pasó? Con esa respuesta me confirmás que tengo razón. Esto no es más que una máquina de exprimir cerebros.*
- *Yo no lo veo así, pero tampoco puedo cambiar tu manera de pensar.*
- *No hace falta. El lunes pasado te conté que era el pago de mi viejo a su amigo y "se te pasó" preguntarme como me estaba sintiendo*
- *Puedo cometer errores.*
- *No deberías, si un médico comete un error una persona muere, si un arquitecto comete un error un edificio se viene abajo... si una psicóloga comete un error solo pide disculpas.*

Yo seguía en el piso, recostada, mirando hacia arriba.

- *Levantate.*
- *¿Cómo?*
- *Sí. Levantate y sentate.*
- *¿Por? Nunca te molestó que me acueste en la alfombra.*
- *No me molesta, pero creo que esto lo tenemos que discutir mirándonos a la cara.*

Me levanté y para desafiarla me senté delante de ella.

- *No tendría por qué decirte esto, pero creo que te mereces una explicación. La semana pasada, precisamente el martes, la internaron de urgencia a mi hija. Por suerte ya está bien, si no no estaría acá. Ese fue el motivo por el cual no pude acompañarte durante la semana como me*

*hubiera gustado.*

Y todos mis argumentos se desarmaron como una torre de naipes derribada por el viento.

- *Perdón, no estaba enterada.*
- *No tenías por qué estarlo Ceci. No te preocupes.*
- *Te puedo ayudar en algo.*
- *Sí, me podés ayudar prometiéndome que fuera de acá te vas a cuidar.*
- *Sabés que eso no te lo puedo prometer.*
- *Entonces aceptá la derivación con una colega. Creo que tenés mucho para trabajar todavía. La sesión pasada recién empezamos a tirar del hilo. No me gustaría que todo el esfuerzo quede en nada.*
- *Ya te dije que no voy a empezar de cero.*
- *Entonces hagamos una tregua.*
- ...
- *Te pido que te quedes, que lo intentemos. Una sesión más. Si no te sentís cómoda hacemos el cierre definitivo.*

Marcela no quería que me fuera y yo no me quería ir. Pero, a veces el orgullo era más fuerte que yo.

- *No sé Marcela, dejame pensarlo. Venía con la idea de terminar. No sé si tengo ganas de seguir removiendo mierda vieja.*
- *Pero vos sabes, que la mierda, aunque no la revuelvas, sigue adentro.*
- *Sí, lo sé.*
- *Y entonces, ¿qué querés hacer con eso? ¿Qué sentiste el día que te fuiste después de haberme contado todo lo que habías vivido con tu papá?*
- *Me sentí para la mierda.*
- *¿No hubo un poquito de alivio después de haber puesto en palabras todo eso que tenías guardado adentro durante años?*
- ...
- *No sé si tuviste tiempo de pensarlo o el enojo no te dejó hacerlo... más bien sentirlo.*
- *Sí. No te voy a mentir... un poco más liviana me sentí. Está bueno que alguien sepa por lo que tuve que pasar, aunque no pueda hacer nada con eso.*
- *De eso de trata esto... yo no puedo modificar tu pasado. Y las sesiones van a doler muchas veces. Pero yo estoy acá para acompañarte. La que*

*tiene que estar dispuesta a quedar en carne viva sos vos. Este proceso es así.*

*- Yo vivo en carne viva... sé lo que es y por eso me replanteo el hecho de exponer todo lo que no quiero exponer.*

*- Te entiendo...*

Miré para abajo por unos minutos. Marcela respetó mi silencio. Me tapé la cara porque había empezado a llorar y trataba por todos los medios de que ella no se diera cuenta. Pero no era tonta y seguramente había pasado por la misma situación con mil personas más.

Había llegado con las riendas de la situación en la mano y ahora me había caído del caballo...

*- Ceci, podés llorar cuanto quieras...*

*- No me gusta llorar delante de nadie.*

Me sequé las lágrimas y levanté la mirada.

*- ¿Sabés cuantas veces he llorado en terapia? Pero ese es mi espacio, y ahí, por vulnerable que me sienta, puedo dejar salir mis emociones, porque sé que del otro lado hay una persona que realmente puede entenderme... o eso intenta.*

*- ...*

*- Creo que ya te dije todo lo que tenía para decirte... y te vuelvo a repetir, si no es conmigo, al menos intentalo con alguien más.*

*- No. Ya está. Voy a seguir con vos. Pero no te prometo que no me voy a volver a enojar, que no te voy a odiar a veces ni que no voy a tratar de mandar todo a la mierda de nuevo.*

*- Paso a paso Ceci... quizás nada de eso vuelva a ocurrir.*

*- Ok... creo que ya es la hora.*

*- Faltan diez minutos...*

No tenía ganas de hablar... pero diez minutos eran suficientes para tirarle el adelanto de lo que iba a venir después.

- Ariel me hace sentir bien. Pero no sé. Atarme a él me da un poco de miedo. En pocos días hicimos mucho. Me asusta.
- ¿Te asusta que esté yendo muy rápido?
- Me asusta que yo estoy dejando que pase.
- Podrías hablar con él y decírselo. No es un miedo fuera de contexto. A muchas personas les pasa lo mismo. Muchas personas se sienten ahogadas cuando una relación comienza así, tan de golpe y con tanta energía.
- Pero no me molestas ni él ni su energía. Me pone mal que no pueda ponerle un freno. Porque me gusta estar con él.
- Entonces no deberías frenarlo.
- ¿Y si sale mal?
- ¿Y si sale bien?
- A mí todo me suele salir mal.
- Quizás tu suerte haya cambiado. Date la oportunidad de vivir el momento. Sos vos la que siempre dice que hay que vivir el momento, ¿o no?
- ¡Sí! Pero momentos de una noche... siento que me estoy metiendo en una relación y no era lo que quería.
- Pero la vida te puso a Ariel adelante y vos lo dejaste pasar. Algo sentiste que pudiste levantar la persiana.
- Seguramente...
- Entonces no te enrosques con eso. Viví el día a día. Y si no va, no va.
- Tenés razón.
- Sabés que voy a seguir estando acá el día que sientas que la vida se te pone complicada, no debería dejarte ir, pero tampoco puedo retenerte. ¿Nos vemos el lunes que viene? ¿Misma hora?
- ¡Dale!

## Capítulo 10

### 10

#### Comprometerse

“Siempre tienes dos opciones:

tu compromiso, frente a tu miedo.”

Sammy Davis, Jr.

Habían pasado dos meses desde que Ariel había llegado a mi vida. Y algo en mí, de toda esa euforia que sentía, se empezó a apagar.

Ya no sentía el deseo de verlo a diario y hasta inventaba excusas para huir del compromiso.

Se me había pegado el miedo de nuevo. Una relación seria no era para mí.

En solo dos meses todo lo que había proyectado a corto plazo se me hacía muy lejano.

Ariel se había tornado un poco dominante y no es por justificarlo, pero yo dejaba que esa situación pasara.

Durante dos meses había estado como dormida y había hecho todo lo que Ariel había querido hacer.

Un mañana me levanté y lo vi durmiendo en mi cama. Su ropa prolijamente acomodada sobre una silla y más ropa de él en mi placard. Un cepillo de dientes extra en mi baño... Algo no estaba bien. No tuve opción. Únicamente pude desaparecer.

Y así fue que el miedo me atrapó de nuevo.

Un día de los tantos en los que venía tratando de esquivarlo me encontré

nuevamente con Iñaqui.

Lo había dejado un poco en el olvido. Iñaqui no era para mí. Era más bien la persona en la que descansar un rato con una cerveza en la mano.

Nos sentamos en un bar a charlar.

Había estado un tiempo de viaje por el norte del país y se había enamorado perdidamente en Jujuy.

Su cara era la de un nene recibiendo un regalo en navidad.

Estaba feliz. Se notaba que había encontrado a la persona con la que quería estar el resto de su vida y cuando hablaba de ella, de Clara, se le iluminaban los ojos.

Me alegre mucho por él, pero mi forma de ser no me permitía ver más allá y sentía que quizás yo había podido ser esa Clara.

Lo veía como un amigo, pero el solo hecho de saber que alguien más estaba ocupando un lugar que podría haber ocupado yo, me descolocaba las ideas, y en el aire, como una moneda, me daba vuelta... automáticamente, Iñaqui, el amigo, iba a pasar a ser un hombre más en mi lista de pendientes.

Estuve unos meses más bastante desorientada. Con un hombre que me seguía hasta el cansancio y con mi falta de ganas de compartir mi vida con él. La mayor parte del tiempo yo misma me obligaba a quererlo.

Sentía que había perdido mi libertad y eso me aterraba.

Claro que me gustaban las escapadas de fin de semana, y estaba encantada con las atenciones que recibía por parte de Ariel. Al margen de su intensidad al amar, no tenía mucho más de que quejarme.

La que era incapaz de amar, claramente, era yo.

Una tarde, tratando de evadirlo, inventé que tenía terapia. Que Marcela me había puesto otra sesión esa semana por un tema que había quedado

pendiente.

Salí de trabajar y me fui a Plaza Serrano solo para estar conmigo misma. Hacía calor y el sol me pegaba de frente.

Trataba de no pensar, pero la cabeza me iba a mil. ¿Qué estaba haciendo en una relación en la que no quería estar?

¿Por qué me obligaba a querer?

¿Los años me habían puesto en ese lugar?

Eran preguntas a las que no tenía respuesta en ese momento.

Y le escribí a Mariana, ella mejor que nadie sabía cómo permanecer en una relación sin perder la libertad.

¡Sí! La vida de Mariana era bastante fácil, bastante desestructurada y en algún punto bastante caótica.

Llegó y se tiró en el pasto, con esa gracia que solo ella tenía.

- *iHola Chechu! iAcá me tenés! iLista para descomplicarte la vida!*
- *iQué haces Marian! Sos de terror, ino cambias más!*
- *Dale boluda. En serio, ¿qué pasa? Para que necesites un consejo mío estas en las últimas...*
- *Y... más o menos...*
- *Ariel...*
- *iSí! Ariel.*
- *¿Qué le pasa?*
- *A él nada, a mí me pasa.*
- *iEsperá! Hablamos la semana pasada y me dijiste que estaba todo súper bien...*
- *Sí, está todo súper bien. Pero qué se yo... no sé.*
- *Chechu idale! No me jodas que empezaste otra vez con los miedos al compromiso.*
- *Bueno boluda. Si me vas a bardear no te cuento nada.*
- *iNo es bardo! Pero esto lo hablamos mil veces.*

iY sí! Lo habíamos hablado mil veces entre las cinco... y mil veces me habían quemado la cabeza diciéndome que el compromiso no era tan malo, que por estar con alguien en serio no iba a perder la libertad, que el amor se trataba un poco de sentir la necesidad de estar con la otra persona y mil etcéteras.

Pero mi cabeza no pensaba igual, aunque tratara de convencerme... siempre encontraba algo para correr hacia el lado opuesto.

- *Ya sé que lo hablamos mil veces... pero a mí me pasa otra cosa.*
- *¿Qué te pasa?*
- *iNo sé! Me siento atada. Siento que me quita mi libertad... que me ahoga con tantos cumplidos.*
- *iPero boluda! El flaco está hasta las manos con vos. ¿Qué pretendes que haga? ¿Que no te hable, que no te quiera ver?*
- *Sé cómo funciona el Mundo Marian, no me tomes de boluda.*
- *Pero me estás planteando algo que es obvio. El problema acá sos vos.*
- *Ya sé que soy yo y por eso te llamé.*
- *Y yo qué tengo que ver...*
- *Al margen de que me lo hayas presentado... nada.*
- *No me vas a echar la culpa de tu estado de ánimo por una noche de joda, iel flaco apareció con el amigo y se dio!*
- *¿Podés hablar en serio una vez en la vida?*
- *Bueno... ¡Dale! Ya me cagaste a pedos... ¡No jodo más!*
- *¿Cómo hacés con Nico?*
- *¿Cómo hago qué?*
- *Cómo hacés para sostener la relación... Nico no es boludo Marian, se hace el boludo que es distinto. ¿Cómo manejas eso?*
- *No entiendo a donde querés llegar...*
- *A que Nico debe saber que vos hacés cualquiera y no jode.*
- *¿Vos decís que sabe?*
- *Marian...*
- *iEs chiste! ¡Seguro sabe! Boludo no es... pero Chechu yo soy como soy, toda la vida fui igual y él se la banca, me acepta así, ¡qué sé yo! Nunca le pregunté por qué no le jode que lo cague una vez por mes.*
- *Lo que no entiendo es por qué estás con él.*
- *Estoy con él porque lo amo. Porque me veo formando una familia al lado suyo, porque estamos bien. No le doy muchas vueltas.*
- *Pero a la vez te encamás con el primero que se te cruza...*
- *iCon el primero no! ¡Capaz con el segundo! Jajaja*
- *...*
- *No te encules boluda. No sé qué querés que te explique. Yo no siento que tener una relación con Nicolás me coarte la libertad, ni me siento ahogada al lado de él. No me pasan esas cosas. ¡Soy un bardo! Lo sé y*

*probablemente él lo sepa también, pero funcionamos así. No te puedo decir más que esto.*

*- O sea que vos salís una noche de las que te venís para acá, estas con un flaco, volvés al otro día al Country y todo sigue igual...*

*- Sí.*

*- Y no te pasa nada con eso... no tenés ganas de armar el bolso y huir... Porque en dos meses te casas "para toda la vida".*

*- No, no me pasa nada.*

*- Ok.*

*- Boluda, ¿te enojás conmigo porque te digo lo que me pasa y como vivo la vida? ¡La vivo así!*

*- No me enojo... no te entiendo que es distinto.*

*- ¡Pará! Empecemos de nuevo. Vos sentís que estar con Ariel, un flaco que te quiere, que se preocupa, que te cuida es perder tu libertad.*

*- Un poco sí...*

*- Sí o no Chechu. ¿Qué es un poco?*

*- Digo un poco porque lo siento por momentos. Capaz pasan semanas y estoy regia y de repente un día me levanto y lo veo a lado mío y me quiero matar.*

*- ¿Pero querés estar con él? ¿Sí o no?*

*- Sí, quiero. Obvio que sí.*

*- Pero a la vez te sentís ahogada...*

*- ¡Tal cual!*

*- ¡Me perdí boluda! Es dos más dos. Estás o no estás. Te hace bien o no. Las cosas, por lo menos en una relación, no son a medias. Un día te amo y al otro quiero salir corriendo, aunque te ame. ¡No es así!*

*- La verdad es que no sé si lo amo, si alguna vez lo hice.*

*- El amor está sobrevalorado. ¿Te sentís bien estando con él, la pasan bien juntos, se llevan bien en la cama, te ves a futuro con él...? ¡Listo! Eso sería el amor para mí.*

*- Sos más fría que la mierda...*

*- ¡Soy realista! No existe el amor del príncipe que rescata a la princesa de la torre.*

*- Ok. ¿Vos qué harías en mi lugar?*

*- ¿Te pasa todo lo que te dije?*

*- Sí.*

*- Entonces quedate ahí. No entiendo la vuelta que le querés dar... Ceci, si sentís que estás perdiendo tu libertad porque no podés encamarte en la semana con otro flaco como lo hacías antes, empezá a hacerlo. Si te sentís ahogada, buscate cosas para hacer sin él... rodéate de gente nueva. Vos tenés que seguir haciendo tu vida y él tiene que ser tu compañero. Obvio que no le vas a blanquear ciertas cosas... pero trata de enfocarte en qué podés hacer para que todo eso que sentís lo puedas canalizar, por otro lado, sin que afecte a la relación.*

Mariana me estaba hablando en serio, y tenía las cosas tan claras que era apabullante. Y lo decía con tanta naturalidad porque era así como se manejaba en la vida. Siempre, desde que éramos adolescentes. No la paraba nada, no se complicaba con nada. Todo en ella fluía. Y yo era la que siempre se quedaba atrás, enroscada, pensando en todo lo que iba a perder... porque siempre había perdido.

- *¿En qué pensás?*

- *En nada... en que me encantaría ser como vos.*

- *No tengo nada especial, simplemente no me enrosco como hiciste vos toda la vida...*

- *Bueno Marian, cada una es como es y hace lo que puede con lo que le tocó en la vida.*

- *¡No me la cuentes a mi boluda! Nos conocemos de pendejas... pero siempre viviste enroscada. ¡Salí a la vida de una vez por todas! Hacé lo que tengas ganas de hacer ¡y después verás qué pasa!*

- *¿Y si me la pego de frente?*

- *¡Y si te la pegas de frente te la pegas! ¿Qué le vas a hacer? ¿Te pensás que yo nunca me arrepentí de haber hecho cosas, de haberme mandado cagadas?*

- *Pero vos seguís como si nada...*

- *No. Como si nada no. Pero tampoco me quedo deprimida un año. Me banco las consecuencias de la vida que elijo vivir... nada más.*

- *Sos distinta Marian, siempre lo fuiste. Desde que éramos chicas...*

- *Soy como soy boluda... no te compares conmigo. Vos también tenés cosas que a mí me encantaría tener o hacer y no me salen.*

- *Puede ser... voy a tratar de ser un poco más Marian...*

- *¡Tampoco te excedas que puede ser contraproducente! ¡Dejate de joder! ¡Vamos a tomar algo, yo invito!*

Esa noche le dije a Ariel que quería estar sola, y contrario a lo que pensaba, me dijo "*Está bien, la verdad es que estoy muerto. Hoy me apolillo temprano*". Marian tenía razón... quizás la que se enroscaba demasiado era yo y él no tenía problemas con mi necesidad de estar un poco sola.

Me quedé viendo una serie, a la que no le presté atención, pensando en todo lo que habíamos hablado con Mariana.

Me propuse sostener lo que teníamos con Ariel, pero cambiando un poco las cosas.

Quizás no era tan complicado, después de todo, vivir la vida al lado de alguien.

# Capítulo 11

## 11

### Rienda libre

“El mundo moderno, al dar rienda suelta a la emoción solo ha conseguido vulgarizarla.”

David Herbert Lawrence

Mariana había conseguido, despertar en mí, ese sentimiento de desapego que tanto me costaba conseguir.

Hacer mi vida, en algún punto, también era darle rienda suelta a mis ganas, a lo que sentía y a lo que me dictaba la razón más que el corazón. Porque era la cabeza la que mandaba, el impulso, las ganas de salir corriendo a hacer cosas que no debía, pero que, en algún punto, me hacían sentir libre.

Ese día me levanté con ganas de algo que me quitara la idea del compromiso de la cabeza, la idea de la pareja estable, de permanecer...

Después del trabajo me encontré con Manuel. Hacía mucho tiempo que no lo veía, hacía mucho tiempo que no hacía lo que tenía ganas de hacer...

En el mismo bar, a la misma hora y después en la misma cama.

Dos horas sin descanso, lo que duraba un turno en un hotel alojamiento... eran dos horas para mí, e iba a permitírmelas.

Apagué el celular y Manuel me llevó a aquellos lugares donde podía habitar el placer...

Recuerdo que en todo ese tiempo Ariel había pasado a un segundo plano, al igual que la culpa y todo lo que venía detrás.

Con Manuel no hablábamos mucho... no hacía falta. Sin embargo, tiró una frase letal "*No dejes que nadie, nunca, te quite la libertad*"

Después de meses sin aparecer era obvio que estaba en una historia, y después de ese encuentro descontrolado también era obvio que estaba canalizando algo por ahí.

Las dos horas se pasaron volando y me fui a mi casa sin pensar en absolutamente nada.

Tres llamadas perdidas y 4 mensajes de WhatsApp.

Había olvidado el cumpleaños de la hermana de Ariel... había desaparecido algunas horas y ahora era el momento de empezar a mentir.

Me pegué una ducha rápida, me cambié y fui directo a la casa de Victoria.

Cuando llegué, dos horas más tarde, lo único que hice fue pedir disculpas por la tardanza y sentarme al lado de Ariel como si nada pasara.

- *¿Me podés explicar qué pasó? Pasé por tu casa, te llamé mil veces, mandé mensajes y el celular todo el tiempo apagado. ¿Dónde te habías metido?*

- *Es largo Ariel, no da ahora. Después te explico.*

- *¿Después te explico? Vamos afuera.*

Nos exponía a los dos, en medio de una reunión familiar, y no era la primera vez que lo hacía. Pero quería explicaciones y se las tenía que dar... salimos al patio y empezó con un sermón interminable.

- *¿Cómo me vas a hacer esto Cecilia? Me dejás pagando, llegando solo al cumpleaños de mi hermana sin saber que decir porque vos no estabas... Encima estaba con los huevos en la garganta porque no sabía si te había pasado algo... Apagás el celular y de golpe desaparecés de la faz de la tierra, no sé si te robaron, si tuviste un accidente...*

- *¿En vez de atacarme por qué no me preguntas qué me paso?*

- *Te lo estoy preguntando.*

- *¡No! Me estás atacando. Encima estamos haciendo un papelón adelante*

*de toda tu familia.*

- *¡Me chupa un huevo lo que piense mi familia!*
- *¿Te podés calmar?*
- *¡No me calmo una mierda! Explicame qué pasó.*
- *Si te calmás y me dejás hablar te lo explico...*

En ese momento pensé en Mariana, en sus consejos y fundamentalmente en lo que ella diría en mi lugar. Lo que no había tenido en cuenta era que Mariana no daba explicaciones.

*- Salí del trabajo y me fui a tomar unas cervezas al bar donde voy siempre, me di cuenta de que no tenía batería, le pedí al flaco de la barra si me lo podía cargar. Cuando me fui para casa a bañarme y cambiarme para encontrarte y venir al cumpleaños me acordé que había dejado el celular en el bar y volví a buscarlo. Cuando llegué el celular no estaba. Se lo había llevado confundida una de las chicas que trabaja ahí y yo tenía el de ella. Así que tuve que esperar a que volviera para intercambiarlos. Por eso me demoré tanto.*

- *Ok, ¿y en todo ese tiempo no se te ocurrió pedir un celular prestado y llamarme?*
- *No me sé tú número de memoria Ariel, ¿qué querés que haga?*
- *Después de todo el tiempo que hace que salimos ¿no te sabes mi número de memoria?*
- *No, ¡no me lo sé! ¡No me sé ni el tuyo ni el de nadie!*
- *La verdad es que no me suena para nada creíble tu historia...*
- *Bueno Ariel, ¡pensá lo que quieras!*

Y esa noche comenzó lo que, con el paso del tiempo, iba a ser mi cárcel.

Me agarró muy fuerte de un brazo y me acercó a él.

- *A mí no me vas a boludear, ¿me entendiste? La próxima vez que me haces una cosa así te mando bien a la mierda.*
- *¡Pará! Te estás pasando.*
- *La que se pasó fuiste vos... ¿Por qué, mejor, no decís que estas descompuesta y te vas? Así no tengo que verte la cara y por lo menos disfruto del cumpleaños de mi hermana sin tenerte adelante.*
- *¿Es lo que querés?*
- *¿Te lo tengo que repetir? ¿Sos tonta?*

- *No Ariel, no soy tonta...*

Hice fuerza para soltarme, entré, agarré mis cosas y después de pedir disculpas me fui.

Había pasado un momento de mierda con Ariel, pero no me arrepentía en lo más mínimo de haberme revolcado con Manuel.

Este era el juego que había empezado a jugar.

Después de llegar a casa hablé con Mariana para contarle y se mataba de risa. *"Nos olvidamos del tema de las explicaciones", "tenés que ser más prolija", "Igual la piloteaste re bien".*

No me importó demasiado todo lo que había pasado y cuando fui al baño a lavarme los dientes para irme a la cama algo hizo que se me paralizara el corazón.

Ariel me había lastimado... Tenía un moretón muy grande en donde me había apretado y se me vinieron encima mil imágenes de cuando era chica.

Le resté importancia, cosa que nunca debí haber hecho, y me fui a dormir.

A eso de las dos de la mañana me desperté con el timbre sonando sin parar. Ariel tenía la llave del palier, pero nunca le había dado la del departamento,

Me levanté de la cama con los ojos pegados y escuché *"Abrí Ceci, dale."*

Y abrí, porque a pesar de no importarme demasiado lo que había pasado, en algún punto, sentía algo de culpa.

- *¿Qué haces acá? ¡Son las dos de la mañana!*
- *Vine para que hablemos, no me banco que estemos peleados.*
- *A esta hora Ariel... ¿No podías esperar a mañana?*
- *¿A vos no te importa? ¿Tan tranquila te vas a dormir después de lo que*

*pasó?*

*- Ariel, ¿por qué no te vas? Mañana trabajo, no tengo ganas de bancarme este planteo.*

*- Perdoname, me fui de mambo...*

*- ¡Sí! Te fuiste de mambo y me dejaste un moretón en el brazo que no sé cómo lo voy a disimular...*

*- Fue sin querer...*

*- Ariel, tengo sueño. Andate, mañana hablamos.*

*- ¡No me eches ahora! Me quedo a dormir.*

*- Hacé lo que quieras...*

No tenía ganas de discutir en plena madrugada. Dejé que se quedara y al otro día me levanté y me fui a trabajar.

Pensé mucho en lo que había pasado. En mi desconexión al momento de estar con Manuel, en el que no me importaran las consecuencias, en la pelea con Ariel y en su pedido de disculpas...

¿Esto iba a ser siempre así o yo había manejado mal las cosas?

Pero sabía que había dado el paso que no debía dar, y que no iba a volver atrás.

Era mi libertad la que estaba en juego, solo tenía que encontrar la manera de hacer las cosas que quería, de manera tal, que Ariel no se diera cuenta.

Y el paso del tiempo me hizo una perfeccionista de la mentira. Pasaba mi vida organizando encuentros a escondidas con tipos de mi pasado, que claramente, también quería tener en mi presente. Mientras inventaba situaciones para que Ariel no sospechara lo que estaba haciendo.

Mi tan ansiada libertad se había convertido en una obsesión. No quería perderla bajo ningún punto de vista.

Tenía peleas con Ariel cuando me pisaba con algo y en el aire la acomodaba para zafar. Dudaba... y cada vez que lo hacía se despertaba

un Ariel distinto.

Muchas veces me había levantado la voz y me había insultado, incluso habían aparecido más moretones cuando se le iba la mano con la fuerza. Y yo, que nunca debí haberlo permitido, lo justificaba porque tenía demasiadas mentiras encima y cuando se entra en ese círculo vicioso... es muy difícil salir.

Había pasado un año y medio desde que le había abierto la puerta de mi casa... Y en ese año y medio algunas cosas habían quedado en pausa... otras habían aparecido para instalarse y quedarse ahí.

Y me acordé de la última sesión con Marcela cuando me dijo *"voy a seguir estando acá el día que sientas que la vida se te pone complicada, no debería dejarte ir, pero tampoco puedo retenerte"*.

Había huido como hacía casi siempre, el lunes siguiente no fui, ni el que siguió a ese... Había dejado mi espacio y Marcela no insistió. Había dicho todo lo que tenía para decir... y me dejó ir porque no podía hacer otra cosa.

Y la vida se había puesto complicada... lo suficiente como para volver a escribirle, sin saber cuál podía llegar a ser su reacción...

Y de nuevo Marcela estaba ahí para mí.

Sonó el celular y debo admitir que me moría de miedo.

- *Hola.*

- *Ceci, ¿cómo estás? Decime, en qué te puedo ayudar.*

- *Quería saber si puedo volver.*

- *Sí, ¡claro! Dejame ver la agenda y te digo que turno te puedo dar.*

*Espera...*

- *Si podes, si no no hay drama.*

- Dame un segundo que ya te digo... ¿podés mañana a las dieciocho?
- Sí, no tengo problema,
- Bueno, te espero mañana entonces.
- ¿Seguís atendiendo en el mismo lugar de siempre?
- En el mismo lugar.
- Ok, gracias. Pensé que no me ibas a querer atender más.
- No pasa nada Ceci, mañana hablamos ¿te parece?
- Sí, mejor. Un beso.
- Otro.

## Capítulo 12

### 12

#### **Despejando los miedos**

“Dejamos de temer aquello  
que se ha aprendido a entender.”

Marie Curie

Tenía que volver, yo sabía que no tenía opción. Y todo aquello que me había hecho alejarme de Marcela era lo que ahora me tenía acorralada.

Había hecho hincapié muchas veces en mi imposibilidad de sostener una relación formal, una relación que ahora tenía o que había comenzado en el momento en que dejé de exponerme en ese consultorio.

Sabía que muchos temas habían quedado colgados. Y también sabía que los estaba esquivando como lo había hecho toda la vida... Pero en ese momento estaba volviendo por otra cosa, volvía por mi incapacidad de sostener lo que yo consideraba que podía llegar a ser mi libertad, a medias.

Recursos que Mariana me había dado en esa charla en Serrano, pero no tenía claro si esos recursos eran los que a mí me servían para seguir.

Me habían eclipsado las reacciones de Ariel, mi necesidad de salir corriendo a buscar otros hombres en los cuales descansar del tedio del compromiso, y la sensación de que la parte sumisa que aún vivía en mí estaba volviendo a aparecer enmascarada en mis arrebatos de una libertad bastante mentirosa.

No era fácil para mí mirar a Marcela de nuevo a la cara.

Había escapado.

No había dado explicaciones.

Y había dejado todo ese proceso en el cual habíamos trabajado... ahora estaba diez pasos atrás... Todo iba a volver a empezar ¿o podríamos retomar desde donde habíamos dejado?

Pensar en lo que iba a pasar me hacía dudar de cumplir con la cita a la que me había comprometido el día anterior.

Me pasé todo el día haciendo que trabajaba... sabía que no estaba ahí, que mi cabeza estaba en otro lado.

A media mañana bajé por un café y sin pensarlo demasiado había terminado en el depósito de la cafetería teniendo sexo con el encargado.

Mi vida se me estaba yendo de las manos... algo en mí había cambiado y tampoco era lo que quería. Había pasado de nada a todo, o, mejor dicho, de nada... al exceso. Y tenía miedo... porque sabía que después de toda esa vorágine venía el silencio... al que tanto le temía.

Y se hizo la hora y, aunque estaba aterrada, ahí estaba... esperando que mi nombre saliera de los labios de Marcela para hacerme avanzar hacia el dolor.

- *¿Ceci?*

Cuatro letras y me paralicé apenas me levanté de la silla. Se dio cuenta de que tenía más ganas de salir corriendo que de entrar.

Me miró a los ojos como solo ella sabía hacerlo... y no me quedó opción. Tenía que avanzar y encontrarme con mis demonios... otra vez.

- *Me alegro de verte de nuevo... ¿Cómo estás? ¿Cómo pasaste todo este tiempo?*

- ...

- *Hagamos algo, primero pongamos música, el paciente anterior prefiere el silencio, un poco de música me va a venir bien.*

No me salían las palabras. Dijera lo que dijera me quedaba muda.

*- Bueno Ceci, entiendo que si me pediste un turno es porque tenés algunas cosas de las que te gustaría hablar. ¿No?*

La miré con un odio que no se merecía. Pero eran mis ojos los que en ese momento estaban hablando por mí, el odio no era hacía ella, el odio era el que había acumulado durante todos esos meses en los que no la había visto...

*- ¿Seguís con Ariel? Estabas empezando algo ahí. ¿Cómo va eso?*  
*- Sí, sigo.*  
*- No te noto muy feliz con esa respuesta.*

Y me acordé del moretón que tenía en el antebrazo de otro de los ataques de Ariel... Ingenua, como siempre, intenté cubrirlo con la cartera... pero ella ya lo había visto y sabía que en algún momento me iba a preguntar por eso.

*- No es que no esté feliz, pero me siento estancada. No sé si tengo ganas de seguir ahí.*  
*- Pero ya hace más de un año que están juntos ¿no?*  
*- Más de un año y medio.*  
*- Es mucho tiempo, creo que sobra para conocer a alguien. ¿Viven juntos?*  
*- ¡Ni en pedo!*  
*- Ok. ¿Ni en pedo porque no te interesa a vos o a él?*  
*- A mí. Si era por Ariel lo tenía instalado en casa al mes.*  
*- O sea que una convivencia no es lo que te interesa en este momento.*  
*- No, Creo que estoy en la vereda de enfrente.*  
*- ¿Tenés ganas de cortar?*  
*- Un poco sí. Pero no encuentro motivos suficientes todavía.*  
*- No pude evitar ver el moretón que tenés en el brazo...*  
*- Ya sé. Al pedo lo tapo... sos demasiado rápida.*  
*- ¿Me querés contar sobre eso?*  
*- No hay mucho para contar. Ariel no es mal tipo, todo lo contrario, pero*

*hay momentos en los que no mide su fuerza y capaz me agarra fuerte del brazo y me lo deja marcado... igual a mí los moretones se me hacen superfácil.*

*- ¿Y qué hace qué se ponga así?*

Y encontró la manera de abrir la puerta para descomprimir.

*- La estoy bardeando. Es culpa mía.*

*- Dejame decirte que ningún bardo ni ninguna situación son excusas para que pase lo que está pasando, para que él se maneje de esa manera.*

*- Lo sé... pero la culpa es mía. Soy yo la que se lo permite, quizás por todas las cagadas que me estoy mandando.*

*- Igual no hay motivos y lo sabés.*

*- Sí Marce, lo sé.*

*- Contame cómo la estas bardeando, como decís vos.*

*- Hace unos meses estuve a punto de mandar la relación a la mierda.*

*Sentía que no tenía libertad... y ya sabés cómo me pongo con ese tema. Se me ocurrió hablar con Mariana, que es una experta en el engaño y la empecé a cagar.*

*- ¿Qué te aconsejó Mariana?*

*- Me dijo que no tenía necesidad de dejarlo a Ariel que podía hacer la mía sin que se diera cuenta...*

*- Hacer la tuya...*

*- Sí, ya sabés... cogermelo al tipo que tenga ganas cuando quiera sin dar explicaciones.*

*- Y Mariana, por lo que me contás se maneja así.*

*- Sí, toda la vida hizo lo que quiso. Y ahí está, casada, mientras sigue haciendo lo que quiere. Igual el marido lo sabía de entrada, siempre fue un cornudo consciente.*

*- O sea que Mariana no tiene que dar explicaciones, simplemente hace lo que quiere.*

*- ¡Tal cual!*

*- Pero Ariel a vos te pide explicaciones... me imagino que cuando desaparecés o no le contestás las llamadas o mensajes.*

*- Sí.*

*- ¿Y vos qué pensás? ¿Es más lógico lo que hace Ariel o lo que hace el marido de Mariana?*

*- Lamentablemente lo que hace Ariel.*

*- Bueno, veo que no estás tan perdida entonces.*

*- No. No soy boluda. El problema es que me convertí en una experta en mentir. Siempre fui una experta en disimular estados de ánimo, o en inventar alguna que otra historia para evadir la realidad y no dar explicaciones. Pero esto es distinto. Estoy con un tipo y en el camino a casa, automáticamente aparece en mi cabeza la historia perfecta para que*

*no sospeche nada.*

*- Por lo que me contás aprendiste a manejar la situación a la perfección. Lo que no entiendo es por qué Ariel se pone nervioso...*

*- Y... porque a veces las historias hacen agua, pero siempre las remonto.*

*- Ok. O sea que hoy te encontrás en una relación que pudiste sostener durante mucho tiempo, pero con culpas que te ponen mal.*

*- No, no sé si es la culpa la que me pone mal, sino más bien mi parte sumisa que volvió a aparecer, y me había prometido a mí misma que jamás iba a volver a soportar malos tratos por parte de nadie, el tema es que cuando intento imponerme la cabeza me juega una mala pasada y me dice... ¡Para! ¡Sos vos la que la estás cagando! Entonces no reacciono.*

*- Los arrebatos de Ariel no están bien. Eso lo entendés.*

*- Sí, claro.*

*- Por más que te estés mandando la cagada del siglo.*

*- Obvio.*

*- ¿Por qué los permitís?*

*- Por lo que te dije. Cuando estoy en alguna situación así pienso que es mi culpa y me la banco.*

*- Respecto de esto solo voy a decir que no está bueno. Creo que lo sabés, si no no lo traerías a terapia con la certeza que me lo estás contando.*

*- Lo sé y debería frenarlo. Pero viste cómo es, después pide disculpas, etc. Igual nunca pasó a mayores. A veces se pasa con las cosas que me dice también... pero yo no me quedo atrás.*

*- Para ponerlo en palabras... Maltrato físico y verbal.*

*- Creo que no llega a tanto.*

*- Creeme que así se empieza.*

*- Es probable...*

*- Y toda esta situación es la que te trajo hasta acá...*

*- Sí y no.*

*- Contame.*

*- Me pasé diez estaciones Marce.*

*- ¿Por?*

*- No lo puedo controlar... me da vergüenza decirlo, pero me perdí buscando la libertad que tanto necesitaba y ahora me encuentro en situaciones en las que no quiero estar.*

*- ¿Podrías ser un poco más específica?*

*- El sexo. No lo puedo controlar. Antes de Ariel era una vez por semana, con tipos que ya conocía por lo general pero que sabía que no iba a ir a ningún lado. Ahora es en cualquier momento.*

*- Con los mismos tipos.*

*- A veces sí, a veces no. Hoy, por ejemplo, bajé a comprar un café en horario de laburo y no me preguntes cómo, pero terminé cogiéndome al encargado en el depósito. Sí, lo vi mil veces... pero nunca le dije más que un hola.*

*- ¿Y qué es lo que te pone mal de eso? Es un poco lo que hacías antes.*

*- Antes era distinto. Salía y sabía que probablemente iba a terminar en un telo con alguien. Ahora no me importa ni el día, ni el horario. Es impulso. Ni siquiera mido las consecuencias. En horario de laburo*

*¿entendés? Jamás hice una cosa así.*

*- ¿Y a qué pensás que se debe?*

*- Si lo supiera no estaría acá.*

*- Pero me imagino que una idea, por más vaga que sea, debes tener. Pensalo por unos minutos.*

Y todo se hizo silencio mientras sonaba "Sapo de otro pozo" de Los Caballeros de la Quema.

No podía pensar... no entendía qué me pasaba. Esos minutos me ponían incómoda.

"Algunos errores son peligrosos" decía la canción... y sí, eran peligrosos.

*- No le encuentro explicación.*

*- ¿Pensaste que toda esa libertad que estás buscando, en otras palabras, eran las excusas que tenías para evadirte de la realidad hace algún tiempo atrás? Quizás no es libertad lo que te hace falta sino más bien dejar de tapar cosas. Y el sexo fue una herramienta que usaste toda tu vida.*

Me incineró la cabeza. Yo había llegado ahí con la idea de que en la búsqueda de un poco de aire se me había ido todo de las manos... pero Marcela había hecho un análisis que, claramente, yo no hubiera podido hacer nunca. Ese era su trabajo... y yo estaba ahí para tratar de entender las cosas que no entendía de mí misma. Jamás iba a dar algo por sentado, pero esperaba que yo lo hiciera.

*- La verdad es que me mareaste.*

*- Creo que no es muy difícil de entender. Dejaste este espacio cuando empezaste con Ariel... después de haber removido un montón de cosas que, a mi parecer, habría que haber seguido tratando. Evadiste ese momento con él. Y creo, si me permitís decirlo, que ahora estas evadiéndolo a Ariel encamándote con cuanto tipo se te cruza por delante. Lo que no entiendo es por qué no seguís tu vida sin él. Si lo que realmente estás buscando es la libertad que tenías y sentís que la perdiste no hay mucho que analizar.*

*- Es que con él no la paso mal. Hay muchos días en los que me siento súper bien y ni siquiera me acuerdo del miedo que me da comprometerme.*

*- ¡Ah! Creo que lo que acabás de decir es otra arista del problema.*

- ¿Lo del compromiso?
- Sí.
- Y sí, hace un montón de tiempo que estoy de novia y sé que no falta mucho para dar el paso que sigue. Es lo que Ariel va a querer hacer... pero yo no.
- No te gustaría vivir con él, compartir la misma casa ni tener que tomar decisiones en conjunto.
- Ni en pedo.
- Ni en pedo ¿por qué?
- Porque me sentiría más asfixiada todavía.
- Lo entiendo. Entonces ¿qué pensás hacer?
- No sé. Creo que cortar la relación va a ser lo más fácil.
- Evadir...
- No seas mala.
- No es el papel que quiero ocupar Ceci. Lo que entiendo es que estás evadiendo todo lo que se viene, cortando la relación. Al margen de si a mí me parece una relación sana o no o, si creo que es mejor que estés sola o acompañada. Pero estás evadiendo.
- Huyendo como siempre...
- Un poco sí.
- ¿Qué otra opción tengo? Tampoco quiero seguir mintiéndole al flaco, haciéndolo pensar que esto va a seguir como siguen la mayoría de las parejas normales.
- ¿Hablar con él?
- No. Se va a poner peor.
- Quizás él tampoco tiene ganas de vivir juntos. Quizás en este momento y por mucho tiempo más prefiere seguir como están.
- No creo, es algo que viene tirando ya.
- Entiendo. Entonces cortar la relación sería la única salida para no seguir lastimándote vos ni lastimándolo a él.
- Sí, creo que sí.
- Y cortando la relación considerás que todas estas actitudes que estás teniendo podrían cesar.
- Calculo que sí. Volvería a tener mis tiempos y no le tendría que dar explicaciones a nadie.

Marcela se quedó callada por un momento, creo que en esos silencios trataba de buscar las palabras que debía decir.

- Entonces si lo tenés tan claro no hay mucho que pensar... ¿No?
- No sé si lo tengo súper claro, pero no quiero cagarle la vida a nadie.
- Eso es muy maduro de tu parte. Si te hace bien, adelante.
- Sí, creo que me va a hacer bien.
- Bueno, espero que esa charla con Ariel sea la de dos personas adultas,

*sin ningún tipo de exabrupto por parte de él, que es lo que más me preocupa.*

*- Sé que le va a caer como el culo... pero ya fue.*

*- Bueno Ceci, me alegra que al menos esta charla te haya servido para aclarar un poco el panorama.*

Marcela creía que había vuelto solo por esa vez... pero no quería quedarme sola en esto y no sabía cómo decirle que la necesitaba otra vez en mi vida.

*- Sí, me re sirvió, pero bueno... capaz después...*

*- ¿Y después verás cómo siguen las cosas no?*

*- Sí, pero no sé...*

*- ¿Qué me querés decir?*

*- Que quiero seguir viniendo si me dejás.*

*- Realmente no me esperaba esto, ipero sí! Sabés que podés seguir viniendo. Tendría que acomodar la agenda. Cuando termino de atender hoy me fijo que turno fijo puedo darte. Quedate tranquila que yo te aviso.*

*- Gracias...*

*- No tenés por qué Ceci, te dije que acá iba a estar y acá estoy. Veo cómo me acomodo, pero vas a tener tu espacio. Por hoy dejamos que ya estoy demorada... ¿te parece?*

*- Sí, no quiero joder. Espero que me avises.*

*- Olvidate. Hoy mismo te paso día y horario.*

Esta vez fui yo quien la abrazó, suplicándole que no me dejara caer, nunca más.

Me fui sabiendo que volver había sido lo más acertado que había hecho en mucho tiempo.

A las nueve y media de la noche llegó el mensaje.

Y así, mi espacio, estaba confirmado.

## Capítulo 13

### 13

#### Errores

“El hombre se precipita en el error con más rapidez que los ríos corren hacia el mar.”

Voltaire

El jueves, después de mi sesión con Marcela la vida se me había derrumbado un poco.

Me había acostumbrado a vivir en la mentira... se había hecho carne en mí la idea de vivir la vida como la estaba viviendo.

Esa misma noche Ariel apareció en casa. No estaba de acuerdo con mi regreso a terapia y había venido solo para tratar de convencerme de que un tercero no podía interferir en nuestras vidas. Le aterraba la idea de Marcela instaurara en mí la idea de dejarlo, pero lo que no sabía era que la decisión era pura y exclusivamente mía.

- ¿Y? ¿Cómo te fue?
- ¿Realmente querés saber o preguntás por preguntar?
- No, me interesa saber. Si no no estaría acá.
- Ok. Me fue bien. Fue difícil el arranque después de tanto tiempo, pero estuvo bien.
- ¿Y de qué hablaron si se puede saber?
- ¡Y no Ariel! No se puede saber, son temas míos.
- Los temas son nuestros, somos una pareja.
- ¡No! Hay temas que son míos. Tuve una vida antes de conocerte. No gira todo en torno a vos.
- Bajame el tono porque te estoy hablando bien...
- Bajo el tono si quiero, estoy en mi casa. Si no te gusta ya sabes dónde está la puerta.
- Bueno... me parece que la gran Marcela te quemó la cabeza... mejor me voy porque la verdad es que no tengo ganas de fumarte.

- *Buenísimo, yo tampoco.*

Y tres palabras desataron el desastre. Ariel se dio vuelta y me agarró del cuello mientras, en un grito ahogado para no levantar la sospecha de los vecinos, me decía que si seguía así me iba a cagar a trompadas. Me liberé como pude y le dije "Sos un hijo de puta", un error que me iba a costar caro.

El Ariel que había defendido en terapia justificándolo con mi accionar estaba ahí, había salido al exterior como una serpiente cuando muda de piel y sin anuncios ni alertas me pegó una piña que hizo que me cayera al piso.

- *A mí no me hablas así. Vos sos una pelotuda y la hija de puta es la psicóloga de mierda a la que vas. Mira cómo estás de viva hoy... ¿Qué te dijo? ¿Que eras las mejor? ¡Si no servís para nada!*

- ...

- *¡Contestame algo! La concha de tu madre. ¿Me estás tomando de boludo?*

¿Qué le iba a contestar? Estaba tirada en el piso con la cabeza que no paraba de darme vueltas del mareo que tenía...

- *Ariel, ¡pará!*

- *¡Levantate! Haceme el favor, que no fue para tanto.*

Como pude me agarré del respaldo del sillón y me levanté para ir al baño.

- *¡A dónde vas nena! No terminé de hablar todavía.*

- *Dame un segundo Ariel...*

Cuando me miré al espejo entendí todo, las cosas empiezan siempre de a poco, hasta que la bola de nieve crece y nos pasa por arriba. Tenía la ceja y el pómulo abiertos, sangraba mucho. Trataba de parar la sangre con agua, pero no frenaba.

Cuando levanté la vista de nuevo Ariel estaba atrás mío.

*- ¡A ver, dejame ver! Te golpeaste contra algo, no puede ser.*

Y salió corriendo a la cocina a buscar azúcar y hielo que había puesto en un repasador.

*- ¡Vení Ceci! Sentate en el inodoro.*

*- ¡No quiero Ariel, dejame a mí!*

*- Sentate que con esto se te corta el sangrado, vas a ver.*

Y me puso azúcar en los dos cortes que tenía mientras me hacía tirar la cabeza hacia atrás.

*- Ahora ponete hielo, dejame que yo te tengo.*

*- Lo puedo tener sola.*

*- Me fui a la mierda Ceci, perdoname. Me puse loco, no sé lo que me pasó. Yo no soy así.*

*- ...*

*- Es que vos también me contestas como el orto. Yo vine bien y no tenías por qué decirme lo que me dijiste.*

*- ...*

*- Ves, ni siquiera respondes.*

*- Será porque tengo media cara con hielo.*

*- Perdoname, por favor. Te juro que no va a volver a pasar...*

Había escuchado tantas historias con los mismos golpes y los mismos pedidos de disculpas... Es la última vez, no va a volver a pasar, la culpa es tuya, etc. Ariel estaba siendo uno más de una larga lista de abusadores,

con las mismas excusas y las mismas palabras que usaban todos. No podía hacer demasiado en ese momento. Simplemente, esperé que dejara de llorar y de pedir perdón. Al cabo de un rato le pedí que se fuera y acepto sin decir demasiado.

Yo sabía que esto era el principio de una pesadilla de la que no iba a salir de un día para el otro.

A la mañana siguiente no tuve fuerzas para ir a trabajar. Me dolía todo el cuerpo, pero más me dolía tener que dar explicaciones por tener la mitad de la cara hinchada, con un ojo que no podía abrir y un moretón que a cada minuto se hacía más grande.

Lloré mucho por lo que había pasado. Ariel había dado el paso que yo sabía que en cualquier momento iba a dar.

Había pasado de excederse con la fuerza en algunas circunstancias a golpearme sin dudarlo ni un segundo.

Y el dolor físico y emocional era tremendo.

No tenía a quien recurrir. Todas mis amigas estaban ocupadas y nunca habían pasado una situación así.

Y Lili, aunque sabía que iba a ser implacable, era a la única que podía acudir.

En todos esos meses me había vuelto a alejar de ella. Hablábamos por teléfono seguido, pero si la había ido a visitar dos veces era mucho.

Ni siquiera la llame por teléfono, directamente fui a su casa.

Cuando toqué el timbre no contestó nadie y el portero me dijo que había salido con la bolsa de los mandados... así que la esperé... no podía tardar mucho.

Al cabo de una media hora Lili llegó cargada de cosas.

- *iHola tía! Dejame que te ayude.*

- *Tati, ¿qué haces por acá?*

Y me agarró la cara con sus dos manos como hacía cuando era chica y no podía parar de llorar.

No dijo nada. Entramos al ascensor y seguía en silencio.

Solo fue pasar la puerta del departamento para que todo lo que pensaba le saliera del pecho y así, sin más, lo escupió sin pensar demasiado en lo que podía llegar a afectarme.

*- Te das cuenta de que estás repitiendo historia ¿no? Te estás portando igual que lo hacía tu mamá. ¿Dejarte golpear así? ¿En qué cabeza cabe? ¡Sos inteligente Tati! No podés dejar que un hombre te denigre a tal punto. ¿Viste por todo lo que pasó tu mamá viviendo con tu viejo y te dejás hacer lo mismo? Te juro que no entiendo donde tenés la cabeza... Ya creciste, yo no puedo protegerte de estas cosas. ¡Tenés que ser vos las que se proteja de gente así! Estás viviendo en una nube de pedos. Estás mirando para otro lado. Sinceramente, me da ganas de meterte una cachetada por dejar que la vida te pase por arriba. Agarrá las riendas de una vez. El pasado es el pasado. ¡Dejá de vivir en él!*

Se había enojado... desde el amor, pero se había enojado. Y cuando Lili se enojaba era un volcán en erupción. Empezaba y no podía frenar y no quedaba más que esperar a que toda esa furia interna se aplacara. Era imposible sostener una conversación así porque iba a repetir las cosas mil veces y yo no quería enfrentarla, en parte porque no tenía fuerzas para hacerlo y en parte porque todo lo que estaba diciendo era verdad.

Internamente, siempre había buscado ser un poco ella... Nunca me salió. Nunca pude ver la libertad con sus ojos, aunque lo había intentado cientos de veces. Ella sabía cuándo frenar y cuándo seguir, sabía exactamente la definición de libertad para ella, lo que significaba para ella, no la del diccionario sino la que tenía adentro del corazón.

Y seguía repitiendo todo lo que estaba mal. Que me estaba manejando mal en la vida. Que estaba repitiendo la historia de mi vieja. Que ya era adulta, que no podía cuidarme, etc.

Y me quedé sentada al borde de su cama tratando de perderme en todos sus recuerdos. Tratando de entender como había vivido su vida y había

llegado a vieja sin cuentas pendientes.

Claramente, siempre había estado diez pasos delante del resto. Estaba en su naturaleza. Ella era así. Y a pesar de tener que escucharla gritando por un montón de tiempo no me iba a mover de ahí, porque en todo su enojo estaba la verdad. Una verdad que siempre trataba de esquivar, de no recordar, de dar por sentada y dejarla en el pasado.

Y en un momento cesó...

Y apareció en el cuarto, como hacía siempre con el termo debajo del brazo y un mate cebado para mí.

*- Tomá con cuidado. Te debe doler todo.*

Y nos quedamos las dos al borde de la cama sin decir una palabra. Ella seguía cebando mates como si nada hubiera ocurrido. Pero en silencio. Y yo sabía que ese silencio era peor que la catarsis que había hecho al cruzar la puerta. Porque como buena psicóloga estaba tratando de encontrar las palabras justas para decir... y a mí, como cuando era una nena, sus palabras por lo general me dolían.

Pero había ido ahí para que siga doliendo, para que todo lo que había pasado siguiera doliendo un poco más.

Ahora sí. Estaba absolutamente convencida de que me había perdido. De que no era yo la que estaba sentada al borde de la cama. Que mi vida se había convertido en un huracán y yo estaba en el ojo. Mirara hacia donde mirara solo podía ver polvo, y recuerdos girando sin parar. Otra vez, como en Mar de las Pampas, mi cabeza se había adueñado de mí y yo solo dejaba que eso pasara.

Cruzo su brazo por detrás y me arrimó a ella. Puse mi cara en su pecho y la angustia salió de adentro, vertiéndose como agua, pero con la fuerza de una catarata.

Había soportado mucho tiempo bajo presión. Una presión que me había autoimpuesto. Que había buscado pensando que podía manejar. Y no era

así... solo me había dañado aún más.

- *¿Qué pasó? ¿Cómo llegaste hasta acá?*
- *No sé, pensé que podía manejarlo, pero anoche se puso loco porque empecé terapia de nuevo.*
- *¡Qué hijo de puta!*
- *Llegó a casa, cruzamos tres palabras y me pegó.*
- *De la nada...*
- *Cuando le dije que se fuera.*
- *¡De la nada!*
- *Sí, de la nada. No tenía ganas de escuchar un sermón diciendo que la psicología es una basura.*
- *Lamentablemente, la gente que está llena de miedo piensa eso. Porque no le puede hacer frente a sus debilidades y piensa que alguien más puede hacerte ver a vos todo lo que está mal en él. ¿Lo hablaste con la psicóloga?*
- *No, no le dije nada. Ayer, durante la sesión le dije que quería cortar la relación, y después pasó esto.*
- *Creo que deberías hablar con ella. ¿No te parece?*
- *Sí, puede ser. Pero ahora solo quiero estar con vos.*
- *¿Siempre fue agresivo?*
- *No, tenía algunas actitudes, pero nunca se había puesto así...*
- *Actitudes, ¿qué actitudes?*
- *Dos por tres me agarraba fuerte del brazo y me dejaba moretones... también me decía cosas que no estaban bien.*
- *¿Cómo no me lo contaste en su momento? ¿Cómo no me pediste ayuda o al menos que te diera mi punto de vista como lo hiciste siempre...?*
- *Porque creo que estaba intentando ser un poco vos...*
- *¿Un poco yo? Yo jamás hubiera permitido algo así.*
- *No me salió evidentemente.*
- *¿En qué querías ser como yo Tati? Mi vida fue una vida sencilla, sin demasiadas vueltas, la viví como quise, pero sabía dónde debía quedarme o cuando debía partir. Pasé por lo mismo cuando era una pendeja y armé mi bolso y me fui lo más lejos que pude. Estás obsesionada por tener la libertad que tuve siempre, pero estás equivocada en el concepto... porque la libertad no se trata de la soledad ni del libre albedrío, se trata de ser libre acompañada o sola. De sentirte bien con vos misma... la libertad está adentro no afuera. Nada te ata si no querés que eso suceda y hay cosas que te anclan porque es lo que te hace feliz... la libertad se trata de poder estar en paz con una misma, de saber que las decisiones que estamos tomando nos están dejando paradas donde queremos estar... y eso es lo que nos hace libres. El poder elegir el destino y el rumbo que queremos darle a nuestras vidas. Fui libre el día que me fui del pueblo, también cuando dejé a Raúl, cuando fui hippie y cuando conocí a mi marido. Y fui aún más libre cuando crié a mis hijos. Y no estaba sola... estaba totalmente acompañada.*

- Nunca lo había visto de esa manera...
- ¡Obvio! Vos no sos yo. Vos no estuviste en mis zapatos ni viviste mi vida y menos sabías lo que sentía. Vos te hiciste esa idea de mí por todas las historias que escuchaste cuando eras una nena.
- ¡Sí! Para mí la libertad se trata de no atarme a nada.
- ¿Y en qué momento viste que yo nunca me até a nada? Tuve una familia. Mi vida después de graduarme fue una vida como la de cualquier persona.
- Pero no era la vida que yo vivía en mi casa.
- ¡Y no! La vida en tu casa era la que estaba mal. Mi vida era corriente. Pero fue la vida que yo elegí y por eso siempre estuve en paz conmigo misma.
- Entendí todo mal...
- ¡Lamentablemente sí! No era el concepto que debías formarte de mí y lamento profundamente no haberme dado cuenta que habías crecido pensando todo lo que me estás diciendo. Si no las cosas quizás hubieran sido distintas.

Le conté todo lo que había pasado en más de un año y medio, y en la forma que había encontrado para sentirme libre. Y en el momento de mierda en el que estaba ahora y en la persona sin límites en la que me había convertido.

- Vos sabés que siempre se puede retroceder para volver a empezar.
- Sí, pero Ariel no me la va a hacer fácil.
- ¡Lo tenés que denunciar ya!
- Va a ser peor tía. Lo conozco.
- ¿Pensás dejar todo como está?
- Sí, creo que es lo mejor. Si lo ataco me va a buscar y no sé qué pueda llegar a pasar.
- Mirá, en mis años de juventud conocí a mucha gente que después de vivir en la locura se volcaron a seguir las leyes, conozco abogados y comisarios. No le va a ser tan fácil. Vamos a la comisaría de la mujer que tengo un par de conocidos.

Me levantó de la cama y me arrastró hasta ahí. Yo no quería. Sabía que las cosas se iban a poner peor. Pero Lili, a veces, no te dejaba opción.

Me tomaron declaración, me sacaron mil fotos y le pusieron una perimetral.

Ariel no iba a poder acercarse a mí, eso pensaban ellos en su mundo de leyes y el camino correcto, pero él había traspasado la línea y no se iba a quedar quieto.

Desde la comisaria un móvil policial me llevo a mi casa. Me despedí de Lili, ese era el modo de hacer las cosas después de una denuncia por maltrato físico y verbal.

Cuando llegamos la policía le exigió al portero que le comunicara al Consorcio que la llave de entrada al edificio debía ser cambiada.

Carlos me miró y entendió todo.

Cuando me iba caminando por el pasillo soltó:

*- Ceci, quedate tranquila que ese hijo de puta no entra más.*

Y seguí mi camino con más miedo que antes.

## Capítulo 14

**14**

### **El dolor sin medida**

“Hay dolores que matan: pero los hay más crueles,  
los que nos dejan la vida sin permitirnos  
jamás gozar de ellas.”

Antonie L. Apollinarie Féé

El sábado a las dos de la tarde mi casa parecía un bar. Carla, Sofi, Mariana y Lore habían llegado cargadas de alcohol.

En sus cabezas, como en la mía, estaba instaurada la idea de que los malos momentos debían borrarse con una buena borrachera, aunque al otro día ninguna sirviera más que para respirar.

Lo curioso fue que, además de caer cada una con una bolsa con botellas, todas traían un bolsito o una mochila.

Sí, se pensaban quedar conmigo todo el día y toda la noche... ninguna iba a abandonar el barco... porque a pesar de pasar largos períodos sin encontrarnos las cinco, cuando a alguna le pasaba algo serio, las otras cuatro salían al rescate. Siempre había sido así...

Recuerdo la primera vez que Sofi perdió un embarazo, estábamos las cuatro sentadas en el pasillo del Hospital hasta que le dieron el alta, para acompañarla de vuelta a casa.

O la noche que Mariana se había perdido, totalmente borracha, y no podíamos encontrarla y organizamos toda una logística hasta que apareció en la vereda de un bar, tirada boca abajo en el suelo.

También las noches en la vereda de la comisaria intentando que Carla no entrara en estado de shock al ver como se llevaban a sus hermanos, como

tantas otras veces.

Y Lore... cuatro días instaladas en la casa después de la muerte de sus padres. Nadie podía abandonarla a su suerte con la vida que le había tocado vivir.

Siempre habíamos funcionado así, en cosas relativamente simples siempre había alguna que salía al rescate... pero cuando las cosas pasaban a mayores funcionábamos en bloque, las cinco unidas, porque así habíamos aprendido a subsistir.

No hubo una que no me mirara con cara de lástima.

Y no podía decir nada, porque si hubiera estado en el lugar de ellas, yo hubiera mirado con la misma cara.

Una ronda alrededor de la mesa ratona del living y solamente Carla dijo algo relacionado con Ariel...

*- ¡Propongo un brindis! Por el hijo de puta de Ariel, ¡para que en una de sus obras se suba a un andamio y se haga bosta contra el piso!*

Todas reímos, y a partir de ahí todo el dolor que sentía empezó a ser consumido por el alcohol...

Era demasiado temprano para relajarnos de esa manera y era demasiado tarde para no haberlo hecho antes.

Creo que las cinco teníamos algún motivo para refugiarnos ahí. Cada una tomaba un sorbo de tristeza con cada brindis, un sorbo de tristeza que olvidaban con el siguiente.

Y el alcohol fue pasando y apareció la marihuana, mágicamente, salida de algún bolso...

Y el porro acompañaba al alcohol... y el alcohol a las heridas.

Por un momento intenté ubicar mi celular, pero no tenía idea de dónde había quedado y era mejor así... probablemente iba a aparecer Ariel con sus pedidos de disculpas o puteándome en diez idiomas por la perimetral

que le habían metido.

Me desconecté del mundo.

Me desconecté a tal punto que sentía que lo mejor que podía hacer era dejarme llevar por lo que sentía... y sentía tanto dolor y tanta tristeza que ya no soportaba estar encerrada en mi propio cuerpo...

En el living habían quedado cuatro cuerpos tumbados... arruinadas por querer volver a los veinte, cuando con un sábado de caravana el alma se nos ponía liviana.

Miré a mi alrededor y no encontré nada que me atara al Mundo... y sabía que ellas sin mí iban a seguir funcionando.

Fui al cajón del escritorio, saqué un cutter y sin pensarlo dos veces me hice un tajo en la muñeca izquierda, lo más profundo que pude y me senté a ver como la sangre brotaba de mí, se me estaba yendo la vida... la vida que ya no quería y estaba feliz.

Y otra vez me habían traído de regreso. Nadie entendía que ya no quería seguir viviendo.

No les entraba en la cabeza la idea de perderme y menos de esa manera, suicidándome por una relación que había terminado mal, pero ese no era el problema, eran los demonios que me habitaban hacía años y cada tanto aparecían para lograr su cometido.

Me desperté en el living de mi casa con dos tipos de blanco arrodillados a ambos lados, recuerdo que hablaban con alguien diciendo "*Estamos yendo a emergencias...*" "*Intento de suicidio...*" "*Presión arterial bajando...*" y los ojos de Carla mirando los míos.

Todo fue muy rápido, la ambulancia, las luces, la camilla a toda velocidad por un pasillo, enfermera moviéndose y de golpe el efecto de la anestesia que me haría volar por diez mil cielos.

No me importaba mucho lo que me había pasado, solo quería disculparme con mis amigas por lo que les había hecho pasar.

Cuando llegué a la habitación me estaban esperando.

Los ojos de Carla se clavaron en mí nuevamente.

Ella había sido quien me había encontrado tirada en el baño, desangrándome.

Sofi, Mariana y Lore no tuvieron reacción. Solo Carla se había hecho cargo de la situación, de mantenerme con vida hasta que llegara la ambulancia. Reaccionó de inmediato. Automáticamente llamo al 911 y se encargó de los primeros auxilios. Calculo que todo eso era parte de los cursos que le daban en su trabajo.

Pero no era la primera vez que Carla veía a alguien desangrándose, muchas veces había atendido a sus hermanos con impactos de bala y otras tantas había participado en accidentes en la vía pública. Creo que hubiera sido excelente médica, aunque para ella la medicina era un negocio.

Ahí estaban las cuatro, con caras de susto, impactadas y yo riéndome de la puta suerte que tenía de no poder morir en paz.

Medio entre dormida trataba de hablarles, pero siempre escuchaba "*Shhh, no hables, tratá de descansar*".

Yo solo quería pedirles perdón y antes de que se fueran porque el horario de visita había finalizado la palabra salió de adentro "*Perdón*".

Y las cuatro vinieron corriendo a demostrarme que no hacía falta, que ahí iban a seguir estando, que no había nada que perdonar.

Había perdido mucha sangre y me habían tenido que trasfundir bastante para poder equilibrar mis signos vitales. El alcohol y la marihuana no ayudaban, así que me habían conectado un suero para contrarrestar los efectos.

Me había quedado sola... pero entre dormida, cada tanto, escuchaba la voz de Lili.

Cuando me desperté al día siguiente mi tía estaba ahí. Sentada a un costado de la cama, dormida.

Intenté levantarme para ir al baño y automáticamente de despertó.

- *Esperá Tati, yo te ayudo.*
- *Está bien tía. Estoy bien, puedo ir sola.*

Cuando me miré al espejo poco quedaba de la Ceci que se había ido de su casa materna a comerse el Mundo.

Me miré la cara, la muñeca vendada, algunos moretones en el cuello y en los brazos y en lo profundo de mis ojos ya no estaba... No era yo la que se reflejaba en el espejo. Yo era la que había hundido bien profundo una hoja afilada en mi muñeca para sentir como quemaba por dentro, yo me había convertido en la que se sentía feliz flotando a la deriva en el medio del mar... yo quería partir y no me dejaban. Nadie me dejaba abandonar este plano para irme a algún otro. Nadie me dejaba descansar en paz.

Salí del baño y sin decir nada me volví a acostar.

Lili no soltó ni una palabra.

Y me volví a dormir sabiendo que eso no iba a ser como Mar de las Pampas, que la historia no iba a quedar en nada...

Después de unas horas de sueño mi cabeza ya estaba más despejada, fue entonces cuando Lili se levantó de la silla y asomándose a la puerta dijo "*ya se despertó, pasa si querés*".

La puerta se abrió despacio y entró la última persona que hubiera querido ver ese día. Marcela estaba ahí. Carla le había contado todo.

- *Hola Ceci. ¿Ya estás un poco mejor?*
- *Sí, ¿qué haces acá?*
- *No tengo que explicarte por qué estoy acá ¿no?*
- *¿Carla te avisó?*
- *Sí, pero no hablemos de eso. ¿Decime como te sentís?*
- *Me duele todo.*
- *Como te sentís por adentro... te hablo de los sentimientos.*
- *Estoy triste. No quería que mis amigas pasen por lo que tuvieron que*

*pasar. Tampoco quería preocupar a nadie.*

*- ¿Querés contarme por qué estás tan triste?*

*- No quiero hablar.*

*- Está bien Ceci. Descansá. Yo voy a hablar con la doctora y vuelvo.*

Marcela no era mi familia, no tenía por qué ir a hablar con nadie.

*- Tía vení.*

*- Sí Tati, ¿qué necesitas?*

*- ¿Qué hace Marcela acá? La llamó Carla ¿no?*

*- Sí, no me parece que esté mal.*

*- Pero ella no tiene por qué hablar con ningún médico, a lo sumo hablás vos.*

*- Calmate Ceci, ella sabe lo que hace.*

*- ¿Le contaron todo lo que pasó con Ariel?*

*- Sí, se lo conté yo.*

*- Ahora me va a secar la cabeza con ese tema.*

*- El intento de suicidio me parece más importante.*

*- Son dos boludas.*

Me habían dejado absolutamente expuesta y Marcela, esta vez, no iba a ser indulgente.

Cuando volvió lo hizo acompañada de Virginia, una señora de unos sesenta años, pelo oscuro entrecano, petiza y súper flaca. Tenía los ojos verdes y un lunar debajo de uno de ellos.

*- Ceci, te presento a Virginia. Ella es la encargada del área de psiquiatría del Hospital y me pareció buena idea que sea ella quien te atienda personalmente, ya que se ofreció y es de las mejores médicas psiquiátricas que conozco.*

Ahora entendía con qué doctora había ido a hablar Marcela.

*- Hola, gracias por venir, pero no necesito una psiquiatra.*

*- Bueno, las dejo solas para que se conozcan... Vir... cualquier cosa estoy*

afuera.

La cosa se había puesto complicada. Los psiquiatras no me inspiraban confianza. Siempre había pensado que lo único que sabían hacer era dormir las almas, aplacar los impulsos y dejar a la gente en coma, pero siguiendo con sus vidas.

- Bueno, Cecilia, como te dijo Marcela mi nombre es Virginia y soy psiquiatra. Vine para tratar de ayudarte.
- Ceci, Marce y ¿puede ser Vir?
- ¡Sí, claro! Odio Virginia.
- Vir, no me podés ayudar. No me pasa nada. Yo hablo con Marce una vez por semana y las cosas se acomodan. Quedate tranquila.
- Creo que lo que pasó va un poco más allá de hablar con Marce una vez por semana. - - - No recurriste a ella.
- No me pareció necesario molestarla.
- Creo que ella hubiera preferido que la llames.
- Puede ser, pero no lo hice. La próxima lo hago y listo.
- No es tan fácil Ceci. El intento de suicidio no es algo que podemos dejar pasar como una discusión de pareja. Es bastante más complejo.
- Pero no es así, hablá con Ceci, ella te lo va a explicar. Fue un momento, estaba en pedo, había fumado porro y me pintó hacer esta boludez.
- Creo que mejor la llamamos y hablamos las tres.

Virginia se acercó a la puerta y la llamó.

Eran dos contra una. La batalla estaba perdida y yo lo sabía, pero iba a pelear hasta el final.

- Ceci, le podés decir que no es para tanto?
- No, porque creo que sí lo es.
- Pero vos sabes que no soy así... fue una boludez.
- Una boludez que, de no ser porque una amiga tuya fue al baño a vomitar, hoy no estarías justificando.
- Ya sé... pero no va a volver a pasar...
- ¿Lo mismo te dijiste a vos misma en Mar de las Pampas?
- ¿Cómo sabes?
- Lo sé hace mucho Ceci, pero esa vez realmente consideré que no tenía que preocuparme, porque lo que había pasado no había sido un intento de suicidio, sino más bien una cabeza absolutamente desordenada intentando

acomodarse. Incluso lo hablé con Vir en su momento y analizamos todo lo que estaba pasando. Pero esto es distinto. Esto no es una cabeza desordenada, esta es una cabeza con una misión concreta... quizás la misma de Mar de las Pampas, la cual no supimos leer, pero creo que ahora todo cobró más fuerza.

- ¿Entonces?

- Explicale vos Vir.

- Entonces creemos, después de analizar la situación con nuestro equipo y con Marce presente, claro, que lo mejor para vos sería una internación de un mes en un Centro psiquiátrico...

- ¡Ni en pedo!

- Espera, dejame terminar. Esto es más bien como una casa de retiro. Vas a encontrar gente con cuadros de depresión, ansiedad, incluso tocs, y también gente con tu mismo cuadro. No es un hospital para enfermos con patologías mucho más graves. Hacete a la idea de que es una casa quinta donde vas a pasar un mes tratando de poner tu cabeza en orden.

- Marcela, por favor...

- No Ceci, estoy de acuerdo con Virginia. Inclusive esto te va a resguardar del accionar de Ariel y vas a estar en paz.

- ¡Pero yo tengo que laburar! Tengo que pagar cuentas, alquiler, no puedo desaparecer así...

- Respecto del trabajo yo te voy a extender un certificado médico donde diga estrés laboral así después no tenés que dar tantas explicaciones. Del resto se hace cargo tu tía hasta que puedas volver.

- O sea que ya decidieron todo por mí.

- No teníamos mucha opción.

- Y vos Virginia, ¿vas a estar ahí o simplemente viniste a dar las novedades?

- No Ceci, yo voy dos veces por semana al Centro. Y en esos días, además de encargarme de algunos informes y algunas altas hablo con mis pacientes, que no son muchos.

- ¿Y vos?

- Yo voy a estar ahí los martes a las dieciocho como habíamos acordado.

- ¿Y mis amigas Virginia? ¿Mi tía?

- Ellas pueden venir cuantas veces quieran. Vas a tener un horario de visitas todos los días para ver a quien quieras. Son dos horas, no es mucho, pero no vas a estar sola.

- ¿Y si me quiero ir? Soy mayor de edad y no tengo familiares directos que puedan decidir por mí.

- Si te querés ir no vamos a poder hacer más que dejarte ir.

- Lo quiero pensar...

- Ok Ceci, pensalo tranquila. Yo ahora me voy, pero mañana vuelvo así hablamos un ratito más.

- Ok

- Bueno Ceci, un gusto conocerte.

- No puedo decir lo mismo. Pero gracias por venir.

Estaba atrapada.

Por cualquier cosa que quisiera hacer iba a ser juzgada.

Tenía los ojos de muchas personas puestos sobre mí.

Pero los que más me importaban eran los de mi tía, la única familia que tenía y era por elección. No podía fallarle a ella como ella jamás lo hubiera hecho conmigo.

## Capítulo 15

**15**

### **La ausencia**

“El universo es una perversa inmensidad hecha de ausencia. Uno no está en casi ninguna parte.”

Alejandro Dolina

Estuve internada dos días más.

Mis amigas, mi tía, Marcela y Virginia... todas habían venido a verme para convencerme de que la internación era buena para que pudiera ordenar mis ideas.

Pero yo seguía firme en la idea de que eso no era para mí, que prefería estar en mi casa, en mi lugar seguro, apartada del resto del Mundo. Ya me había curado a mí misma de esa manera... alejándome podía ver las cosas desde otra perspectiva.

Nadie me presionaba directamente, pero camuflaban la presión diciendo cosas que sabían que me iban a llegar al corazón.

Cuando llegó el día del alta Marcela se había adelantado y había llegado dos horas antes.

- *¿Y Ceci? ¿Lo pensaste?*

- *Sí, me voy a mi casa.*

- *En tu casa vas a estar sola y no vas a poder dejar de pensar. A parte no sabemos cuál va a ser la reacción de Ariel y es a otra cosa más que te vas a tener que enfrentar.*

- *A Ariel lo voy a tener que enfrentar ahora o dentro de un mes, es lo mismo.*

- *Pero dentro de un mes quizás tu fortaleza no sea la misma. Quizás tengas otras herramientas que te puedan ayudar a no tener miedo y a no escaparte de la situación.*

- *Ya me conocés... ¿Realmente pensás que puedo estar encerrada un mes sin hacer nada?*

- *En el Centro hay muchísimas actividades, música, teatro, deporte... No vas a estar encerrada en una habitación. Solo vas a tener la contención que necesitás hoy para equilibrar las emociones.*
- *¿Y tengo que compartir habitación?*
- *Por suerte tú prepaga tiene una excelente cobertura, así que si no querés compartir habitación podés pedir una para vos sola.*
- *Me van a medicar...*
- *Sí, no te voy a mentir. Pero dentro o fuera de ahí, lamentablemente, porque sé cómo pensás, tenés que seguir un tratamiento psiquiátrico.*
- *Y si no voy qué pasa...*
- *Y si no vas puede que tu cabeza te lleve a intentarlo de nuevo o puede que no. Pero un mes en el Centro nos dejaría más tranquilas a todas...*
- *Entonces me encierran para estar tranquilas ustedes.*
- *Sí...*
- *Y no importa lo que yo sienta.*
- *¡Claro que importa! Pero lo que estás sintiendo ahora no es lo que deberías sentir o, mejor dicho, no es un sentimiento de amor sino más bien de autodestrucción... y es lo que queremos cambiar.*
- *Estás haciendo demasiado esfuerzo para convencerme y ya lo pensé... no me voy a internar.*

Pero inesperadamente, Virginia entró a la habitación con un papel en la mano.

- *Hola Ceci. ¿Cómo estás? En una hora te dan el alta... por suerte ya salís.*
- *Sí, por suerte ya me voy a mi casa.*

Virginia la miró a Marcela y las dos salieron de la habitación.

- *¿Qué está pasando Marce?*
- *No se quiere internar...*
- *Pero sabés que no hay opción, está totalmente eufórica, lo va a volver a intentar y estando sola en su casa no vamos a poder hacer nada.*
- *Lo sé Vir, estaba tratando de convencerla sin llegar a esto...*
- *Yo lamento mucho resentir la relación que tienen porque sé que ella confía mucho en vos, pero como Jefa de Psiquiatría no puedo dejar que esa chica se vaya a su casa.*
- *Dejame hablar un rato más con ella a ver si logro algo, si no me corro*

*del medio y haces lo que tenés que hacer.*

Marcela volvió a entrar.

- *¿Qué estás haciendo?*
- *Junto mis cosas, ya me voy.*
- *¿A qué le tenés miedo?*
- *No entiendo...*
- *¿A qué le tenés miedo en el Centro?*
- *A estar encerrada, a que me digan lo que tengo que hacer, a cumplir horarios, a escuchar a gente que no conozco... mil cosas.*
- *Y en tu casa todo eso no va a pasar porque estás sola y solo podés escucharte a vos misma ¿no?*
- *¡Tal cual! Aparte puedo salir cuando quiera y hacer lo que quiera. Y sabés que los martes voy a estar ahí para hablar... ¡Va a estar todo bien!*

Marcela se había quedado sin discurso. Ya no sabía cómo persuadirme, que cosas decirme para que cambiara de opinión. Y por más que lo intentara sabía que no lo iba a lograr... Y tuvo que escupir la verdad... porque si ella no la decía después iba a ser peor.

- *Ceci sentate un minuto.*
- *¡Ay Marce! ¿Qué pasa ahora?*
- *Hubiera querido que fuera una decisión tuya y no tener que pasar por esto... pero lamentablemente hay una orden de internación firmada y no tenés opción.*
- *Nadie puede firmar nada ni obligarme a nada porque soy mayor de edad...*
- *Pero si un familiar directo.*
- *Pero no tengo Marce... ya lo sabés.*
- *La firmó tu papá.*

Y me quedé en blanco... y la furia empezó a brotar por los poros como si de sudor se tratara.

- *¿Qué?*
- *Sí Ceci, teníamos la obligación de avisarle...*
- *Sos una hija de puta.*

- *Puede ser... pero no tuvimos alternativa.*
- *¿Fueron a pedirle al tipo que me cagó la vida que me la siga cagando? ¿Y él accedió?*
- *Sí, accedió a firmar la internación.*

Agarré el vaso que estaba en la mesa de luz y lo estrellé contra la pared donde estaba recostada Marcela. Me descontrolé totalmente.

Mis gritos se escuchaban por todas partes. Dije muchas cosas que no recuerdo... solo había vertido mi odio contra Marcela. Ella estaba ahí diciéndome que por más que no quisiera, las cosas se iban a hacer como mi papá lo había dictaminado, la misma persona que durante años había decidido absolutamente todo por mí, había reaparecido, para decretar que lo mejor era estar internada... Y mi cabeza no lo podía entender de ninguna manera.

*- ¡Te fuiste a la mierda! ¡Se fueron todas a la mierda! Ya sabían que iba a terminar en esa bosta de lugar y venían a tratar de convencerme de algo que ya estaba decidido... ¡Son lo peor, unas hipócritas hijas de puta! Ojalá les vuelva todo el mal que me están haciendo... porque se lo merecen. ¿A mi viejo con esto? ¿Para que siga pensando que aún me sigue dominando? ¿Que él sigue decidiendo sobre mí? ¿Te das cuenta de lo que está pasando? Nunca debería haber confiado en vos, porque sos la misma mierda que él... o peor. ¡Me estás obligando a hacer algo que no quiero!*

En ese momento dos enfermeros trataron de entrar y Marcela los frenó.

*- No me hagas esto Marcela. Me pongo de rodillas si querés, pero no me hagas esto.*

Le estaba suplicando a los gritos que no permitiera que me llevaran a ese lugar. Pero Marcela, que hasta ese momento había estado sumamente tranquila, explotó. Desbordada por la situación, una situación que claramente se le había escapado de las manos y se empecinaba en resolver.

*- ¡Basta Cecilia! ¡Cálmate! La decisión ya está tomada y sabés bien que no es algo que resolví yo. Tenés que internarte, es por tu bien. Y por más que me imploras no puedo hacer nada.*

*- No te creo... todo esto lo armaste vos con Virginia... vos sabías que iba a terminar ahí.*

*- Yo no armé nada, son los pasos a seguir y es el protocolo que se activa ante una situación como la que estás pasando.*

Y de la nada, inconscientemente, empecé a gritar como si algo se hubiera apoderado de mí. La cordura había desaparecido por completo, solo gritaba cosas sin sentido, maldecía a todos los que estaban en mi vida... y un pinchazo en el brazo me tumbó sin siquiera poder decir no.

Me habían doblegado, me habían mentido... Y mi mayor dolor era por culpa de Marcela. Porque solo ella sabía que había un padre vivo y usó esa carta en mi contra.

Nadie más sabía. Solo ella.

La Marcela en la que confiaba, a la que había decidido volver porque la quería de nuevo en mi vida, la misma que me había hablado del secreto profesional y de que ese era mi espacio y que todo lo que se dijera ahí iba a quedar ahí.

Jugó conmigo... se rio de mí en mi cara. Mintió.

Nada de lo que había dicho lo había cumplido, si ella no hubiera abierto la boca yo no tendría que haber pasado por eso.

Me doparon como se dopa a un caballo... y dispusieron de mí a su antojo.

Mi cuerpo, totalmente desconectado de la realidad, fue llevado al Centro del que tanto me habían hablado. Acostada en una cama, inmóvil, hasta que los sedantes dejaron de hacer efecto.

Así habían manejado mi vida y así se habían cagado en la decisión que había tomado.

Y la vida, otra vez, iba cuesta abajo.

Ausente.

## Capítulo 16

**16**

### **Módulo 1: La realidad**

“Tuve la suerte de ser arrojada  
bruscamente a la realidad.”

Anna Frank

Todo lo que conocía hasta el momento y todas las personas en quienes confiaba habían desaparecido.

Me sentía tan sola que dolía... porque la soledad, cuando no es elegida, duele.

No me importaba quedarme encerrada en mi casa durante días porque yo prefería aislarme del mundo, era mi voluntad, la de nadie más.

Ahora me encontraba en una habitación que nada tenía que ver conmigo, aislada, sin poder reconocer al menos una cara que me hiciera sentir mejor, que hiciera que sintiera que no estaba sola.

Me habían arrojado como a un perro... por mi bien.

No entendía ni el cómo ni el por qué.

Sí, había cometido errores. Pero no me habían dado la oportunidad de arreglarlos por mi cuenta.

Habían decidido que yo sola no podía.

Habían decidido que alguien más debía arreglarlos por mí.

No había nada más triste, para mí, que ver el atardecer en un lugar donde no me sentía cómoda. Me daba esa nostalgia inexplicable... la misma que sentía, siendo niña, cuando mi tía se iba de vacaciones y sabía que no la

iba a ver por un tiempo... me sentía vacía y descuidada.

No tenía a nadie para abrazar, nadie me estaba mirando, nadie estaba ahí para mí... como cuando era una nena y con toda la inocencia esperaba que mi mamá me abrazara... pero siempre había algo más importante que hacer...

Nada tenía que ver conmigo esa cama, ese acolchado, esa alfombra... ni el escritorio, ni la silla, ni el cuadro en la pared con un paisaje espantoso... ni mis ganas de romper todo... aunque terminé haciéndolo.

Tomé la silla con mis manos y enferma de rabia empecé a golpear todo lo que estaba ahí dentro, no me importaban los sedantes, las consecuencias, ni las represalias... solo quería romper la jaula donde me había encerrado y huir.

No tardaron ni dos minutos en llegar... y de nuevo el mazazo en la cabeza para volverme un vegetal.

A la mañana siguiente una señora me despertó, tenía una voz suave y se notaba que en su mirada no había maldad, creo que a duras penas llegaba al metro cincuenta y unos rulos controlados con un rodete en lo alto de su cabeza... Su nombre era Marta y gracias a ella logré sobrevivir al infierno.

*- Hola Cecilia, ya es hora de levantarse... los demás ya están desayunando.*

*- No quiero desayunar, gracias.*

*- Bueno, si te arrepentís te voy a estar esperando en el comedor.*

No quería levantarme de la cama, no tenía motivos para hacerlo.

Estuve durante horas tapada hasta la cabeza esperando que pase el día... En el cuarto donde estaba no había relojes. Me negaban el tiempo, ni siquiera era dueña de saber qué hora era.

Cuando me levanté para ir al baño vi mi bolso sobre una silla... pantalones deportivos, buzos, remeras, ropa interior... No había absolutamente nada para la higiene personal... ni siquiera un cepillo de dientes.

Me cambié y fui a buscar a Marta.

Había un largo pasillo con muchas puertas y un ala al final de cada extremo. Me dejé llevar por el olor a comida y salí hacia la izquierda.

Cuando llegué me encontré con un comedor inmenso, lleno de plantas y cuadros abstractos. Más allá, una sala con muchos sillones, como si fueran varios juegos de living en un solo lugar. No estaba mal, el lugar parecía confortable, pero mi cabeza seguía negada y no quería pasar un segundo más ahí.

- *¿Marta...?*

Y un rodete se asomó por la puerta de la cocina...

- *Cecilia, decidiste levantarte... ¿Tenés hambre? Todavía no es la hora del almuerzo, pero te puedo traer algo de lo que quedó del desayuno.*

- *No, no tengo hambre... te quería preguntar algo.*

- *Decime...*

- *Ni en mi bolso ni en el baño hay cosas de higiene personal. No tengo cepillo de dientes, ni pasta dental, me falta jabón, shampoo... todo.*

- *Es normal... a todos les pasa lo mismo el primer día. ¡Vení!*

*Acompañame que te muestro la despensa, ahí te van a dar todo lo que necesitás.*

- ...

Y la seguí, la despensa como ella le decía, era un lugar repleto de cosas que custodiaba Oscar, un tipo alto, de unos cuarenta y pico, con cara de pocos amigos y una pelada que brillaba a lo lejos.

- *Oscar... te presento a Cecilia, ingresó ayer y no tiene nada de higiene personal.*

- *Hola, ahora te doy las cosas.*

- *Ok, gracias.*

Marta me palmeó la espalda y volvió a su lugar de trabajo.

- A ver... jabón, shampoo, crema de enjuague, toallitas íntimas, dentífrico, creo que no me olvido de nada...  
- Te falta el cepillo de dientes, algo para peinarme y una rasuradora, a no ser que quieras que parezca un mono.

Oscar esbozó una sonrisa...

- No te puedo dar esas cosas, es una cuestión de cuidado para vos y los demás.  
- ¿No me podés dar al menos un cepillo de dientes?  
- Creeme que es una de las ultimas cosas que te daría.  
- ¡Estamos todos locos!  
- Si querés podés salir un rato al parque hasta que llegue alguna de las enfermeras para asistirte.  
- No necesito que me asistan...  
- Bueno, Cecilia, yo no puedo hacer mucho más por vos.

Tomé las cosas que me había dado y me dirigí a mi cuarto, habitación veintidós... el loco en la lotería.

Me lavé la cara, me cepillé los dientes con el dedo índice y me dispuse a mirar por la ventana.

El parque era gigante. El complejo era gigante. Había contado cuatro edificaciones incluyendo en la que estaba yo...

Afuera la gente tenía comportamientos normales... algunos estaban tristes, sí. Pero a la gran mayoría se los veía bien.

Pero mirar por la ventana no me animó a salir...

A los pocos minutos alguien golpeó la puerta.

Era Virginia... y la tranquilidad que tenía hasta el momento se esfumó en un segundo.

- ¿Qué haces acá?  
- Hola Ceci, quería venir a ver cómo estabas. ¿Qué te parece el lugar?

- No sé, solo conocí la cocina... ¿sabés que no me dieron cepillo de dientes, ni con qué peinarme ni con que depilarme?

- Entiendo que estés un poco perdida con la dinámica del lugar, yo pedí expresamente que no te molestaran hasta que decidieras salir... por eso nadie vino a darte la bienvenida y a explicarte cómo funcionan las cosas acá. En este momento estás en el módulo uno, es el más austero de los cuatro porque tenemos que tener mucho cuidado con las cosas que dejamos a mano, no tengo que explicarte que cualquier persona con tu patología, que entra a este lugar, podría lastimarse con cualquier cosa... incluso con un cepillo de dientes... Estos cuatro módulos que ves acá son para personas que están pasando lo mismo que vos, del otro lado de los pinos hay módulos para gente con distintas patologías, pero acá, vas a poder hablar con un montón de gente que está viviendo lo mismo que vos en este momento, a medidas que pasen los días vas a ir pasando de módulo, hasta que cumplas la última semana en el cuarto. Ahí se hace una nueva evaluación para ver en qué condiciones estás y poder reinsertarte de nuevo a la vida que tenías antes.

- O sea que cada semana la voy a pasar en un cuarto distinto...

- Sí, vas a ir pasando de módulo y se te van a asignar distintos cuartos. Lamentablemente el primero es el que más fastidia a todos los que recién llegan, porque no hay mucho para hacer, pero creemos que una semana acá les da la posibilidad de pensar, de evaluar, de encontrarse de nuevo.

- Todo bien Virginia, pero ¿cómo me higienizo?

- Vas a tener supervisión y horarios para cada cosa.

- ¿Voy a tener supervisión para lavarme los dientes? ¿Para peinarme? ¿Para depilarme?

- Sí, a las siete de la mañana una enfermera va a tocar a tu puerta con las cosas que necesites y va a supervisar tu rutina de higiene, a la hora de acostarte nuevamente va a venir alguien para darte las cosas para higienizarte antes de irte a dormir.

- ¿Me estás jodiendo?

- No, lamentablemente, aunque no lo creas hubo gente que se lastimó afilando la punta del cepillo de dientes contra el cemento del patio.

- Esto es una mierda... es una cárcel.

- Puede que ahora lo veas así, pero creeme que con el paso de los días el panorama va a cambiar un poco.

- ¿Y qué otros horarios tengo? ¿Puedo cagar cuando tengo ganas o tengo que esperar a la enfermera?

- Podés hacer tus necesidades cuando quieras...

- Menos mal...

- Los horarios acá son los siguientes, se levantan a las siete, desayunan, hasta las doce pueden hacer lo que tengan ganas dentro de lo que está disponible en el módulo, después viene el almuerzo, nuevamente actividades a elección, a las diecisiete la merienda y así hasta las veintiuna que llega la hora de la cena. Después pueden quedarse levantados hasta las doce máximo.

- Un embole absoluto...

- Sí, probablemente la primera semana sea un embole absoluto. Cuando salgas del cuarto, al final del pasillo, hacia la derecha vas a ver que hay un pizarrón con las actividades disponibles cada día y sus respectivos horarios, estás invitada a hacer la que quieras. Podés entrar a cualquiera de las salas sin pedir permiso. Y si necesitás hablar conmigo y yo no estoy quedate tranquila que alguien me va a avisar y voy a venir lo antes posible.

- ¿Y las visitas?

- Tenés dos horas por día para recibir visitas, de dieciocho a veinte. Lo que le decimos a todos es que no se ilusionen con visitas diarias, porque muchas veces no sucede por cuestiones propias del día a día. No estamos cerca de Capital y eso dificulta un poco las cosas, por eso la flexibilidad de recibir visitas cualquier día de la semana. No permitimos el uso de ningún tipo de teléfono, ni de línea ni celulares. ¿Tenés alguna duda?

- Dudas... ¡Muchas! Qué hago acá por ejemplo... esa sería la duda principal.

- Entiendo que estés enojada por cómo se dieron las cosas, pero vas a ver que a medida que pasen los días todo se hace un poco más fácil.

- ¿Y Marcela?

- Marcela va a estar acá el martes a las dieciocho como te dijo.

- Pero recién falta una semana.

- Sí, vas a tener que esperar unos días para verla... de todos modos la voy a llamar para ver si puede venir mañana o pasado y después retoman su día y horario habitual.

- Sí, llamala. Necesito hablar con ella.

- Lo voy a hacer. Ya dejé tu tratamiento para que te lo vayan administrando durante el día. Si te sentís mal o tenés algún síntoma raro andá a enfermería que se van a poner en contacto conmigo para modificar lo que haya que modificar.

- Ok, gracias por la bienvenida al infierno...

- Va a estar todo bien Ceci... creeme.

Virginia se fue y no supe mucho que hacer con todo lo que me había dicho... y tímidamente caminé por ese pasillo interminable hacia la derecha... quizás había algo que podía sacarme un poco de donde estaba.

Cuando llegué me quedé bastante impactada. Ese lugar no parecía un Centro para pacientes psiquiátricos, estaba tan bien ambientado que te hacía sentir como que estabas pasando unas vacaciones en un Hotel... todo estaba limpio y ordenado, la decoración era hermosa... pero la gente que lo habitaba era la que se veía horrible, por dentro y por fuera.

Me entristecí al ver las salas vacías, con profesores dictando clases para una o dos personas que se habían animado a entrar.

Había mucha gente sentada en el piso, con la espalda contra la pared y la cabeza escondida entre sus rodillas...

Debo admitir que los mensajes positivos que había en todos lados eran bastante cursis e inspiraban algo de rabia... leer cosas así cuando estás en el fondo del pozo te hace sentir más odio del que sentís.

Salí al jardín, el día era perfecto, no había una nube en el cielo...

Y caminé con la cabeza gacha como lo hacía siempre... hasta que encontré un lugar debajo de un árbol y me senté... desde ahí podía ver como estaba distribuido todo.

Había un parque central inmenso y alrededor los cuatro edificios o módulos como le llamaban. Se veía gente entrando y saliendo, caminando, algunos grupos haciendo deportes, personas leyendo en soledad... Pero a pesar de poder ver todo había algo que perturbaba el paisaje... en el medio una cruz de rejas que dividían las áreas de acuerdo al módulo. Las personas no podían hablar entre sí si estaban en distintas etapas del tratamiento... entendí la lógica de aquello y entendí por qué el lugar del parque donde me encontraba en ese momento estaba tan apagado.

Éramos los de la primera etapa, los más conflictivos, los que habíamos llegado con la idea de partir de este mundo y seguíamos pensando en ello... Nadie miraba a nadie... cada uno en su lugar con la esperanza de que alguien se acercara para decir al menos un "Hola".

Fue duro verme rodeada de toda esa gente... personas que no querían seguir estando acá, personas que habían decidido que la vida, su propia vida, debía acabarse... y no se lo habían permitido.

Sonó un timbre, como sonaba el de la escuela cuando se acababa el recreo, y todos empezaron a entrar. Sin entender demasiado lo que estaba pasando me levanté y seguí al grupo. Era la hora de la merienda y había que asistir... el no comer no era una opción ahí dentro, primero porque era síntoma de depresión o alguna de esas enfermedades asociadas al suicidio y segundo porque nos administraban las drogas para seguir el tratamiento que habían dejado en claro los psiquiatras.

Había una barra inmensa donde podías tomar una bandeja e ir pasando mientras agarrabas lo que querías merendar, en ese momento imaginé que las horas de las comidas debían tener todas las mismas reglas... al final del recorrido una enfermera te daba un vaso chiquito con pastillas

adentro y otro con agua... debías tomarlas delante de ella y abrir la boca para que se cerciorara de que lo habías hecho. Era frustrante pasar por eso, pero era necesario.

Me senté en una mesa donde solo había un chico dibujando... tenía varias hojas de papel y una bolsa de tela con crayones.

Jamás levantó la mirada, pero yo me entretuve viendo como con tan poco se desconectaba del mundo... Mezclaba bien los colores, aunque dibujaba cosas sin sentido para mí.

Y sin levantar la cabeza dijo

- *Tomas, ¿vos?*
- *Ceci*
- *¿Primer día?*
- *Sí, segundo en realidad, ayer me tuvieron durmiendo todo el día. ¿Vos?*
- *Tercero.*
- *¿Y?*
- *¿Y qué?*
- *Nada...*

No habló más. Al menos alguien me había dirigido la palabra.

Me levanté, dejé la bandeja como lo hacían todos y me fui directo al parque otra vez, nuevamente debajo del mismo árbol, pero esta vez de cara al sol...

Era casi imposible no recordar todo lo que había pasado... y mi cabeza era una película en cámara lenta repasando toda mi vida...

De golpe, algo tapó el sol e hizo que abriera los ojos.

- *¿Qué haces?*
- *Nada. ¿Qué voy a hacer?*
- *¿Querés venir a yoga conmigo? Arranca en diez minutos.*
- *No creo que pueda sinceramente...*
- *Con probar...*
- *Ok.*

El mismo chico de los dibujos había aparecido de golpe y me estaba invitando a hacer algo distinto más que comerme la cabeza debajo de un árbol.

No fuimos a una de las salas, creo que no llegábamos a seis personas.

Nos sentamos en unas alfombras en el piso y un profesor de yoga nos dio la bienvenida.

*- Bueno, veo que hoy tenemos otra integrante. Espero que te sientas cómoda, vos andá a tu ritmo, no te exijas.*

Asentí con la cabeza, ya había hecho yoga en algún momento de mi vida y me gustaba.

Arrancó con las posiciones típicas y siguió así hasta que la rutina terminó. Diez minutos de relajación y otra vez de vuelta a la vida del centro.

Y el día continuó sin mucho más para agregar.

Fue al día siguiente cuando las cosas se pusieron un poco más tensas. Me habían avisado que a las dieciocho debía presentarme en uno de los consultorios porque Marcela me iba a estar esperando y, durante muchas horas, no había podido parar de pensar en lo que iba a decirle, en toda la bronca que sentía y que, así como había decidido que formara parte de mi vida, de igual manera iba a hacer que se fuera.

Y a las dieciocho en punto estaba parada esperando verle la cara otra vez.

Abrió la puerta y creo que las dos sentíamos el mismo miedo.

*- Ceci, pasá.*

*- Diste la cara... era lo mínimo que podías hacer.*

*- Empecemos bien, que me ataques y yo deje que lo hagas no significa que así deban de ser las cosas... Entiendo que estás dolida, pero yo también estoy en una situación en la que no hubiera querido estar.*

*- Vos hiciste todo para llegar hasta acá... te cagaste en el secreto*

profesional.

- Cuando hay riesgo de vida, lamentablemente, el secreto profesional queda de lado.

- ¿Por qué tuviste que buscarlo a él?, precisamente a él.

- Porque no tenía a quien más recurrir. Es el único familiar directo que tenés y lo sabés muy bien.

- Y te hacía mucha falta liberarte del compromiso que yo representaba ¿no?

- No me quise liberar de vos Ceci. Esto es para ayudarte y es algo que no sé por qué no podés llegar a entender todavía. Claro que no podía dejar que salieras del Hospital sin intervenir y también es verdad que, el que te trasladaran acá, a mí me dejaba más tranquila, porque no puedo estar al lado tuyo las veinticuatro horas y estabas teniendo impulsos que no los ibas a poder frenar sola.

- Podría haberlo intentado...

- ¿Y si en el intento te quedabas a mitad de camino?

- Creo que lo que vos no logras entender es que quizás es lo que quiero... quedarme a mitad de camino.

- Me asusta que no valores ni un poco tu vida.

- Valoro mi vida, pero elegí no vivirla más y no me dejaron tomar la decisión. Valoro a mis afectos, valoro todos los momentos en los que realmente fui feliz, pero hay que entender que a veces las personas dicen basta, hasta acá llegué y es una decisión como tantas otras... pero no es respetada. Existe la obligación de seguir viviendo...

- No se trata de obligación, se trata de que quizás estabas tomando una decisión en un momento en el que no la podías tomar. Estabas sobrepasada, lo sabes. Y cuando una está así no podemos pensar con claridad. Y es ahí donde el entorno interviene, para tratar de devolverte la cordura y que puedas evaluar si realmente es la decisión correcta.

- No creo que nadie se suicide estando en sus cabales.

- Entonces me estás diciendo que algo de razón tengo... El suicidio no debería ser una opción en una cabeza sana... y vos te perdiste.

- Resulta que ahora estoy perdida... ¡Desde que nací estoy perdida Marcela!

- Pero aguantar tantos años todo lo que aguantaste te jugó una mala pasada y lamentablemente, aunque te cueste, vas a tener que pasar por esto.

- Sabés que si quisiera me podría matar igual ¿no? Acá mismo... supervisada y todo, con todas las drogas que me suministran por día... si quisiera podría hacerlo y todo esto no habría servido de nada.

- No dudo de tu capacidad... solo espero que no lo intentes.

- ¿Sabes qué? Cuando volví a terapia fue porque necesitaba escucharte, sentir que vos estabas ahí para mí, que podía recurrir a vos cuantas veces fuera necesario y que ibas a poder sacarme a flote siempre. Pero me equivoqué, porque no pensé en vos cuando me hundí el cutter... y tuve tiempo para hacerlo, tuve tiempo para pedir ayuda. Pero no fuiste una opción. Y seguí clavándolo cada vez más profundo para que duela más y ver como corría la sangre me daba ganas de seguir... No había nadie en mi

*cabeza... No aparecieron tus palabras, ni tu cara, ni tu voz... habías salido de mi vida.*

*- Creo que en un momento así solo se tiene una cosa en mente y es llegar a cometer el propósito.*

*- No te creas, porque sí pensé en mi tía y en las ganas que tenía de que estuviera ahí para frenarme... también pensé en mis amigas y en lo que les iba a doler encontrarme sin vida... pero en vos Marcela, en vos no pensé ni un segundo.*

Estaba mintiendo, quería que sufriera, quería que pensara que todo el trabajo que había hecho conmigo no había servido de nada, que pusiera en duda su capacidad, que sintiera que quizás el título le quedaba grande. Aunque, en realidad, en la primera que había pensado había sido en ella diciéndome algunas palabras de aliento, aunque lo único que hubiera querido era que estuviera ahí para frenarme.

No iba a dejar que supiera que me había hecho falta. Todo lo contrario, me había empecinado en que crea que no era nadie en mi vida.

*- No sé qué querés que haga con lo que me estás diciendo, nunca viví un momento así y no sé para donde se dispararía mi cabeza... quizás tampoco podría pensar en nada o quizás pensaría en mil cosas al mismo tiempo.*

*- No quiero que hagas nada, solo te estoy diciendo que ya no quiero verte más.*

*- Lo entiendo, pero si no soy yo va a ser otra, es parte del tratamiento. Acá hay muy buenas psicólogas trabajando.*

*- Probablemente sea tiempo de volver a empezar. De ver una cara nueva que no me genere el odio que me genera la tuya.*

*- Quizás sea una buena opción si vos lo sentís así.*

*- ...*

Me quedé callada porque en realidad no la quería soltar. Porque, aunque estaba hecha mierda por lo que había hecho, para mí, era más fácil atacarla a ella que arrancar de cero. Pero Marcela no iba a permitir que cada encuentro sea una pelea cuerpo a cuerpo, ella estaba ahí para que yo pudiera seguir un tratamiento y yo sabía que debía hacerlo...

*- Ya pasamos por esto otras veces Ceci, puedo recomendarte a algunas de las profesionales que trabajan en el Centro si querés... acá no podés decir*

*no. No podés dejar el tratamiento. Es conmigo o con alguien más, es tu decisión y yo la voy a respetar como lo hice siempre.*

*- ¿Cómo hago para no odiarte por encerrarme cada vez que te vea?*

*- Creo que aceptando la realidad... ese sería el primer paso. Aceptando que no te mandé a la guerra... que te quiero ayudar y que necesitás que te ayuden... Si podés ver eso, creo que hasta podrías perdonarme.*

*- No sé si podría perdonarte, quizás podría tolerarte.*

*- Es mejor que nada ¿no?*

*- ...*

*- Conozco la dinámica del Centro, he tenido que internar a otros pacientes también, y sé que la primera semana es la peor, pero dicho por ellos, después todo empieza a cambiar. Si pudieras no cerrarte a todo esto y entender que es solo un proceso estarías mucho mejor.*

Y como si nunca hubiera pasado nada entre nosotras empecé a hablar de Tomas... había bajado la guardia y ella no se iba a perder esa oportunidad.

*- Conocí a un chico, se llama Tomas.*

*- Es buenísimo que empieces a socializar... ¿Qué pasó con Tomas? ¿Cómo lo conociste?*

*- En la merienda... es medio raro. Se la pasa dibujando.*

*- Es lindo eso, puede canalizar las cosas que siente por medio del dibujo, a parte a vos te gusta el arte.*

*- Bueno... ¡Tampoco hace arte!*

*- Me entendés a donde apunto... peor sería si se la pasara leyendo ¿o no?*

*- Sí, eso sería un embole.*

*- ¿Y pudieron hablar algo?*

*- ¡No! No habla mucho. Solo me dijo que ayer era su tercer día y después me invitó a una clase de yoga.*

*- ¡Hacer actividades está bueno! Te van a ayudar a pasar el día.*

*- Me gustaría escribir, pero no me van a dar un lápiz ni una lapicera...*

*- Calculo que por ahora no...*

*- Ya me dijeron que a partir de mañana tengo que asistir a los grupos de autoayuda. ¿Me ves a mí en un grupo de autoayuda?*

*- Es difícil verte ahí, pero está bueno escuchar por lo que están pasando otras personas. Hasta quizás te podés ver reflejada en alguna de sus historias.*

*- Sí, no sé... pero tampoco puedo decir que no.*

*- Lamentablemente, acá las cosas son como te dicen que tienen que ser... y aunque sea una mierda, está bueno que nos ordenen un poco de vez en cuando.*

*- ¿Supiste algo de Ariel?*

*- Sí, pero no sé si te serviría saberlo, ¿no te parece que es algo que deberías dejar atrás? No sirve de mucho que te hable de él cuando estás tratando de volver a empezar.*

- *Tenés razón, es un enfermo de mierda. ¡Que se mate!*
- *Bueno Ceci, hoy vine porque me lo pidió Virginia, y además yo tampoco quería esperar tanto tiempo para volver a verte. Nuestro horario es el martes a las dieciocho, pero estoy disponible para vos cuantas veces lo requieras, si es que todavía querés que sigamos trabajando juntas.*
- *Mejor malo conocido...*
- *O sea que eso es un sí.*
- *Sí. ¿El martes cuando vengas ya voy a estar en el otro módulo?*
- *Sí, de acuerdo a lo que hablemos con Virginia sobre tu evolución esta semana, el lunes te pasan de módulo.*
- *Ah, hoy es miércoles y cuentan a partir del lunes... ¿O sea que si algo no está bien tengo que seguir acá?*
- *Todo va a estar bien.*
- *¿Cómo lo sabés?*
- *Porque hoy me dejaste seguir en tu vida, como decís vos... creo que algo de todo eso que sentías se está empezando a acomodar.*
- *Puede ser.*
- *Me tengo que ir... y aunque me dijiste que en el peor momento no se te cruzó por la cabeza tenerme en cuenta me gustaría que ahora las cosas sean diferentes, si vos tenés ganas, claro.*
- *Si me pasa algo veré.*
- *Si sentís que me necesitas voy a estar.*
- *Ok, gracias.*
- *Te veo el martes...*
- *Nos vemos.*

Había sido movilizante verla de nuevo... pero los sentimientos de odio habían desaparecido... yo sabía que la medicación me estaba anestesiando el alma y aplacando las ideas... pero también sabía que era mejor eso que vivir como había vivido hasta el momento. Y de un momento para otro algo hizo un clic y el Centro no se veía tan terrible como antes.

Salí de la sesión y fui a buscar a Tomas, solo había hablado con él y Marta. A las enfermeras que me supervisaban no les hablaba, las veía como a las brujas del cuento, aunque era su trabajo y mucho mas no podían hacer.

Caminé por el parque, entré al área recreativa y Tomas no estaba en ningún lado. No podía haber pasado de módulo todavía. No llevaba siete días ahí. En algún lado tenía que estar...

Y recurrí a Marta...

- *Marta...*

Y de nuevo el rodete asomando por la puerta de la cocina...

- *¿Cómo va Ceci? Falta para la cena... ¿Venís a robar comida?*
- *¡No! ¿Me ayudás a encontrar a alguien?*
- *¿A quién?*
- *A Tomas, es el chico que siempre se sienta solo y se la pasa dibujando, uno morochito... alto, de pelo oscuro.*
- *¡Sí! Ya sé quién es... ¿Lo buscaste por el Centro?*
- *Sí, pero no lo encontré. Seguro está en su cuarto, ¿vos sabés el numero?*
- *Dicen que no hay que buscar a quien no quiere ser encontrado...*
- *¡Dale Marta! ¡Es con la única persona que hablo acá adentro! ¡Bah! Cruzamos dos palabras...*
- *¡Me haces reír!*
- *¿Me decís? Vos sabés donde duermen todos... ¡Dale!*
- *No debería decírtelo... me estás exponiendo.*
- *Pero así, como al pasar... capaz se te desliza un comentario...*
- *Sos una niña bonita Ceci... Ahora salí de acá.*
- *¡Te quiero!*

Y en ese mensaje encriptado... que era sumamente obvio, supe que la habitación de Tomas era la quince.

Y sin pensarlo demasiado me fui hasta ahí.

Golpeé la puerta despacio y nadie contestó... y no pude con mi genio, cuando abrí lo vi a Tomas, durmiendo desnudo boca abajo, y quise desaparecer del planeta. Esas eran cosas que me pasaban por ansiosa, ¿por qué tenía que ir yo, a la habitación de alguien que apenas conocía, y abrir la puerta de su cuarto? No tenía motivos...

Traté de no hacer ni el más mínimo ruido y volví a cerrar, y obviamente, salí caminando por el pasillo lo más rápido que pude.

Me fui al jardín como para disimular... a los diez minutos Tomas estaba parado al lado mío.

- *Ceci, ¿qué hacías en mi cuarto? ¿Te falla? No se lo digo a la supervisora porque no quiero armar quilombo.*
- *¡Perdón! Me fui a la mierda... te estaba buscando por todos lados y como*

*no te encontraba me mandé de una...*

*- ¿Conocés el termino privacidad?*

*- ¡Sí Tomas! Ya te pedí disculpas...*

*- Tomi...*

*- Ok, Tomi. ¿Me perdonás?*

*- ¡Sí! Ya está... ¿Y para qué me estabas buscando?*

*- Para nada, sos el único con el que hablo acá adentro sacando a Marta, la señora de la cocina. Y tuve una sesión medio intensa y quería hablar con alguien.*

Se sentó al lado mío como si nada hubiera pasado.

*- ¿Me querés contar?*

*- Sí, no hay mucho para contar... más bien quería hablar con alguien... para no sentirme sola.*

*- ¿Me querés contar por qué llegaste acá? Vos me contás, yo te cuento... a lo sumo lloramos juntos.*

*- Sos medio personaje vos ¿no?*

*- Eso dicen y a esta altura ya me lo estoy creyendo.*

*- ¿Por qué llegué acá? Básicamente, tuve una vida bastante de mierda... años tragando y tragando hasta que una noche me clavé un cutter en la muñeca... y acá estoy.*

*- Lo resumiste bastante...*

*- ¡Sí! No tiene mucho sentido contar todos los porqué que me condujeron hasta acá y creeme, sería bastante embolante. ¿Vos?*

*- Yo por boludo... por creerme más vivo que los demás.*

*- ¿Cómo sería eso?*

*- No te voy a mentir, no tuve una vida de mierda, todo lo contrario. Siempre viví bien, mi familia salvo por alguna que otra discusión siempre fue muy unida... Pero soy el más chico de tres hermanos y quería marcar la diferencia. No me bancaba que me compararan con ellos todo el tiempo. Nunca me gustó estudiar y mis hermanos hacían todo lo contrario. Me gusta la música y el arte... me gusta pintar, tocar la guitarra... esas cosas. Así que un día armé el bolso y abandoné toda la comodidad que tenía para tener la vida que quería... pero no tenía las herramientas. Cuando nunca pasaste necesidades hay situaciones que no sabés enfrentar... Así que me pasé años boyando de casa en casa, donde gente del palo me tiraba un colchón por lástima. Hasta que un día ya no hubo ni techo, ni colchón, ni comida... y me encontré durmiendo como un linyera en la calle Corrientes y tocando la guitarra para juntar unas monedas. Un día uno de mis hermanos me despertó y me dijo un montón de cosas que me volaron la cabeza... Al otro día, en vez de encontrarme con él como habíamos quedado, porque quería sacarme de la situación en la que estaba, caminé durante horas con mi guitarra al hombro y en la primera estación de subte que vi me mandé... y sin pensarlo me tiré en la vía. Obviamente, el tren no estaba ni cerca, si no no estaría acá. Pero*

*bueno... cosas que uno hace sin pensar... Mi familia volvió... me internaron y ahora creo que estoy un poco mejor... al menos los tengo a ellos.*

*- No entiendo por qué decís que te creíste más vivo que los demás, no te salió bien, pero fuiste en busca de lo que querías para tu vida.  
- Lo digo porque podría haber hecho las cosas de diferente manera y haber cumplido mi sueño, que era vivir de la música, de igual manera. En mi casa había que estudiar... no importaba que... y tranquilamente podría haber ido al conservatorio... y hacer las cosas que quería sin necesidad de pasar por todo lo que pasé. Hoy lo veo súper claro... el día que llegué acá pensaba que me estaban encerrando para siempre.*

*- Yo sentí lo mismo el primer día... pero hoy hablé con Marcela, mi psicóloga, y sentí que en algún punto la que se equivocó feo fui yo.*

*- ¿Tuviste visitas ya?*

*- No*

*- Cuando empieces a tener visitas te vas a sentir mejor, vas a ver.*

*- Espero que mañana pueda venir alguien, supongo que hasta hoy no se lo permitieron por el tema de que no había hablado con Marcela todavía.*

*- Seguro. Acordate que mañana a la seis de la tarde alguien está acá para romperte las bolas.*

*- ¡Ojalá! Necesito ver a alguien de mi entorno.*

*- ¿Ya te mandaron al grupo?*

*- ¿Al de autoayuda decís?*

*- Sí.*

*- Mañana... ni siquiera pregunté la hora... como para que te des una idea de lo que me importa.*

*- ¡Ojo! Capaz te sorprendés... yo empecé ayer... y te puedo asegurar que algunos testimonios te hacen sentir un pelotudo...*

*- ¿Qué querés decir con eso?*

*- Que, a veces, lo que para nosotros es motivo de suicidio para otros sería motivo de celebración, porque realmente la pasaron muy mal.*

*- Es probable.*

*- Bueno, es a las tres de la tarde. Te paso a buscar... habitación veintidós.*

*- ¿Cómo sabes?*

*- Se dice el pecado, pero no el pecador...*

*- ¡Ok! Te espero mañana.*

*- ¡Dale! Igual en la cena charlamos.*

Había logrado pasar un día más ahí y de a poco las emociones y la sensibilidad eran un poco más débiles.

Sentía que quizás no estaba tan mal... y el haber conocido a Tomas me ayudaba a no sentirme tan aislada del Mundo.

Jueves, tres menos cinco de la tarde y tocaron la puerta.

Salí y caminamos por el pasillo hasta el lugar donde, por lo menos para mí, te sacaban la poca dignidad que te quedaba. Pero ahí tenía que estar... y ahí estaba.

Éramos unas siete personas, pero dos me llamaron mucho la atención, un señor de unos ochenta años y una nena de unos catorce, probablemente fue porque eran el más grande y la más chica del grupo, de todos modos, había algo distinto en sus miradas...

*- ¡Hola! Me presento, mi nombre es Julio y estoy acá para acompañarlos un poco, para que cada uno pueda expresar lo que siente y ver si entre todos nos podemos ayudar. A los nuevos, no se sientan presionados, pueden hablar cuando quieran, si no quieren hacerlo no lo hagan, pero estaría buena la participación.*

Ahora sí, había empezado la peor tarea que me podía tocar hacer ahí adentro.

Y empezaron a hablar, algunos ya habían contado sus historias y los nuevos nos quedábamos sin entender demasiado hacia donde iban los comentarios... las nuevas en realidad. Eugenia, la adolescente, y yo. Un par de veces nos miramos como tratando de ver si la otra estaba entendiendo algo, pero obviamente ninguna de las dos sabíamos dónde estábamos paradas.

*- Antonio... ¿Hoy tenés ganas de hablar?*

Antonio era el señor mayor, después supe qué hacía más de tres meses que estaba ahí y nunca había podido avanzar de módulo, la cabeza se le había quedado clavada en un momento preciso de su historia y, hasta el momento, nadie había podido sacarlo de ahí.

*- De contar... de decir.*

*- ¿Qué tenés para decirnos? Nos gustaría escucharlo.*

*- Le voy a decir algo a ellas dos –señalándonos a Eugenia y a mí- Son dos señoritas hermosas, no dejen que ningún hombre las someta nunca.*

- *¿Les querés contar tu historia? Ellas arrancaron hoy.*
- *Ya sé, por eso les hablo a ellas.*
- *Ok, si tenés ganas...*
- *Mi historia es corta. Tengo setenta y ocho años y tenía una hija que ahora es un ángel. Pero se encontró en la vida con la persona que no debía encontrarse. Una noche, hace un año vinieron a cenar a mi casa, ella su marido y mis dos nietos. En un momento escuché un portazo, yo estaba arriba buscando unas fotos que me habían pedido, y cuando fui a ver qué había pasado me encontré con mi hija y mis dos nietos muertos en la cocina. Él se encargó de cortarles el cuello con la misma cuchilla que yo había afilado para cocinar... Le dejé el arma servida en bandeja... Y desde ese momento quise partir de este mundo muchas veces... hasta que llegué acá. Por eso les digo... cuídense... los hombres violentos lo son desde el principio, siempre muestran algo... tienen que estar atentas.*

En ese momento entendí por qué me había llamado la atención, por qué había visto que tenía algo distinto en su mirada... creo que buscaba a su hija en cada chica que estaba internada ahí. Con más o menos años, cualquiera podía ser ella en alguna etapa de su vida.

Todos siguieron hablando... pero Antonio se había quedado ausente.

Terminó y ni Eugenia ni yo dijimos una sola palabra.

Cuando salimos Tomas, que era bastante racional, me dijo algo que tenía mucha lógica.

- *Estaría bueno que participes, eso va a ser bueno para tu evaluación en unos días.*
- *Sí, se ve que a Antonio la participación no le sirve de mucho.*
- *Antonio sigue acá porque quiere estar acá, creo que tiene miedo de salir...*
- *No me puedo imaginar cómo se vive después de eso.*
- *No se vive...*

Llegaron las dieciocho y Lili apareció por la puerta de invitados. ¡No podía más de la felicidad! Y salí corriendo a abrazarla.

- *¡Epa! Tanta felicidad te da verme... pensé que me ibas a cagar a puteadas.*
- *No tía, ¡gracias por venir! Te extrañé un montón.*
- *Te veo mejor Tati, ¿cómo te sentís?*

- *Mejor, en serio. Estoy mucho más tranquila.*

Y le conté del Centro, de las actividades, de Virginia, Marcela y Tomas.

Y durante dos horas sentí que estaba al borde de su cama, mirando su vida en las paredes, sin más preocupaciones que solo disfrutarla a ella.

Me contó algunas cosas de afuera... no la dejaban hablar demasiado, me dijo que mis amigas se habían comunicado con ella casi a diario para saber cómo iba todo y que en la semana iban a venir a verme.

Y, sin ganas de hacerlo, le pedí a Lili que no viniera todos los días. Le dije que tenía muchas actividades que me hacían bien en ese horario y que yo iba a estar mejor si venía una vez por semana...

No quería acostumbrarme a verla todos los días... tenía miedo de que en algún momento se cansara y me quedara esperándola. También sabía que de esa manera le sacaba un peso de encima. Lili no tenía cincuenta años para ir y venir todos los días de Capital a Provincia.

Ella se quedó conforme... y yo me quedé como pude.

Esa semana pasó rápido, el jueves la vi a Lili, el viernes vinieron mis amigas a visitarme a las que les dije lo mismo que le había dicho a mi tía, el domingo apareció Virginia con un cuestionario eterno y ese mismo domingo Tomas se fue, vino hasta mi cuarto y me dijo "*Portate bien, mañana nos vemos.*"

Durante todos esos días me había sentido en calma. Incluso había participado en el grupo de autoayuda... pero la noche del domingo sentí pánico. Comencé a pensar en qué pasaría si consideraban que no estaba apta para pasar de Módulo. Iba a perder a la única persona con la que había entablado una relación y eso me daba mucho miedo...

Tenía que esperar hasta la diez de la mañana para que me llamaran al consultorio para decirme, como en la facultad, si había aprobado o no.

Esa noche no dormí.

Cuando por fin me llamaron me acerqué aterrada y Virginia me estaba esperando.

- Ponete cómoda... ¿Cómo te sentís?
- Tengo miedo, no te voy a mentir.
- ¿Miedo de qué?
- De no pasar de Módulo.
- ¿Y por qué pensás que no podrías llegar a pasar?
- No sé... creo que la semana, salvo el primer día la pasé bien, incluso ahora entiendo que, en este momento de mi vida, es mejor estar acá que afuera... y no lo digo para quedar bien.
- Bueno... me alegra que hayas entendido el porqué del tratamiento y lo que se espera que suceda.
- Ahora lo entiendo.
- Bueno... pasaste de Módulo... te lo quería decir yo.
- ¿En serio?
- Sí, pasaste y hoy te trasladan... Tomas ya está instalado y seguramente te está esperado, sé que se hicieron amigos.
- Sí, me daba terror no poder seguirlo, no hablé con mucha gente esta semana.
- Bueno, ahora andá a preparar tus cosas que antes del almuerzo te vas.
- Gracias Vir...
- De nada Ceci, en unos días te veo.

Resurgí con una felicidad inmensa, no me iba a quedar sola ahí. Fui hasta la cocina a saludar a Marta, después de todo, ella había sido la primera persona en mirarme a los ojos. Por suerte iba a poder seguir viéndola. Todo el personal de cocina y limpieza rotaba los lunes y la rotación de Marta coincidía con mi llegada... así que iba a ir pasando de Módulo y ella vendría detrás de mí.

Salí al parque y cuando llegué a mi árbol alguien estaba ocupando mi lugar. La miré desde arriba y me vi a mí misma a esa edad. "*Peleala, te voy a estar esperando en el Módulo dos. No me falles*" Sí, me estaba hablando a mí misma. Pero creo que Eugenia también necesitaba escuchar lo que yo hubiera querido escuchar a esa edad.

Escondió un lápiz en el puño del buzo, me guiñó un ojo y me fui.

## Capítulo 17

17

### Módulo 2: La aceptación

“La cosa más aterradora es aceptarse a uno mismo, completamente.”

Carl Jung

Había pasado de Módulo, y mientras un enfermero me acompañaba con mi bolso, caminando por un sendero enmarcado por dos hileras de árboles, pensé en Eugenia.

Le había dicho que la iba a estar esperando, pero en ningún momento me había preguntado que la había llevado ahí. Había visto en ella a la Cecilia de los quince e imaginé que quizás esas palabras serían las correctas. Pero nada sabía de ella, ni de por qué, a tan corta edad, la vida le había sido suficiente. Y recordé el lápiz que había escondido en el puño.

Me planté a mitad de camino y pegué la vuelta

- *¿A dónde vas?*
- *Necesito volver un rato.*
- *No podés volver, tengo que acompañarte al otro Módulo...*
- *Sí, ya sé... ¿Pero no me podés dar un rato? Al menos media hora.*
- *¡No! Ya se termina mi turno y te tengo que dejar ahí antes de irme.*
- *No entendés... hay una pendeja a cien metros de acá que me necesita y no voy a seguir caminando hasta hablar con ella.*
- *Las cosas no son así.*
- *Ya sé, y te re entiendo y entiendo que te estoy jodiendo en tu laburo, pero creeme que no la puedo dejar sin antes hablar con ella.*
- *¡Ok flaca! Hacé lo que quieras, pero te aviso que esto lo tengo que informar.*
- *No hay problema.*
- *Seguro te comés un quilombo después... yo avisé.*
- *Prefiero el quilombo... ¿Volvemos?*

No podía irme sin antes saber qué le había pasado, y si tenía que darle explicaciones a Virginia sobre mi comportamiento se las iba a dar. Eugenia estaba sola, al pie del mismo árbol donde me refugié yo, con la

diferencia que yo era adulta y ella solo una nena.

No sé por qué sentí la necesidad de no dejarla sola, quería hacerle saber que había alguien que sí quería escuchar su historia y que hasta podía llegar a protegerla en algún momento.

Marta había salido a fumar... cuando me vio entrar de nuevo se agarró la cabeza.

- *¿Qué hiciste Cecilia?*

- *¡Nada Martita! Quedate tranquila, volví por un rato... espero que después me dejen salir.*

- *¿Tanta urgencia por volver tenías?*

- *Creo que sí, que es urgente.*

Caminé lo más rápido que pude y de lejos podía ver que Eugenia seguía en el mismo lugar. Llegué, y sin pedir permiso, me senté a su lado.

- *Este es mi árbol ¿sabías?*

- *Sí, te vi sentada acá un par de veces... pero como sabía que hoy te ibas...*

- *Sí, me están llevando al Módulo dos... pero me acordé del lápiz que escondiste y volví.*

- *¿Por un lápiz te volviste?*

- *Sí, por un lápiz. ¿De dónde lo sacaste?*

- *¿Y a vos qué te importa?*

- *Mirá, te la voy a hacer corta, o me decís de dónde lo sacaste y obviamente me lo das, o me levanto y voy a hablar con el supervisor. Como quieras...*

- *Como quieras vos, es un tema mío.*

- *Si te reporto te vas a comer otra semana más acá.*

- *No me preocupa.*

- *¿Qué pensás hacer? Te tienen monitoreada todo el tiempo... te tirás un pedo y lo anotan en una planilla. ¿Te lo pensás clavar en la yugular? En menos de dos segundos tenés un batallón alrededor tuyo que no va a permitir que mueras. ¿O por qué te pensás que este lugar tiene tanto reconocimiento? Precisamente porque en los años que lleva funcionando creo que solamente dos personas lograron suicidarse y fue al principio. ¿Te pensás que no saben que volví para hablar con vos?*

- *¿Y para qué viniste? Ahora me van a observar más que antes.*

- *Vine porque quiero saber por qué estás acá.*

- *No te conozco...*

- *Yo tampoco conocía a una persona que me hizo exactamente la misma pregunta, y a pesar de que no le di demasiados detalles, me alcanzó para sentirme acompañada y un poco más tranquila.*
- *Pero vos sos vos y yo soy yo... y a mí no me interesa que vos sepas el por qué estoy acá.*

Podía verme a mí respondiendo las mismas cosas. Se notaba que tenía tanta tristeza adentro que lo único que sabía hacer era atacar o responder con otra pregunta. Pero no me iba a dar por vencida. No podía dejar las cosas como estaban. Una adolescente herida es capaz de hacer cualquier cosa y yo era consciente de que tenía un lápiz escondido y que ese lápiz podía servirle para matarse cuando quisiera... todo lo que le había contado sobre el lugar era mentira, no podían monitorearnos las veinticuatro horas, y esa era la razón por la cual nos supervisaban a la hora del aseo y el por qué no nos facilitaban nada con lo que pudiéramos hacernos daño... pero ¿qué le iba a decir?

- *¿Cuántos años tenés?*
- *Trece.*
- *Pensé que tenías un par de años más, parecés más grande.*
- *Puede ser.*
- *Cuando yo tenía tu edad ya la había pasado tan mal que tranquilamente podría haber estado acá.*
- *¿Por?*
- *Abuso sexual, desde que era una nena.*
- *Bueno... no es tan grave. A mí me pasó lo mismo entre otras cosas.*
- *Qué cosas...*

Y sin darse cuenta había empezado a contarme el porqué de su estadía en el Centro... había bajado la barrera.

- *Nada, laburar la calle.*
- *Prostituta.*
- *En mi barrio nos dicen puta, pero sí, es lo mismo.*
- *¿A qué edad empezaste?, sos re chica...*
- *Mirá, creo que fue a los nueve. En realidad, la que me hacía laburar era mi mamá. Traía tipos a casa y les cobraba.*
- *¿Y tu viejo?*
- *Mi viejo vivía a la vuelta y también me mandaba clientes.*
- *Dos hijos de puta...*
- *Qué sé yo... le tenían que dar de comer a mis cuatro hermanos más chicos. Pero a los once me cansé y me fui a Retiro, a vivir con los chicos*

*de ahí... en la calle.*

*- Debe ser jodido vivir en la calle...*

*- ¡Sí! ¡Pero por lo menos no estás todo el día con un tipo montado encima!*

*- Igual es una mierda...*

*- Sí, pero era mejor que mi casa.*

*- ¿Y cómo llegaste acá?*

*- Perdí a mi bebé... y en el hospital agarré un bisturí y me lo empecé a clavar por todas partes. Me frenaron cuando me lo estaba por clavar en el cuello...*

*- ¿De cuántos meses estabas?*

*- De seis... me cagaron a palos, cosas de la calle y se me murió adentro.*

*- Tuviste suerte de caer acá, los Centros públicos son un desastre.*

*- Me bancó mi abuela, la única normal de la familia.*

Eugenia me contó que su mamá era de una familia adinerada, pero que cuando conoció a su marido se fue de su casa a vivir a una de las peores villas de Buenos Aires, solo por seguirlo a él.

Se pelearon con toda la familia y ella y sus hermanos crecieron lejos de todo lo que estaba bien y fueron sometidos a una vida de mierda. A Eugenia se le notaba la calle, el haber tenido que bancarse situaciones que una nena no debería haberse bancado, el haber tenido que sobrevivir en una estación de tren cuidando lo poco que tenía para que no se lo roben, hablaba con un léxico propio de donde se había criado y parecía que tenía veinticinco años, pero, por momentos, afloraba la nena que todavía era... a la que no le habían permitido salir a flote nunca.

Cuando pasó lo de la pérdida del bebé no quiso que nadie se enterara salvo su abuela. Ya no quería tener más trato con sus padres, aunque extrañaba mucho a sus hermanos.

*- Los quiero sacar de ahí... sobre todo a mis hermanitas. Ya las deben estar haciendo laburar.*

*- ¿Se lo dijiste a alguien todo esto?*

*- En la calle no podés contar nada, abrís la boca y es para cagada.*

*- ¿Y si te ayudo y hablamos con alguien que pueda hacer algo por tus hermanos?*

*- ¿La yuta?*

*- ¡No! Capaz alguna asistente social... si me dejás te doy una mano.*

*- Bueno... si a alguien le interesa algo de lo que pasa en la villa capaz tenés suerte.*

*- Podemos probar.*

*- Sos viva vos ¿eh? ¡Al final te conté todo!*

- *¿Vos decís? Yo solo me acerqué...*
- *Sí, sos re viva... ¿Pero tenés onda!*
- *¿Te puedo decir Euge? Yo odio Cecilia, prefiero Ceci.*
- *Sí, Euge está bien.*
- *Bueno Euge, me voy a tener que ir porque se me va a armar flor de bardo... pero no me voy a ir sin que me des el lápiz.*
- *¡La cagaste!*
- *No, te lo dije de entrada. Me das el lápiz o lo informo.*
- *Acá tenés el lápiz de mierda... ahora rajá de acá porque me hiciste re calentar.*

Me levanté, agarré el lápiz y entré al Módulo. Fui hasta la sala de supervisión y lo entregué. Les dije que lo había encontrado cuando me estaban trasladando al Módulo dos y no quería llegar con eso ni dejarlo ahí... Sabían que estaba mintiendo, que en realidad había logrado sacárselo a Eugenia, pero, a pesar de no haber seguido camino cuando correspondía y estar mintiendo en ese momento, sabían que lo que había hecho había sido para ayudar a alguien.

A los cinco minutos una enfermera apareció para acompañarme al Módulo dos. Y abandoné ese lugar para siempre.

Cuando llegué Tomas estaba en uno de los primeros bancos de la entrada y se acercó en seguida a saludarme.

- *¿Qué pasó que tardaste tanto?*
- *Nada... después te cuento.*

Y nos siguió a la enfermera y a mí por todo el recorrido.

Me ingresaron, me explicaron las reglas y me mostraron el lugar.

El edificio era exactamente igual a todos... Un pasillo interminable en el medio con habitaciones a ambos lados y en los extremos dos alas, en una estaba la cocina y el comedor, entre otras cosas, y en la otra toda la parte de recreación.

Habitación 14. Casi igual a la anterior, pero esta vez el baño estaba completo. Estaba todo lo que necesitaba para higienizarme. Creo que ver eso fue una de las cosas que más feliz me hizo en ese momento. Se habían acabado las supervisiones.

El cuarto de Tomas estaba en la otra punta y apenas dejé mis cosas me

agarró de la mano y me llevó hasta ahí...

- *¡Mirá! ¿Qué me contás?*
- *¿De dónde salió todo esto?*
- *Lo pedí y me lo dieron... mañana mi hermano me trae la viola.*
- *Ya estoy pidiendo que me traigan una a mí también.*
- *¿Tocás?*
- *Sí.*
- *No me habías dicho nada...*

En el dormitorio había un atril con un bastidor, y al costado una mesa llena de pinceles y óleos. También le habían dado hojas y lápices de colores...

El dos, como se le llamaba ahí, nos hacía sentir un poco más nosotros. Un poco más en casa... Claro que seguía habiendo restricciones... Pero a Tomas lo hacía feliz tener todo eso en su cuarto y a mi volver a una rutina de higiene normal.

Al día siguiente Virginia me estaba esperando en el consultorio...

- *¿Cómo va? ¿Mejor acá?*
- *Sí, ¡por suerte se terminó el martirio de la maquinita de afeitar!*
- *Te dije que tenías que dejar pasar los días...*
- *Sí, acá estoy mejor.*
- *¿De ánimo cómo andamos?*
- *Bien. A veces los remedios me dan un poco de sueño, pero estoy tranquila.*
- *¿Te dan ganas de hacer cosas?*
- *No vi todavía las cosas que hay para hacer acá, pero si hay yoga seguro me apunto.*
- *Sí, tenés yoga acá también.*
- *Buenísimo...*
- *Ceci, me enteré de lo que pasó ayer en el traslado. ¿Me querés contar?*
- *No hice nada malo, simplemente tenía que volver.*
- *¿Por qué no lo informaste?*
- *Porque no quería que Eugenia se coma otra semana más ahí... y tampoco me iba a hacer sentir bien informarla.*
- *Las reglas se tienen que cumplir y lo sabés.*
- *Pero yo soy un par de ella, no soy la supervisora.*

- *En eso tenés razón.*
- *Fue lo que me salió y me banco las consecuencias.*
- *Quedate tranquila que no va a pasar nada, de hecho, me sorprendió que Eugenia se haya abierto con alguien como lo hizo con vos.*
- *¿Va a poder pasar?*
- *No creo, me parece que otra semana más en el uno le va a hacer bien.*
- *O sea que ya no la voy a ver...*
- *Si vos seguís bien con el tratamiento no creo que se vuelvan a cruzar, por lo menos acá adentro.*
- *¿Te puedo pedir algo? Me gustaría escribir... ¿Me podrán dar un cuaderno y una lapicera o lápiz?*
- *Sí, acá no vas a tener problema con eso.*
- *Y también puedo pedir que me traigan la guitarra ¿no?*
- *También.*
- *¡Genial!*
- *Te quería avisar que voy a hacer un cambio en la medicación. Probablemente, los primeros días estés un poco más irritable... cualquier cosa sí sentís que la irritabilidad es mucha avisás en enfermería, ¿ok?*
- *Ok.*
- *Bueno Ceci, mañana es martes y ya tenés las visitas autorizadas, así que espero que te traigan la guitarra y te sientas bien. Ya sabés, si necesitás algo le pedís a cualquier enfermera que me llame, tu psiquiatra soy yo.*
- *Sí, ya sé.*
- *Quería avisarte que Marcela va a empezar a venirlos jueves. Así que el jueves a las dieciocho va a estar acá.*
- *Ok, no hay problema.*
- *Bueno, ¡andá nomás!*
- *Gracias Vir.*

Martes, dos de la tarde... ¿Qué podía hacer para que pase el día? Y Tomas apareció de pronto, como salido de la nada... "¡Vamos!"

Él era así, estaba todo el tiempo viendo que podía hacer. Y me llevo a la cocina...

- *No me digas que no te sorprendí...*
- *¡Gracias!*

En una de las mesas del comedor había un montón de equipos de mate y podías agarrar cualquiera y usarlo cuanto quisieras.

Amaba tomar mate y obviamente, por cuestiones de seguridad, en el uno no nos dejaban hacerlo.

Agarré el más lindo y nos fuimos al pasto a charlar. Ese equipo iba a ser mío hasta que me fuera de ahí. El mate era uno de mis vicios.

Después de cenar me fui a la cama. Estaba agotada y me quedé por un rato anotando frases en el cuaderno, no tenían mucho sentido para mí... pero lo iban a tener para Cecilia.

Al otro día, puntual apareció Lili, con una de mis guitarras al hombro y en la mano una bolsa de mandados.

- ¡Tía! ¿Viste que pasé?

- ¡Tati! Yo sabía que ibas a pasar... no lo dudé ni un segundo. Tomá, Agarrá la guitarra que me destruyó el hombro.

- ¿Me trajiste la acústica no?

- Sí, se distinguir entre una acústica y una eléctrica... ¿Te pensás que no sé tocar la guitarra? En mis épocas de hippie la guitarra nos acompañaba a todos lados.

- ¿En serio sabes? A ver, tocate algo.

- ¡No! Estoy re oxidada...

- ¡Dale! Tocate algo, lo que te salga.

- Esperá que dejo esto acá... me haces hacer cada cosa vos!

- Si te gusta... no te hagas rogar...

Se puso la guitarra en la rodilla, la afinó de oído, cosa que yo nunca pude hacer, y empezó a tocar California Dreamin'... no dejaba de sorprenderme, y encima se acompañaba cantando... obvio le pedí otra y tocó Here Comes The Sun a la perfección.

- ¡Eso es estar oxidada tía! ¡Paso vergüenza al lado tuyo!

- ¿Por qué nunca te vi tocar? En tu casa nunca hubo guitarra.

- Me recordaba a otras épocas Tati... que se yo, esas pavadas que hacemos. Igual ahora que volví a tocar no sé si no me compro una... Me encantaba tocar la guitarra... y a ninguno de mis hijos les gustó la música.

- Suele pasar...

- Bueno, recuperate pronto así tocamos juntas.

- Olvidate, ahora que sé todo lo que sabés me vas a tener que enseñar, aunque no quieras.

- Mirá lo que te traje... las bolas de fraile que a vos te gustan... hay de dulce de leche y de pastelera.

- *¡No te digo que lo sos todo! ¡Espera!*

Y salí corriendo a preparar el equipo de mate...

- *Mirá lo que tengo, para bajar las bolas de fraile!*

- *¿Te dejan tomar mate acá?*

- *Sí, acá ya no tengo restricciones en un montón de cosas... y el equipo me lo quedo hasta que me vaya... igual, la próxima, ¿me traes el mío? ¡Esta bombilla es bastante chota!*

- *Sí, ¡no hay problema! Esperá que hay más...*

Y del fondo de la bolsa de los mandados empezaron a emerger todas las golosinas que sabía que me habían gustado durante toda mi vida.

- *Acá tenés, caramelos de menta y chocolate, marroc, alfajores de distintas marcas, y sí... ¡Te merecías una bolsa de Palitos de la Selva!*

- *¡Esto es oro acá! No sabés cuanto te lo agradezco... los voy a esconder, no pienso convidar.*

- *Cuando eras chica hacías lo mismo... siempre escondías las golosinas para no convidar.*

- *Y bueno... pero era re buena.*

- *Eras un ángel, como ahora...*

Hablamos sin parar durante dos horas... incluso cuando se estaba terminando el horario de visita me hice la despistada y la llevé a recorrer las instalaciones y a conocer mi cuarto.

- *Ponete al lado de la ventana, como mirando para afuera.*

- *¿Para qué?*

- *No le podés dar un gusto a esta vieja...*

- *Bueno, ¡dale!*

Y me sacó una foto y esa iba a ser otra de las imágenes bisagra en mi vida.

Cuando salimos escuche la voz del supervisor diciendo "El horario de visita terminó hace veinte minutos" y seguimos caminando con pasos ligeros como dos adolescentes después de haberse mandado una cagada. La despedí diciéndole que el próximo lunes iba a estar en el tres, cueste lo que cueste, y volvió a decirme lo mismo... "No tengo dudas".

Cuando Lili se fue ya era casi la hora de cenar, pero no tenía hambre, así que agarré unas frutas para que no me dijeran nada y al final de la cola me tomé la medicación.

Me fui a mi cuarto, tenía ganas de escribir, pero seguía sin poder escribir más que frases sueltas.

Frustrada me levanté de la cama y me fui a la biblioteca, era enorme y casi de casualidad me topé con el libro de una película que había visto muchas veces, "Comer, Rezar, Amar" de Elizabeth Gilbert... me pareció buena elección y volví a mi habitación.

Me enganché leyendo un par de horas hasta que la medicación me cerró los ojos. Ese libro, como la película, era inspirador... te enseñaba que se podía volver a empezar...

La semana empezó bien, relajada. Había pasado mucho tiempo con Tomas, salvo en los momentos en los que necesitaba un poco de paz y me recluía en mi habitación.

A pesar de pasarlo bien juntos me daba terror empezar a sentir algo más por él... y en algunos instantes me escapaba para frenar la situación. Teníamos muchas cosas en común, a los dos nos gustaba la música, el arte, los juegos de lógica, tirarnos en el pasto a tomar mate y pasar las horas hablando sin que los temas de conversación se terminaran nunca.

Y los jueves era día de Cecilia... y había que ponerle el pecho a la situación... aunque a veces no tenía ganas de hablar ni de escuchar... pero ahí estaba otra vez.

- *Hola Marce...*

- *iMarce! Cuanto me alegra escuchar el diminutivo.*

- *Bueno... ya se me pasó el enojo. No del todo igual..*

- *Hablé con Virginia, me puso al tanto del cambio de medicación y de la situación con la chica del uno, no me acuerdo el nombre.*

- *Eugenia... ¿Otra vez?*

- *Estaría bueno que me cuentes qué fue lo que te motivó a volver, cuando sabías que eso podía perjudicarte.*

- *Saber que se podía llegar a matar.*

- *¿Y vos cómo lo sabías?*

- Porque antes de irme pasé a saludarla y vi cuando escondió un lápiz en la manga del buzo. En ese momento no sabía por qué estaba ahí... ni que la había traído hasta acá. Y cuando empecé el traslado me percaté de la situación y tuve que volver... al fin y al cabo somos todos suicidas... por eso estamos acá ¿no?

- ¿Vos te escuchaste?

- ¿Por lo de suicida?

- Sí.

- Sí Marce, ya acepté que estoy enferma... y que elijo el suicidio como vía de escape.

- ¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

- Porque tuve mucho tiempo para pensar... y aparecieron imágenes que no recordaba.

- ¿Por ejemplo?

- Por ejemplo, agarrar una soga y atarla alrededor del cuello y apretar hasta casi desmayarme.

- ¿Y cuándo hacías eso? ¿Qué te motivaba a hacerlo?

- Los quilombos en mi casa supongo.

- ¿Te acordás de algo más?

- Sí, viviendo sola, cuando recién me mude, el departamento en el que vivía tenía la terraza arriba... vivía en el último piso y recuerdo que me sentaba en la pared de espaldas al vacío y me estiraba hacía atrás agarrándome de la pared.

- ¡Qué impresión! Jamás podría hacerlo.

- No sé por qué hacía eso, siempre le tuve miedo a la altura. Pero bueno, entre otras cosas, entendí que siempre estuve al límite y siempre jugué con la muerte como vía de escape. No necesitaba analizarlo mucho... Solo con recordar me di cuenta.

- Y ahora que podés ponerlo en palabras ¿qué sentís?

- Miedo... porque no sé qué va a ser de mí el día que salga de acá.

- Se supone que el día que salgas de acá, con el tratamiento que estás haciendo con Virginia, tu cabeza no va a fantasear con esas cosas ni te va a volver a poner en esas situaciones. Es el objetivo de todo esto.

- Pero puede fallar ¿no?

- Sí, pero sos una mina inteligente... si hacés lo que te dicen no creo que tengas ninguna dificultad en seguir con tu vida de manera normal.

- Espero que sea así... Volviendo a Eugenia, te tengo que pedir un favor.

- Decime.

- Mirá, esa nena la pasó mal en serio... y quiere sacar a sus hermanitos de la casa de su mamá. ¿Vos podrías hablar con algún o alguna Asistente Social para ver si se puede hacer algo?

- ¿Maltrato?

- La madre la empezó a prostituir cuando tenía nueve años y ella cree que está haciendo lo mismo con sus dos hermanas... los varones no sé qué onda. Pero si no los prostituye los debe mandar a pedir o algo así.

- Es difícil, pero voy a ver qué puedo hacer, no te prometo nada... vos sabés cómo funcionan las cosas en este País...

- Intentalo al menos, tiene trece años y se quiso matar... perdón que te meta en esta, pero yo no puedo hacer nada estando encerrada acá.
- Y si no estuvieras encerrada ¿lo harías?
- ¡Obvio que sí!
- Alguna vez, estando afuera, ¿lo hiciste?
- ¡No! Calculo que fue por estar muy metida en mis quilombos y llevar la vida que llevaba... quizás le pasé por al lado mil veces y nunca la noté... pero ahora es distinto. ¿Sabés lo que es escucharlo de su propia boca? ¡Tiene trece años!
- Vos también tuviste trece años...
- Pero yo no viví lo que vivió ella.
- ¿Estás segura?
- Bueno... en realidad fue un poco así también... pero no estamos hablando de mí ahora.
- Creo que te ves reflejada en ella y por eso necesitás que alguien la ayude.
- Puede ser, es probable. Por eso te lo pido a vos que estás afuera. Tiene una abuela normal... no es como los hijos de puta de los padres. Ella fue quien se hizo cargo del tratamiento... espero que cuando salga pueda vivir con ella.
  
- Así que seguro te pueden dar los datos de contacto.
  
- Ok, voy a ver que se puede hacer. Te repito... no te prometo nada.
- Con que lo intentes me alcanza.
- ¿Cómo estás llevando la estadía acá?
- Re bien, nada que ver al uno.
- Eso está bueno, porque el tres y el cuatro van a ser mejores entonces.
- Seguro que sí.
- ¿Y Tomas?
- Nada, ahí...
- ¿Segura?
- Sí...
- ¿Segura?
- Bueno... ¡No!
- ¿Tensión sexual?
- No creo que llegue a tanto... pero ya lo estoy mirando con otros ojos y lo que hago cuando me empiezo a sentir atraída es esconderme en mi cuarto. No la quiero cagar.
- O sea que estas manejando el impulso de irte a la cama con él.
- Ponele.
- ¿Qué te pasa con eso?
- No es cómodo... vos sabés cómo me manejaba antes de llegar acá y si me preguntás si me lo cogería te diría que sí. Pero no sé si está bien o está mal sentir eso.
- Yo creo que el sexo, en su justa medida, no es malo. Todo lo contrario. Usarlo para evadir la realidad ya es peligroso.
- Pero no quiero evadir la realidad. Acá adentro es imposible hacerlo...

*creeme.*

*- Entonces ¿por qué estaría mal?*

*- ¡Qué sé yo Marce! ¿Qué hago? ¿Voy y le pregunto al Supervisor si se puede coger libremente en el Módulo?*

*- Ceci ¡tenés cada salida!*

*- ¡Y vos hacés cada pregunta!*

*- A ver... pensemos... si los módulos son mixtos se supone que estas cosas pueden llegar a pasar y si no lo fueran también.*

*- Sí, pero una cosa es que ellos sepan lo que puede llegar a pasar y otra es que pase y te enganchen... y yo no quiero tener problemas.*

*- Veo que estas muy comprometida con el tratamiento.*

*- Sí, como te dije... entendí que estoy enferma y quiero salir de esto.*

*- La verdad que me pone muy contenta verte con esa entereza enfrentando todo esto.*

*- Tampoco me dieron muchas opciones...*

*- No, pero podrías haber reaccionado distinto y no haber avanzado nada. Ese es uno de tus mayores problemas... nunca podés ver todo lo bueno que hacés... ni siquiera te das cuenta de las cosas que hacés por los demás.*

*- Mi tía siempre me dijo lo mismo.*

*- Tu tía debe ser muy inteligente.*

*- Lo es.*

*- Bueno Ceci, creo que por hoy es todo... espero verte en el tres el próximo jueves.*

*- No tengas dudas de eso.*

*- Te felicito.*

*- ¡Gracias!*

Y pasó el jueves de terapia...

Y el sábado los sentimientos empezaron a cambiar un poco.

Me desperté con cierta sensación de enojo y no quise salir de la habitación a pesar de la insistencia de Tomas... solo cumplí con las cuatro comidas y me encerré en mí misma todo el día.

Y a la noche, cuando todo estaba en silencio, me escapé de la habitación y me fui a mirar las estrellas al medio del parque. Necesitaba eso... necesitaba conectar con la naturaleza y conmigo misma, sin voces que me hicieran perder el hilo de mis pensamientos... y el cuaderno se iba llenando de frases, algunas repetidas, otras bastante originales y las nuevas cargadas de cierto odio. Y me dio miedo leerlas. Porque no quería volver al mismo lugar. Entonces recordé lo que me había dicho Virginia sobre la medicación y entendí todo... Me fui a enfermería y les dije que no me estaba sintiendo bien, que por favor se lo comunicaran a

Virginia.

Al otro día a las nueve me fueron a buscar para que vaya al consultorio. Virginia me estaba esperando.

- *Ceci, ¿cómo estás? Me dijeron que te estabas sintiendo mal, contame que sentís, que te pasa.*
- *No sé, ayer no tuve ganas de hacer nada, me la pasé todo el día encerrada. Estaba como enojada con la vida.*
- *Y eso no te venía pasando ¿no?*
- *¡No! Estaba re tranquila.*
- *Bueno, es probable que sea la medicación, así que quedate tranquila que acomodo el esquema y algunas dosis y te vas a volver a sentir como antes. De todos modos, por unos días vamos a reforzar con ansiolíticos para que no sientas todo eso, ¿te parece?*
- *Hago lo que me digas.*
- *Es muy importante que te hayas podido dar cuenta sola del cambio.*
- *Sí, es feo. No quiero volver a sentir las mismas cosas que sentía antes.*
- *Tranquila que para eso estoy acá. Hoy y mañana te vas a sentir más cansada, con más sueño... pero tranqui que esto pasa.*
- *Por favor... mañana es un día clave.*
- *Va a estar todo bien.*

Cuando terminé con Virginia me topé con Tomas a la salida del consultorio... él también estaba con su psiquiatra... pasaba al Módulo tres... así que nos fuimos al jardín, mate en mano, a festejar el progreso.

Cuando se fue lo abracé fuerte. "*Mañana nos vemos de nuevo*" me dijo, y yo esperaba con todas mis fuerzas que sea así.

A la tarde llegaron en patota las chicas.

Fueron dos horas de risas... no sé qué les pasaba, pero estaban todas prendidas fuego. Tiraban un chiste atrás del otro y se daban con un caño entre ellas por cosas que habían pasado en la semana... Y me di cuenta de lo bien que había hecho al restringirme a mí misma las visitas... una vez que te acostumbras a pasarla bien es muy difícil que un día te fallen... y yo no quería pasar por eso.

¡Estaban locas, las cuatro, pero cuanto las quería... y cuanto falta me hacían!

Llegó el lunes de veredicto y después del desayuno Marta me hizo una seña para que saliera con ella... y nos pusimos a conversar mientras ella se fumaba un pucho.

- *Que carita de pánico ¿eh?*
- *No jodas Marta, los lunes son una tortura...*
- *Te haces problema al pedo, si esta semana la pasaste re bien.*
- *Sí, pero qué sé yo... cada vez que hablo con Virginia o con Marcela no sé si están leyendo entre líneas y yo no me doy cuenta.*
- *Son buenas minas... ¡No te persigas!*
- *Ya sé, pero estoy acá para hacer un tratamiento, no son mis amigas.*
- *Me parece que lo que más te preocupa a vos es no poder seguirlo a Tomas...*
- *¡Por eso sos petiza! Por la maldad que tenés.*
- *Jajaja... yo soy mala, pero no me lo estás negando.*
- *Cortala, es un amigo.*
- *¡Si vos lo decís! Andá que en cualquier momento te llaman... Te espero para que me des el beso de despedida.*

Y a la diez me llamaron a juicio.

Cuando entré no me gustó lo que vi, Virginia no estaba sola, Marcela estaba ahí también. Calculo que mi cara habrá sido de pánico porque las dos, casi al unísono, me dijeron "*¡Esta todo bien!*".

Estaban preocupadas por el interés que tenía por Eugenia, por su historia y por querer ayudarla con sus hermanos. Les preocupaba que mi cabeza se quedara detenida ahí. Pero eso no era lo que me pasaba. Estaba preocupada, ¡sí! Pero confiaba en que Marcela iba a poder hacer algo y ella estaba preocupada por defraudarme.

Hablamos un rato largo y las tres nos pusimos de acuerdo en que no iba a ser una situación fácil, pero que íbamos a intentar hacer algo. ¡Sí! Íbamos. Porque tenían pensado incluirme en el proceso.

El tres me esperaba... la abracé a Marta y me fui... esta vez sin mirar hacia atrás.

## Capítulo 18

**18**

### **Tres y Cuatro: El comienzo del final**

“No hay final real. Solamente es el lugar  
donde detienes la historia”

Frank Herbert

La semana en el módulo tres fue sencilla.

Todo ocurrió casi de la misma manera que la semana anterior, con la salvedad de que no había restricciones a la hora de irse a dormir. Éramos libres de trasnochar si así lo deseábamos, pero a las siete debíamos levantarnos como todos los días.

Mis tiempos con Tomas iban sumando un poco de tensión con cada encuentro. No quería cometer los mismos errores que había cometido en el pasado. No quería irme a la cama con un hombre por necesidad... ahora sentía que estaba en el camino correcto y el paso que debía seguir era encontrar una persona por la que sentir amor, alguien que me ame y me respete como pocas veces lo habían hecho.

“Hacer el amor” era una frase que nunca había estado en mi vocabulario, siempre había dicho que el encuentro entre dos personas era solo sexo... que, aunque estuvieran juntas era un acto de placer individual y al día de hoy sigo pensando lo mismo. Pero quería experimentar la idea de irme a la cama con alguien que realmente me importara... y Tomas estaba ahí y era carne de cañón... realmente me interesaba, pero no lograba entender si lo que sentía surgía del aislamiento y de haber generado un lazo con él solamente o si realmente me pasaba algo que iba más allá.

No puedo asegurarlo totalmente, pero creo que él estaba en la misma situación.

Éramos como dos adolescentes con miedo a dar el primer paso.

Una noche nos quedamos en el parque hasta las tres de la mañana, había sido un día agotador para los dos y hablando logramos entender que los dos estábamos vacíos... Ninguno sabía cuál era el camino que debía tomar al salir de ahí y nos aterraba la idea de cagarla de nuevo.

Fantaseábamos con la idea de que cuando estuviéramos afuera íbamos a hacer un viaje por el norte del país, que íbamos a comprar una casa rodante para viajar cuanto quisiéramos.

Yo había decidido que iba a dejar mi trabajo y él había decidido que iba a buscar uno para poder tener una vida estable.

Nuestros caminos se tocaban en varios puntos y también se alejaban en muchos otros...

Pero imaginar no nos costaba nada... y hacía que los días se soportaran siempre un poco mejor... ya nos estaba costando el estar alejados del Mundo.

Esa noche Tomas me agarró la mano y sin mirarme dijo "*Prometeme que siempre vas a estar ahí para mí.*"

No pude responderle, no podía comprometerme a eso... pero el que calla otorga... y lo único que pude hacer fue apretarle fuerte la mano, como dándole a entender que iba a ser así.

Y me fui a mi cuarto sintiendo un poco de culpa y alegría.

Porque sabía que ese hombre quería estar para mi... y los miedos que siempre surgían cuando situaciones de este tipo se me ponían delante no habían aparecido.

Y me dormí tranquila pensando que quizás, por primera vez, algo realmente tenía sentido en mi vida.

¿Era algo que debía contarle a Marcela? Todavía estaba a tiempo, había pasado la sesión del jueves para el domingo porque tenía un viaje programado.

Algo en mí me decía que no abriera la boca y, por otro lado, sentía la necesidad de contarle lo que me estaba pasando... En los días que llevaba ahí había decidido no callarme nada.

El domingo llegó tan rápido que casi no me había percatado que al otro día era lunes... y los lunes eran cruciales.

Estaba en una encrucijada. ¿El deseo que sentía por Tomas podía dejarme una semana más en el tres o estaba bien que eso ocurriera? Lo habíamos hablado por arriba con Marcela en algún momento, pero, ¿había sido una prueba superada o realmente no había ningún problema con eso?

Ese domingo Marcela llegó apurada, y planteó la sesión como si se tratara de un trámite que tenía que terminar lo más rápido posible... y en ese contexto me ganó el silencio... era preferible callar y no exponerme. Estaba con la mente en otro lado, realmente no era la misma de siempre y no se lo cuestioné. Ella también podía tener un mal día.

El pase al módulo cuatro llegó sin problemas... me quedaba solo una semana... solo siete días para volver a mi casa y a mi vida.

Pero esos siete días los iba a vivir con bastante miedo.

Tenía dos opciones. Calmarme y dejar que el tiempo siguiera su curso para enfrentarme a la realidad cuando estuviera afuera o empezar a preocuparme de antemano.

Claramente ganó la segunda.

Y las dudas se me vinieron encima como una avalancha.

Hablábamos mucho con Tomas del tema... él también tenía mucho miedo de pisar la calle nuevamente y de no poder soltar la vida a la que se había acostumbrado y a mí me pasaba lo mismo.

No sabía cómo iba a ser volver a todo lo que me había rodeado hasta hacía tres semanas atrás. El trabajo, mi casa, la gente... pero lo que más miedo me daba era la libertad, la misma que me había dado tanto miedo perder cuando había llegado ahí.

Necesitaba que Virginia y Marcela me explicaran que era lo que me estaba pasando... aunque eso me dejara una semana más encerrada.

Pedí hablar con Virginia, ese día estaba en el centro así que no tuve que esperar.

Consultorio y a largar todos los miedos que me estaban paralizando... iba por más medicación, iba por algo que callara a mi cabeza.

- *Hola Vir, perdón si te molesté.*
- *¡No! Si estaba acá. Sentate.*
- *Tengo miedo de salir. De no poder y de recaer... viste como es, acá estoy controlada, no sé qué va a pasar afuera.*
- *Para tu tranquilidad es el mismo miedo que tienen todos los pacientes en esta etapa del tratamiento. Así que no te está pasando nada raro. Algunas personas lo manejan mejor que otras...*
- *Bueno, eso me deja más tranquila, pensé que era algo que me estaba pasando a mí solamente.*
- *¿Tomas que siente?*
- *Lo mismo que yo.*
- *¿Viste? Le pasa a la mayoría.*
- *¿Pero qué se supone que tengo que hacer? ¿Vos me podés dar algo que no me haga pensar todo el día en esto?*
- *¿Vos querías eso?*
- *Sí, no quiero darme manija todo el día.*
- *No va a pasar Ceci... la primera semana del tratamiento y la última son cruciales. Cuando salgas de acá vas a enfrentarte de nuevo con todo lo que dejaste y darte más medicación de la que estás tomando no es la solución. En esta semana tenés que poder aplicar todas las herramientas que se te dieron para poder sobrellevarla.*
- *¿Y si no puedo?*
- *Y si no podés lo vas a tener que intentar hasta poder.*
- *Te entiendo.*
- *No hay magia en esto. La medicación ayuda... nada más. El resto tiene que salir de vos. Durante tres semanas pudiste y ahora vas a poder también. Concentrate en lo que querés para vos cuando pongas un pie afuera, eso te va a ayudar a centrarte y a no estar pensando todo el día en que no vas a bancártela. Confío en que es un proceso más y estás preparada para pasarlo sin problema.*
- *Si vos lo decís...*
- *Yo lo digo, pero vos te lo tenés que creer... ¿Si no cómo vas a hacer? Vos tenés que creer en la capacidad que tenés para resolver esto.*
- *Lo sé. Y voy a intentarlo.*
- *Esa es la actitud.*
- *Gracias por estar.*
- *Gracias a vos por confiar. Esta semana voy a andar mucho por acá... cualquier cosa avisás y me llaman.*
- *Dale.*

Yo tenía que poder, en esas tres semanas me habían enseñado técnicas de meditación, respiración, había hablado sobre mi problema hasta el cansancio y hasta había aceptado que tenía una enfermedad y todo eso no

iba a ser en vano.

No iba a seguirlo a Tomas en su paranoia... quizás lo más sano era alejarme de él o también podía hacerle entender lo mismo que estaba tratando de digerir yo... y fue lo que hice.

Lo entendió, era muy inteligente. Sabía que si él seguía en la misma postura yo no iba a poder estar a su lado... y también sabía que era lógico lo que Virginia me había dicho... que nos habían preparado durante tres semanas para afrontar lo que venía... y nos teníamos que hacer cargo de eso.

Nos volcamos mucho a la música, nos distrajimos pintando y dibujando, a veces nos separábamos para leer un rato y nos volvíamos a juntar para respirar. Habíamos hecho el camino juntos y lo íbamos a terminar juntos... lo que no sabía era que ese "juntos" iba a implicar otras cosas.

El miércoles, después de cenar, Tomas me agarró de la mano y me llevó a su cuarto. Y mientras caminábamos por el pasillo los dos sabíamos lo que iba a pasar y ninguno se detuvo.

Ese miércoles, desnuda en una cama, entendí que mi concepto sobre los hombres estaba totalmente equivocado. Tomas se había dedicado a mí por completo, me había dado tanto placer como era posible y yo había dejado que eso suceda sin poner ninguna traba ni querer dominar la situación como lo había hecho siempre. En la cama siempre había mandado yo... algunas veces hacía concesiones, pero nunca le había entregado mi cuerpo a nadie con la guardia baja... siempre alerta para que pasara lo que yo quería que pasara.

Esa noche, no tuve ganas de decidir y dejé que él lo hiciera por mí. Y sentí como el pecho me explotaba de... ¿Amor?

Necesitaba hablar con Marcela... ella era la única que iba a poder ubicarme en tiempo y espacio... el amor no era para mí y eso lo tenía claro.

Marcela llegó como siempre ese jueves y sin que yo le dijera nada me pidió disculpas por la sesión de la semana anterior. Se había dado cuenta de lo que había pasado...

- Ceci, te pido perdón. El domingo no estuve a la altura. Y agradezco que no me hayas dicho nada, pero deberías haberlo hecho.
- No Marce. Sos una persona como cualquier otra... habrás tenido tus motivos.
- Creeme que sí, pero no debería haberlos traído acá.
- No importa, ya pasó... quedate tranquila.
- Me asusta un poco que te lo tomes así.
- No te asustes... algo aprendí en mi estadía.
- Bueno... ¡Gracias! La verdad no me quedé bien.
- Ya está... no tenés que explicarme ni agradecerme nada.
- Bueno... contame de vos... es la última semana.
- Sí, ya estoy en la recta final. Tuve mucho miedo los primeros días, pero hablé con Virginia y eso me dejó mucho más tranquila.
- Miedo a salir me imagino...
- Sí, y a lo que pueda llegar a pasar... pero me quedo con lo que me dijo Virginia... yo tengo las herramientas y voy a poder.
- Obvio que vas a poder. Confío en eso.
- ¡Gracias! Pero pasó algo que espero que no me juegue en contra.
- Contame.
- Anoche estuve con Tomas.
- Pasaste el límite.
- Pasamos el límite... era algo que queríamos los dos.
- ¿Y qué sensación te quedó?
- Ese es el problema... esta vez no fue solo sexo.
- ¿Eso qué significa?
- No sé qué significa, pero algo fue distinto.
- No entiendo.
- Marce, cada vez que yo me iba con un tipo a la cama lo elegía, lo usaba y seguía con mi vida... Anoche todo fue distinto... no quise dominar la situación, solo deje que pasara y pasó y me encantó... hasta pude quedarme abrazada a él después... me quede ahí y no hui como hice siempre.
- Antes tenías sexo y te ibas.
- Totalmente, quedarme abrazada a alguien no era para mí, incluso con Ariel... siempre que terminábamos me levantaba de la cama con algún pretexto.
- Eso habla de que algo en vos cambió.
- Decime que no es amor...
- Quizás lo sea.
- Yo no me quiero enamorar y menos ahora.
- Una no elige Ceci... el amor llega y te sacude como un terremoto. No podemos elegir qué sentir en una situación así... nos podemos correr, pero tiene un costo. Vos lo sabes muy bien... estuviste esquivándole al amor toda tu vida y tuvo un costo. Ahora te toca elegir.
- Es que no sé si lo que me pasa con Tomas es real o es por el encierro y la relación que mantuvimos acá.

- *¿Cuál es tu miedo? ¿Qué pensás que te va a pasar si realmente te enamoras?*
- *Siento que voy a perder el control y no me gusta hacerlo.*
- *Anoche lo perdiste y se sintió bien ¿o no?*

Es esa era Marcela, la que con sus preguntas me hacía entender cosas que yo no veía. A veces la entendía... otras me dejaba pensando y me caía la ficha después y en algunas ocasiones no entendía nada.

- *Sí, se sintió bien. Pero no sé si me podría bancar esto durante mucho tiempo.*
- *¿Y si en vez de adelantarte vas día a día? Puede que todo vaya bien como no. Pero para qué pensar ahora en qué va a pasar en un futuro.*
- *Creo que para no sufrir más adelante...*
- *Bueno... vivir es un poco eso Ceci, es como dice el dicho, "El que no arriesga, no gana"*
- *No me gusta lastimar a la gente, ya lo sabés. No me gustaría lastimarlo... Tomas es buen tipo, se le nota.*
- *Y vos sos buena mina. Y terminar una relación, en el caso que eso suceda no te convierte en mala persona.*
- *Sí Marce... qué sé yo. Tengo que aprender a pensar un poco más en mí y no en lo que le pasa al resto.*
- *Creo que sería un buen punto de partida. Que te arriesgues con Tomas y que después las cosas no salgan como querías no significa que esté mal. No es algo premeditado para lastimarlo.*
- *¿Lo que pasó lo vas a informar?*
- *No creo que sea necesario. Pienso que diste un paso muy grande y es parte del tratamiento también.*
- *Genial, porque tenía miedo de contártelo... no sabía si esto sumaba o restaba. Pero no quería callármelo. Si tenía que pasar otra semana acá lo iba a hacer. Ya no quiero callarme las cosas y menos con vos.*
- *Otro cambio en vos que es consecuencia del tratamiento. Solo escucho cosas positivas... por mi parte no considero que sean cosas que deban ser informadas.*
- *Bueno. Gracias. Entiendo que estoy haciendo bien las cosas.*
- *Qué bueno que eso salga de tu boca y no de la mía.*
- *Sí, me lo propuse y creo que lo estoy logrando.*
- *Yo opino lo mismo.*
- *Esta es la última vez que te veo acá adentro. El próximo jueves va a ser de nuevo en el consultorio de siempre...*
- *Eso es bueno ¿no?*
- *Sí, creo que sí. Van a ser tres días fuera de acá antes de vernos, creo que es tiempo suficiente para procesar el primer impacto... así que ya te contaré como me trata Buenos Aires.*
- *Buenos Aires sigue igual de caótica que siempre... con la diferencia de que ahora, la tranquilidad está dentro tuyo y ya no tenés que salir a*

*buscarla.*

*- ¿Y con Tomas afuera?*

*- Con los dos afuera verán como sigue lo que empezó acá...*

*- Ok. Día a día.*

*- Tal cual...*

*- Entiendo... bueno, el jueves que viene donde siempre... si es que todo está bien y me dan el alta.*

*- Yo creo que va a estar todo bien.*

*- Gracias Marce, y perdón por haberte dicho todas las cosas que te dije al principio.*

*- No tenés que pedirme perdón por nada. Ya pasó. Hoy estamos acá y eso es lo importante.*

Era jueves y el domingo a Tomas le daban el alta. Eso estaba bien.

Esas tres noches volvimos a repetir el encuentro... y yo me quedaba ahí, quizás porque había encontrado un pecho en el cual descansar, quizás me estaba enamorando o quizás no y era solo ese momento en particular... tenía mucho en que pensar. Y a pesar de que el miedo seguía apareciendo sabía que Virginia y Marcela iban a estar ahí para mí. Y esperaba, con todas mis fuerzas, que Tomas no desapareciera de la faz de la tierra cuando pusiera un pie en la calle.

Lo hablamos. Algo había pasado, algo nos había unido. Y como seguir afuera no era un miedo solo mío... era un miedo compartido.

Tomas también le había escapado al compromiso toda su vida... quizás por su estilo de vida o simplemente porque no había sentido la necesidad de compartir su vida con nadie más que consigo mismo.

Me había prometido que el lunes iba a estar esperándome en la puerta y le pedí que no lo hiciera. Lili iba a venir a buscarme y eso era lo que necesitaba. Era imprescindible para mi volver a la realidad sin él. Porque necesitaba ese tiempo de soledad para dejar que todo decante.

El domingo nos despedimos sabiendo que no iba a pasar mucho tiempo hasta volver a vernos. Él debía acomodarse y yo también y después el espacio nos iba a volver a juntar o no.

El día de mi salida fue bastante movilizante para mí... me despedí de los pocos con los que había cruzado palabra y dediqué un tiempo a

despedirme de Marta.

- *Te vas Ceci... ¡Ahora a ponerle el pecho! No vas a aflojar ¿eh?*
- *Sí, es difícil. Pero creo que va a estar todo bien.*
- *Tomá, guardalo. Ahí está mi celu, así seguimos en contacto y nos encontramos algún día para ver como seguís. Contás conmigo siempre.*
- *Gracias Martita... quizás no te diste cuenta, pero tenerte acá me fue de gran ayuda.*
- *¡Bueno, no te pongas sentimental que soy de lagrima fácil! Anda a preparar tus cosas así salís de una vez.*
- *En serio, gracias por todo.*

Marta había sido fundamental en mi paso por el Centro, muchas veces cuando me sentía sola, aprovechaba su descanso para hablar con ella. Y siempre me sacaba una sonrisa... siempre. Tenía tanta energía y tanta fortaleza que no había manera de voltearla. Y supongo que se debía a que la felicidad le salía del corazón. No sabía casi nada de su vida, lo que sí tenía en claro es que había sabido cómo vivirla. Quizás me aferre a ella porque tenía un poco de Lili. Dos minas grandes que habían sabido vivir y pasar las adversidades de la vida asumiendo que era lo que les había tocado, pero nunca, jamás, nada las había detenido.

Volví a mi cuarto, guarde la ropa y el cuaderno en un bolso, me puse la guitarra al hombro y salí caminando despacio... como si no quisiera irme... como aletargando el tiempo. En la puerta Marta me despidió con un beso y un abrazo que se iban a quedar en mí para siempre. Del otro lado del vidrio, Lili, con toda su templanza y sabiduría me estaba esperando para darme la mano y ayudarme a cruzar la puerta que me alejaría para siempre de ahí... y así fue como ese mes de encierro había terminado.

Un mes... solamente un mes... y hubiera querido que fuera un año.

## Capítulo 19

**19**

### **Amor vs deseo**

“Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea,

ni todo lo que se desea se ama”

Miguel de Cervantes

A partir del momento en el que salí del Centro mi vida se había puesto en riesgo de nuevo.

Mi casa seguía igual que siempre. Cada cosa en su lugar... alguien se había encargado de limpiar el desmadre que habíamos armado con las chicas ese día.

Entré al baño tratando de buscar algún indicio de la decisión que había tomado un mes atrás... pero no había nada.

Acomodé la guitarra en su lugar. Desarmé el bolso y puse sobre la mesa las cajas de los remedios que debía tomar a diario.

A un costado el celular, sin batería, que temía volver a encender.

Nadie me había contado que había pasado después de la denuncia que le había hecho a Ariel, no sabía cuales habían sido las repercusiones.

No tenía ganas de leer mensajes de gente que no significaba nada en mi vida, pero que seguramente habían aparecido para figurar.

Lili había querido quedarse en casa esa noche... pero mi negativa fue más grande que su insistencia. Esto debía hacerlo sola.

Me encontraba bastante perdida... a pesar de que ese siempre había sido mi lugar, el lugar donde me escondía del Mundo, ahora sentía que me asfixiaba...

Dejé cargando el celular, en algún momento debía volver a encenderlo para comunicarme con el resto de las personas, sobre todo mis amigas y

Lili que eran quienes iban a estar pendientes de mí.

Tomé el cuaderno donde venía anotando frases sueltas y las releí una por una. Y en ese momento sentí la necesidad de empezar a escribir algo más, algo que tuviera sentido para mí y las palabras empezaron a fluir, y me sentí atrapada... y encontré en la escritura una manera de comunicarme conmigo misma... todo eso que no podía decirme a mí misma me encontraba leyéndolo. De alguna manera, un tanto extraña, empecé a comunicarme con mi cabeza a través de la mano. Como si fueran seres individuales... no entendía muy bien cómo funcionaba. Creo que escribía sin pensar y pensaba cuando leía lo que había escrito... en fin, era una manera de seguir hablándole a mi interior y no dejar que se callara nuevamente.

Después de unas horas atrapada en el cuaderno decidí que debía encender el celular, pero había resuelto que un reinicio de fábrica iba a ser lo mejor. Perdería todo el contenido, pero era mejor que enfrentarme a un WhatsApp lleno de mensajes que no quería leer y eso fue lo que hice.

Esta era una nueva etapa en mi vida. Y no quería encontrarme de nuevo con cosas del pasado.

Había perdido todos los contactos... pero los que me interesaban me los sabía de memoria. Agendé a mi entorno más íntimo nuevamente y me propuse olvidar aquellos que no quería volver a cruzar jamás.

Mi celular no tenía pasado y yo tampoco. Los dos arrancábamos de cero.

Tenía seis meses por delante sin nada que hacer más que dedicarme a mí. Virginia me había extendido una Licencia psiquiátrica y me seguirían pagando un sueldo, aunque no fuera a trabajar. No era algo que yo hubiera hecho en otro momento, pero ahora lo necesitaba.

Y empecé a vivir de nuevo...

Pasaron quince días sin noticias de Tomas... y eso estaba bien para mí. A pesar de que lo extrañaba horrores, tenerlo lejos me daba el espacio suficiente para arrancar por mis propios medios y creo que se ausencia se

debía a lo mismo.

Psiquiatra y psicóloga una vez por semana... días en la plaza tirada al sol leyendo o escribiendo... otros, encerrada mirando series interminables...

Lili, que aparecía una o dos veces por semana y me entretenía contándome sus historias y las chicas... que siempre estaban al pie del cañón.

Creo que durante un tiempo quedé en stand by... sin bares, sin telos, sin deseos, sin nada más que mi cabeza y yo.

Y después de un mes y pocos días sonó el celular desde un número desconocido.

- *Hola...*
- *Ceci. Soy Tomas...*
- *...*
- *¿Estás?*
- *Sí, Tomas. Acá estoy. ¿Cómo estás?*
- *Bien, ¿vos?*
- *Bien... llevándola.*
- *Tengo muchas ganas de verte.*
- *Yo también.*
- *Puedo ir a tu casa si tenés ganas.*
- *Sí, te espero. Anotá la dirección.*

Y Tomas había vuelto... e iba a estar ahí en unos minutos... y yo estaba muerta de miedo. No sabía que iba a sentir al verlo, ni sabía qué debía decir después del tiempo que había pasado... y no dije nada.

Fue solo abrir la puerta y encontrarme en sus ojos lo que me dieron la llave para abrir ese candado que nunca había querido abrir.

Sentía amor por él, aunque quisiera negarlo, aunque me dijera a mí misma que no era el camino. Ahí estábamos los dos, frente a frente de nuevo, mudos... inmóviles... esperando que alguno dé el primer paso como lo habíamos hecho un par de meses atrás... y volvió a agarrarme de la mano y volvimos a ser eso que habíamos sido por cuatro noches... pero esta vez iba a durar un poco más.

No tengo mucho más para agregar sobre mi vida en ese lapso de tiempo...

Con Ivana, una asistente social, y las herramientas de Virginia y Marcela, habíamos ayudado a Eugenia y a sus hermanitos, habíamos logrado que su abuela se quedara con la custodia total de los cinco, y cada tanto la iba a visitar para saber cómo estaba.

Dos veces por semana iba como voluntaria a un Hogar de niños donde le daba una mano a los chicos que tenían dificultades en la escuela y muchas veces solo me dedicaba a escuchar lo que tenían para decir... porque alguien debía prestarles el oído y yo estaba dispuesta a no silenciarlos.

Con Tomas nos habíamos convertido en todo lo que estaba bien... durante tres años fuimos amantes, amigos, cómplices... fuimos lo que habíamos empezado en un lugar de mierda y nos había sacado a flote.

Fueron tres años acompañándonos, cuidándonos, dejando que la vida nos sorprendiera a diario.

Yo había renunciado a mi trabajo y estaba trabajando en la empresa de Sofi, tenía un buen puesto y ganaba lo suficiente para estar tranquila.

Tomas había empezado a dar clases de música en dos escuelas primarias y clases particulares de guitarra en su casa. Su familia lo había apuntalado al principio y él había puesto tanto de sí que logró salir adelante sin ningún problema.

Cada tanto nos planteábamos la idea de vivir juntos, pero después desistíamos... a los dos nos gustaba la soledad.

Pero hay cosas que no se olvidan... y hay sentimientos que, aunque queramos enterrar tres metros bajo tierra... afloran.

Un día, después del trabajo nos fuimos con Sofi a tomar una cerveza a un barcito de Recoleta, era un lugar acogedor, no había multitud de gente, tenía pocas mesas y era uno de los pocos lugares donde no ponían la música a todo volumen y se podía hablar sin tener que estar a los gritos...

Y sin quererlo la vida me iba a enfrentar a un desafío de esos que pocas veces podemos resolver sin salir heridos en el camino.

Solo tuve que dar vuelta la cabeza para ver que, en la vereda, estaba el pasado en cuerpo presente.

Sentado, leyendo un libro... Iñaqui.

Habían pasado años desde la última vez que lo había visto y seguía igual que siempre... Y la cabeza me recordó que había una cuenta pendiente entre nosotros, y todos los impulsos que había logrado controlar hasta el momento se fueron a la mierda.

Seguí hablando con Sofía, pero mi cabeza estaba puesta ahí, en ese hombre que era parte de mi pasado, pero que jamás había hecho nada para estar en él.

Me despedí de Sofi que se ofreció a llevarme y me quedé parada en la esquina... Seguía de largo o volvía para al menos saludarlo... Y volví, porque hay cosas que nunca sucumben, aunque queramos matarlas y mi tendencia a la autodestrucción había aparecido de nuevo, de la nada.

- *¿Iñaqui?*

Levantó la cabeza y me miró.

- *¿Cecilia? ¿Qué haces acá? ¡Sentate!*

- *¿Cómo estás? Mil años que no te veo...*

- *¡Sí! Intenté comunicarme con vos durante un tiempo, pero no te llegaban mis mensajes... pensé que habías cambiado el número y no tenía manera de ubicarte.*

- *Sigo teniendo el mismo de siempre, pero estuve ausente un tiempo... Contame de vos, ¿te casaste con la Jujeña al final?*

- *¿Clara? No. Estuvimos bastante tiempo juntos, pero la distancia nos hizo mierda. No la pudimos bancar.*

- *Estabas re enamorado me acuerdo...*

- *Sí, Clara fue súper importante para mí... pero ya pasó. Hay que saber seguir...*

- *Bueno, lamento eso.*

- *Hay cosas peores Ceci. Contame de vos...*

- *Yo bien, estoy saliendo con Tomas hace varios años... algún día me gustaría presentártelo. Después el laburo y algunas otras cosas por ahí.*

- *Así que Tomas... bueno, me alegro por eso. Debe ser buen tipo si lo elegiste y lo seguís eligiendo.*

- *¡Sí! Es todo lo que está bien.*
- *¡Brindemos por eso entonces!*
- *Primero pidamos algo para tomar. ¿Cerveza?*
- *Dale.*

Y pasamos un rato largo hablando de nuestras vidas, de los proyectos, de los cambios, del futuro.

Cuando volví a casa le conté a Tomas que me había vuelto a encontrar con un amigo del pasado, con una buena persona que quería tener en mi presente y no dijo nada... solo se alegró por mí. Jamás me iba a hacer una escena de celos, nunca, por más que por dentro se estuviera muriendo de ganas... y yo sabía que era así. Pero hacía muchos años que ya no ocultaba las cosas y tampoco iba a hacerlo en ese momento.

Iñaqui había vuelto a aparecer y no se iba a ir así de fácil... Yo no iba a dejar que eso suceda... Porque la Cecilia de algunos años atrás estaba mostrando de nuevo los dientes...

Y se hizo presente a diario... hablábamos todos los días y cuando no lo hacíamos por chat era porque nos encontrábamos a tomar algo.

Pero no lo había dejado afuera a Tomas. A pesar de que no sabía que mi relación con Iñaqui era tan estrecha, los había presentado y salíamos a tomar algo todos juntos de vez en cuando, y en algún momento, nunca supe cuándo, se hicieron amigos.

Ahora era parte de la vida de los dos, aunque Tomas no supiera toda la verdad.

Iban juntos a jugar a la pelota, salían solos algunas veces y hasta organizaban cenas en alguna casa y me lo informaban después.

Dos por tres Iñaqui aparecía con alguna chica y creo que eso le daba tranquilidad a Tomas, pero en mi se acrecentaban las ganas de cumplir con lo que había dejado pendiente años atrás.

Y una noche, sin pensarlo, lo invité al departamento. Nunca nos encontrábamos a solas en lugares que no fueran públicos, probablemente

porque era la manera que encontraba de frenarme a mí misma.

Y sucedió lo que debía suceder, porque ya no éramos amigos... y los dos sabíamos eso.

El tiempo transcurrió y en ningún momento pude frenar lo que estaba ocurriendo. Todo siguió como si nada pasara.

Mientras yo me encontraba con Iñaqui a coger, Tomas organizaba una cena de a tres.

Estaba viviendo al límite y me callé. Nunca se lo conté a Marcela... y la presión comenzó a aumentar y los días se empezaron a poner más densos...

Y empecé a oscilar entre el amor y el deseo... como un equilibrista con cada uno de los sentimientos en la punta del contrapeso y la cuerda como mi vida...

Fueron meses interminables planteándome volver a la vida que tenía con Tomas, que era lo que estaba bien... y, por otro lado, dejarlo, para vivir lo que estaba viviendo con Iñaqui sin culpas, aunque supiera que, con él, jamás iba a llegar a ningún lado.

Pero no tenía motivos concretos para cortar una relación de tantos años y empecé a inventarlos.

Y la relación empezó a ir cuesta abajo... Empezaron las peleas sin sentido, los días separados sin hablarnos y los reencuentros que lo eran todo, pero yo seguía negando.

Y un día Tomas dijo las palabras mágicas... las que me iban a liberar de una vez por todas. *"Tengo ganas de hacer un viaje solo"*.

Y ese era el motivo que estaba esperando para mandar mi vida a la mierda... otra vez.

Después de una semana de no verlo lo cité en un bar para decirle que lo nuestro se había terminado.

Era libre.

## Capítulo 20

**20**

### **Diagnóstico**

“La muerte no existe, la gente solo muere cuando la olvidan;  
si puedes recordarme, siempre estaré contigo.”

Isabel Allende

Nueve mensajes, nueve... en los que habría podido frenar todo lo que había pasado, pero mi manera de evadir la realidad fue silenciar el chat. Como siempre, huyendo...

Me había pasado la vida corriendo en dirección contraria a todo lo que me hacía bien. Nunca había frenado.

Siempre ocultándome, siempre ausente... tratando de no exponer todo lo que aún, después de tantos años, seguía en carne viva. Y cuando se vive de esa manera no hay felicidad, no hay consuelo, no hay nada que nos deje ser... sino más bien solo andar y seguir sin reparar en cómo los años se van.

Y a mis cuarenta años no me había quedado nada. Porque me había empeñado en soltar lo bueno y agarrar lo malo, porque así me había acostumbrado a vivir, porque en las malas me habían enseñado a manejarme... pero en las buenas, en los momentos de felicidad, siempre estaba aterrada, nadie me había mostrado como transitarlos sin sentir que la piña iba a llegar desde algún lado.

Me quedé pensando en esos nueve mensajes que Tomas me había enviado antes de matarse y en que si solo hubiera respondido uno no habría pasado nada.

No había querido que eso sucediera, pero sentía que era mi culpa. Y tenía razón cuando me había dicho que yo no sabía amar... porque era una de las tantas cosas a las que le había escapado toda mi vida.

Esos años con él habían sido maravillosos... y si eso era el amor lo había tirado a la mierda por la puta costumbre de vivir al límite.

Lo llamé a Iñaqui, pero nunca atendió, él siempre había sabido cuando debía pegar el volantazo que lo alejara de las situaciones en las que no estaba cómodo o de las que podía salir herido. Así era él y yo estaba enganchada a su piel como anzuelo en la boca de un pez.

Me quedé esperando que me devolviera el llamado, pero nunca pasó. Tampoco respondió los mensajes que había leído... había desaparecido de la escena del crimen como un ladrón de guantes blancos sin asumir ningún tipo de responsabilidad, sin hacerse cargo de nada.

Tomas había decidido terminar con su vida sin siquiera pensarlo un minuto. En todos los años que llevábamos juntos los dos habíamos olvidado lo que nos había puesto en el mismo camino.

El Centro, el que habíamos transitado juntos y el que nos había devuelto a nuestras vidas.

Los dos estábamos enfermos, los dos éramos suicidas... y aunque el tiempo nos había dado una tregua y la medicación que tomábamos a diario nos aplacara los sentimientos, éramos un volcán activo a punto de estallar.

Y yo había levantado la temperatura dentro de él y la erupción fue inmediata.

Ya no había vuelta atrás...

Mi vida se había derrumbado por completo... de esto no se salía. No había manera.

Mi cabeza empezó a recorrer mi historia, una historia bastante chata y aburrida para cualquiera que la escuchara, porque a pesar de todo lo que había vivido siendo una nena, lo que siguió después fueron años de nada.

Recorrí mi casa, miré todos los objetos que había puesto en cada lugar en algún momento y por alguna razón.

En la biblioteca del living una foto con mis amigas en el cumple de Lore, un estante más abajo "El Principito" un libro que me había regalado mi tía, a los diez años, cuando todavía no podía entender el mensaje que realmente nos dejaba.

Al lado del televisor una foto con Tomas en un viñedo de Mendoza...

Y algunos otros recuerdos de días en los que había bajado la guardia y había sido feliz... momentos, instantes representados por objetos que inconscientemente había guardado y colocado estratégicamente por toda mi casa.

Me senté en el sillón, miré a mi alrededor, y me di cuenta de que ya no había motivos para seguir.

La había cagado mal.

Agarré el cuaderno y escribí tres cartas.

### **Carta 1**

*Tía, sé que esto va a ser devastador para vos, sé que hubieras preferido que siguiera, aunque se me fuera la vida en ello. Pero vos sabés que un pájaro no puede vivir enjaulado... y yo no quiero vivir encerrada de por vida en esto en lo que me metí. Fue mi culpa... y las culpas no te dejan vivir.*

*Fuiste todo para mí... quiero que sepas eso. Que sin vos no hubiera llegado hasta acá.*

*Que tu vida fue mi inspiración.*

*Que tus palabras fueron la mejor medicación que alguien podía darme, porque me abrigaban el alma.*

*Gracias por todas las veces que me contuviste y todas las veces, que, siendo una nena, tomaste mi mano porque sabías que me estaba hundiendo.*

*Gracias por haberme escuchado cuando nadie lo hacía y por darme oxígeno en tu casa cuando en la mía me estaba ahogando.*

*Sé que te va a costar... que me vas a putear mil veces antes de perdonarme... pero acá te dejo las cinco fotos que me diste algunos años atrás, para que la juntes con la que me tomaste en el Centro, al lado de la ventana... ¿Te acordás? Esas seis fotos soy yo... en esas seis fotos vas a encontrarme cada vez que pienses en mí y en por qué decidí tomar esta decisión. Y cuando tengas ganas de recordarme feliz... mirá las paredes de tu cuarto, donde pusiste un montón de fotos mías y ahí me vas a volver a encontrar.*

*Voy a seguir estando acá... vos lo sabés.*

*Porque sé que, si hay alguien en este Mundo que jamás me va a olvidar, esa vas a ser vos.*

*Y cuando te acuerdes de mí, de Tati, acordate de las salidas a la plaza. De las charlas mates de por medio. De mi risa escuchando tus historias y mi admiración cuando agarrabas mis guitarras y tocabas canciones que ya casi quedaron en el olvido.*

*Ahora son tuyas... tenelas cerquita... muchas veces me sacaron del fondo del mar. Tocalas para que no se olviden de su propósito y recordame en cada acorde.*

*Voy a seguir viva en esas seis cuerdas.*

*Y nunca, por nada del Mundo, te olvides que te amé con el alma entera.*

*Hasta siempre.*

*Tati*

**Carta 2**

*Lore, Sofi, Marian, Carli... las cuatro columnas que sostuvieron mi Mundo... las que me bancaron toda la vida.*

*Ustedes me conocen.*

*Ustedes saben cómo soy.*

*¡Y sí, la cagué una vez más!*

*A las cuatro quiero decirles GRACIAS.*

*Perdónenme, sé que no les va a ser fácil. Pero espero que en algún momento puedan hacerlo.*

*No quiero llantos, ni velorio, ni coronas de flores. Ya saben. Nada de eso.*

*Y les dejo la responsabilidad de cumplirlo, porque toda la vida les dije lo mismo, el día que me muera se la ponen en la pera y brindan por mí, cuantas veces sea necesario, hasta que el dolor pase.*

*No quiero que me recuerden todos los años para el aniversario de mi muerte. Mejor, cada vez que se junten, brinden por mí.*

*Y no importa lo que pase de ahora en más, porque desde donde esté las voy a seguir cuidando.*

*Quiéranme como hasta ahora... con todos mis defectos y virtudes... y si tienen ganas acuérdense de todos los momentos en los que fuimos felices las cinco juntas, que fueron muchos, y no saben cuántas veces, sin saberlo, me sacaron a flote.*

*Amigas, las quiero.*

*Dejo este Mundo sabiendo que cada una tiene una vida... la que le tocó... pero una vida. Aférrense a ella más que a nada.*

*Cúidense entre ustedes porque los amigos son la familia que una elige.*

*Nunca se suelten la mano... y si la vida las aleja en algún momento, acuérdense que por algo caminaron tantos años juntas.*

*Les dejo a cada una un poquito de mí. Llévenlo siempre con ustedes.*

*Yo, por mi parte, me voy con el corazón repartido en cuatro y en cada pedacito un nombre, el de cada una de ustedes.*

*¡Siempre juntas, con una copa en alto, brindando!*

*Hasta Siempre.*

*Ceci*

### **Carta 3**

*Marce, para cuando leas esta carta ya no va a haber palabras que me rescaten.*

*Quiero que sepas que esta decisión es consecuencia de no haberte contado algunas cosas... Así que no te plantees en ningún momento si hiciste bien tu trabajo o no.*

*Yo me callé y este es el resultado. No tengo ninguna duda de que, si lo hubiera hablado con vos, el desenlace, hubiera sido otro.*

*Vos mejor que nadie sabe que siempre jugué con la muerte... y hoy es la final... y la quiero perder.*

*Hace algún tiempo me convenciste de que vivir era mejor que morir... Hoy, para mí, es mejor abandonar todo que vivir con el dolor.*

*Sé que no vas a entenderlo porque nadie como vos hizo todo lo que estuvo a su alcance para marcarme el camino.*

*Pero hace algún tiempo el camino se torció... y me llevó al precipicio.*

*Creo que la Ceci que conociste en esa primera sesión siguió viva en mí durante todo este tiempo... adormecida, pero viva.*

*Espero que me creas cuando te digo que lo intenté... que no quise fallarte como lo estoy haciendo. Pero hay cosas que por más que queramos*

*esconder siempre vuelven a aparecer.*

*Y mi pasado lo había escondido en un cajón... y algunas hojas cayeron por detrás y lamentablemente las volví a leer.*

*El suicidio de Tomas fue mi culpa. A vos puedo contarte la verdad.*

*Yo lo llevé con mis actos hasta el andén para que se tirara debajo del tren... Durante muchos meses viví entre el amor que sentía por él y el deseo que sentía por Iñaqui. Nunca te lo conté... pero fue así. Sostuve mi vida como un globo mientras la presión iba en aumento... y explotó.*

*No te preguntes por qué no te lo conté.*

*No lo hice y punto.*

*Yo elegí esquivarte y vos no tenías la bola de cristal para darte cuenta de que la había empezado a caretear de nuevo.*

*Me llevo la imagen del título colgado en la pared más chiquita del consultorio... nunca te lo dije... pero ese diploma tan chiquito, medio escondido, fue lo que me hizo elegirte para siempre. El día que lo vi supe que no te importaba el reconocimiento de tus colegas ni las condecoraciones... lo tuyo era vocación. Y se te notaba en los ojos.*

*Seguramente nadie te lo dijo... pero a veces decís más con la mirada que con las palabras y eso me lo llevo conmigo.*

*No pongas mi caso en tu lista de errores, no te juzgues como profesional. Te juro, por esta vida que estoy dejando ir, que si no fuera por vos no hubiera conocido lo que era el amor, la aceptación, transitar la vida y vivir día a día con lo poco o lo mucho que tenía a mi alcance.*

*Te dejo toda mi historia para que hagas lo que quieras con ella. La conoces de principio a fin y te libero del secreto profesional, si contarla ayuda a alguien más tenés todo mi apoyo.*

*Te dejo el mismo abrazo que me diste la primera vez que te vi.*

*Hasta Siempre.*

*Ceci.*

Arranqué las hojas del cuaderno y dejé las tres cartas sobre la mesa.

Me senté a esperar que la noche esté en silencio. Que nadie me preguntara como estaba para no llamar la atención cuando no respondiera el mensaje.

Había pensado las maneras en las que podía hacerlo...

Dejar abierto el gas de la cocina hasta quedarme dormida, tomarme toda la medicación que tenía a disposición en mi casa, pero eran maneras lentas de morir. Y no quería darle la oportunidad a nadie de arrebatarme, nuevamente, la decisión que había tomado.

Cortarme las venas era rápido, no tenía los ovarios para clavarme un cuchillo en el cuello, pero sí para abrirme la muñeca de lado a lado y ver como la sangre comenzaba a correr... ya lo había hecho y lo había disfrutado.

La cuarta opción que tenía a mano era saltar. Pararme en la baranda del balcón y saltar al vacío, pero dos pisos podían no lograr mi cometido... pero desde la terraza sabía que no podía fallar, eran doce pisos de altura y la velocidad con la que iba a pegar contra el piso era imposible que dejara un órgano sano en mi interior.

Era la madrugada del lunes... Tomas había decidido que había sido suficiente unas veinticuatro horas antes... precisamente la madrugada del domingo... Y entendí que ese era el momento.

Tomé de nuevo el cuaderno y le escribí una nota que jamás iba a leer.  
*"Todos los domingos pasabas de módulo y yo te seguía los lunes,*

*sabiendo que me ibas a estar esperando. Ayer pasaste de nuevo, hoy me toca a mí, espero que estés ahí”.*

Siempre le había tenido miedo a la altura, me asomé al vacío y Buenos Aires se veía inmensa desde arriba y las personas que caminaban por la calle eran apenas puntos moviéndose. Pensé que solo éramos eso, puntos moviéndonos en la inmensidad. Partículas minúsculas que no existían si alguien no les daba entidad.

Me subí al muro y me puse de rodillas, estar parada me daba demasiado vértigo y no quería retroceder, me habían dado el pase... tenía que seguir para encontrarme con él, porque yo sabía que él me iba a estar esperando.

Por fin, de una vez por todas, iba a ser libre de verdad. Libre de mi vida y de todo lo que había estado mal en ella. Libre de los pensamientos que me atormentaban a diario, de las imágenes que jamás se borraban, de las voces que seguían contándome al oído que mi vida había sido una mierda.

Estaba derrotada pero feliz... y rendida, de rodillas... me empujé hacia adelante y me dejé caer.